

ALVARO OBREGÓN

OCHO MIL KILOMETROS  
EN CAMPAÑA  
FRAGMENTOS



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA







**OCHO MIL KILÓMETROS EN CAMPAÑA  
(FRAGMENTOS)**



ALVARO OBREGON

OCHO MIL KILOMETROS  
EN CAMPAÑA  
(FRAGMENTOS)

Estudio introductorio de  
MANUEL GONZÁLEZ RAMÍREZ



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

HERMOSILLO 1984

**Primera edición: 1980**  
**Segunda edición: 1984**

## PRESENTACIÓN

*Obra excepcional en su género, Ocho mil kilómetros en campaña, escrita por el caudillo de la Revolución Mexicana, Alvaro Obregón, es un fehaciente y extraordinario testimonio de las empresas militares del constitucionalismo mexicano.*

*El estilo de la obra, en la que se manifiesta desde sus primeras páginas la fuerza de una narrativa prácticamente desconocida en nuestro quehacer literario, se enriquece ante la veracidad de los hechos de armas en los que el autor fue protagonista directo.*

*Documento histórico por el lado que se le contemple, jamás ha sido objeto de rectificación alguna, ni aún por parte de personajes que, al calor de las pasiones revolucionarias, se distanciaron posteriormente del general Obregón. Es por ello que, pasada la prueba del tiempo, la obra se abrillanta y emerge como una lección viva de hombría, de patriotismo y de vocación por la libertad.*

*Al editar estos fragmentos del libro del genial estratega sonoreense, el Gobierno del Estado de Sonora ha tenido en cuenta los atributos que enmarcaron la vida militar y política de nuestro ilustre revolucionario, para ejemplo de las nuevas generaciones.*

*Se incluye en forma introductoria a esta narrativa de campaña, una semblanza de la figura del general Obregón como estadista, escrita por el brillante investigador recientemente desaparecido Manuel González Ramírez, quien fuera profundo conocedor de la historia del periodo revolucionario y que exaltó, con fuerza y profundidad analítica, la aportación revolucionaria de los sonorenses en la construcción de nuestra institucionalidad.*

*Hermosillo, Sonora, marzo de 1984.*



## ÁLVARO OBREGÓN, ESTADISTA

Sobre las ruinas que iba dejando la violencia, Álvaro Obregón inició la reconstrucción de México. Y la inició con sentido revolucionario, puesto que él pertenecía a la Revolución. Las ideas transformadoras habían sido dadas en los planes políticos, en libelos y discursos, en estudios y artículos periodísticos, hasta culminar en los trabajos del Congreso Constituyente que preparó y formó la Carta Política de 1917. Cuando ascendió al poder el general Obregón la política mexicana hallábase en una encrucijada: dar aplicación real a la Constitución, o suspender en beneficio de los intereses creados, la obediencia a las nuevas disposiciones legales. El general Obregón optó decididamente por cumplir con la Constitución Política de México.

Cuando llegó a la presidencia Álvaro Obregón la República contaba un decenio de lucha armada; la de la Revolución contra los sostenedores del Antiguo Régimen; y por virtud de la lucha de facciones, la de los distintos grupos que habían convertido al escenario nacional en trasunto de la anarquía. Mucha sangre habíase derramado; múltiples sacrificios se habían exigido. Por eso el dilema se planteaba así: o eran traicionadas las grandes masas del campo y de la industria, o se daba satisfacción plena a sus necesidades, compensando en esa forma los esfuerzos del pueblo para mejorar su convivencia. El general Obregón decidió satisfacer los apremios de los que pusieron al azar de las armas el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Pero decidirse por la Constitución de 1917 y por las grandes mayorías mexicanas llevaba consigo riesgos. No eran caminos de menor resistencia, antes bien de escabrosas dificultades, promovidas por los intereses que en el exterior conspiraban contra nuestra autonomía, y en el interior se oponían a toda reforma. Si es verdad que en la lucha cruenta los partidarios del Antiguo Régimen aparecían como vencidos, su resistencia era tremenda; por lo que recurrían a



los procedimientos más variados, pero siempre efectivos, a fin de desvirtuar y oponerse a los nuevos sistemas; y para concluir alianzas y entendimientos aun con antiguos revolucionarios, que, desplazados del poder, conspiraban en la compañía de los que antes habían sido sus enemigos, de los que ayer pública y constantemente los llamaban bandoleros y asesinos.

Así pues la Revolución no ganaba todavía la última partida. Pero en ello se empeñó el presidente Obregón. Y si, como queda dicho, con su régimen inicióse la etapa constructiva revolucionaria, hay que agregar que al decidirse el Caudillo de Sonora por la transformación social emprendió la obra de identificar a la Revolución con la nación. En eso estuvo su mérito. Y por eso lo combaten sus enemigos encarnizadamente y, claro está, de modo injusto.

La fase constructora de la Revolución se caracteriza por las múltiples obras, orgánicas y planificadas, o bien las ideas sin plan alguno, que tuvieron por objeto fortalecer el patrimonio de la fase transformadora, llamada por otro nombre la etapa ideológica. El presidente Obregón tomó a su cargo las realizaciones.

Su extracción humilde de agricultor y artesano le dio sensibilidad para entender las necesidades del pueblo. Su origen político, esto es, haber actuado como presidente municipal del Huatabampo sonorense, significó y honró el cargo militar con que llegaría al Ejército de la Revolución. Sucedió que en Sonora la defensa de las instituciones, a partir del levantamiento de Pascual Orozco, quedó encomendada a los voluntarios que, organizados en batallones irregulares, fueron jefaturados por ediles o personas que desempeñaban puestos municipales. De este modo Álvaro Obregón por su calidad de presidente municipal fue designado teniente coronel, y dejáronse a su jefatura a los ciudadanos que acudieron voluntariamente al reclutamiento que promovió entre los pobladores de los ríos Yaqui y Mayo.

El talento natural, el dón de mando y el espíritu organizador se complementaban en Obregón con una disposición que en los primeros años de la violencia era excepcional y por eso adquiría las calidades de virtud. Me refiero a la virtud de la disciplina. Como jefe subalterno fue disciplinado. Como jefe que iba adquiriendo brillo propio sujetó su conducta al gobierno de Sonora, después al Primer Jefe y siempre a los principios del constitucionalismo. En momentos en los que cada combatiente sentíase autónomo, que guardaba celosamente su autoridad y que estimaba como parte de su patrimonio a los soldados que militaban a sus órdenes, ser disciplinado era extraordinario. Y sostener la disciplina con sentido revolucionario lo era todavía más. Cuando el general Obregón dirigióse a Chihuahua a entrevistar al

general Francisco Villa con propósitos de evitar la ruptura de los elementos constitucionalistas (que a la postre se realizó entre Villa y Carranza), la virtud de la disciplina revolucionaria fue la que lo impulsó aun con peligro de su vida, como en verdad estuvo en riesgo de perderla.

Jefe de primera línea, Obregón procuró guardar la disciplina en el Cuerpo de Ejército del Noroeste. Presidente de la República, su preocupación fue hacer la paz del país y sujetar a la disciplina revolucionaria a militares y civiles, que significaban fuerzas centrifugas dentro de la obra constructora de la Revolución. Como estaban en juego los destinos de la patria y de la Revolución, al imponer la disciplina revolucionaria lo hizo con férrea voluntad, pues de otro modo habrían fracasado los esfuerzos para transformar a México. De donde una alternativa más se le presentó entonces a Obregón: actuar con complacencias o hacer retornar a los cauces racionales a las fuerzas irracionales que habían desbordado la violencia. Por esto último optó, con la visión del estadista que iniciaba una nueva época.

Pues es lo cierto que el Caudillo de Sonora, (a diferencia de próceres revolucionarios como Madero y Carranza), atendió siempre al porvenir. Madero no pudo despojarse completamente de la carga que significaba el pasado porfirista y por eso incurrió en incongruencias. Carranza, por su parte, conocedor de la historia de México como era, medía el presente con arreglo a lo que había sucedido y de ahí las cautelas, las dilatorias que fueron peculiares en sus procedimientos. En esos dos prohombres el pretérito constituyó factor, que siempre fue tomado en cuenta para confrontar sus grandes responsabilidades de hombres de la Revolución. Para el presidente Obregón el pasado, en cuanto se identificaba con el Antiguo Régimen, merecía ser destruido con vista al futuro, que debería prevalecer porque el porvenir iba a presenciar la transformación de los sistemas, según habíaselo propuesto la aplastante mayoría de los mexicanos. Si los obstáculos levantados para detener el cambio social aparecían de difícil superación, el sistema agresivo que era la Revolución sólo podía abrirse paso mediante firme voluntad, disciplina y la perspicua visión de un estadista. Alvaro Obregón reunía en su persona todas esas cualidades.

La acción de la Revolución es una obra humana y, por consiguiente, que puede presentar imperfecciones por un lado, y la persecución de objetos de alta calidad por el otro. Alvaro Obregón tuvo que actuar con decisiva tendencia ya que cualquier indecisión hubiera detenido o desvirtuado a la corriente transformadora. Cuando ascendió a la presidencia estaban de manifiesto los inconvenientes de la política Madero, que deseó realizar el cambio revolucionario de los siste-

mas dentro de un recuerdo de paz porfiriana. Y la ineficacia de la política Carranza que pretendió repetir el ejemplo de Juárez, sin percibir que las circunstancias y los hombres a los que se enfrentó el caudillo liberal, no eran semejantes a los que tuvo ante sí el Varón de Cuatro Ciénegas.

Por consiguiente, Obregón, que por su genio era sagaz, decidió aplicar procedimientos que expeditaran los cambios sociales y quebrantaran a los enemigos: estaba en juego el porvenir de la Revolución y a debate la implantación del Nuevo Régimen.

Conforme transcurrieron los años, la experiencia obligó al Caudillo de Sonora a perfeccionar los métodos, sin abandonar su posición revolucionaria. Desde el Manifiesto de Nogales (expedido el 1o. de junio de 1919 al lanzarse a la lucha electoral), hasta el último discurso político de su vida, incluyendo sus actos de gobierno y las leyes que se pusieron en vigor durante su ejercicio gubernamental, se hace notoria la tendencia de vigorizar y de perfeccionar el patrimonio ideológico revolucionario.

En el Manifiesto de Nogales aparecieron ideas que la madurez política fue robusteciendo a través de los años. Para Obregón el gobierno tenía ante sí como fundamentales el problema moral, el problema político y la cuestión económica, de tal manera que sus resoluciones eran inaplazables. Al primero lo definía como la necesidad de depurar la cosa pública de los elementos revolucionarios corrompidos; al segundo, lo hizo consistir en dar efectividad al sufragio popular; y la cuestión económica pensaba que podía ser resuelta, antes que con el aumento de las contribuciones, con la reducción de las erogaciones del presupuesto.

Según fue desarrollándose su campaña presidencial, llena de riesgos personales, perseguidos sus partidarios civiles y postergados los militares que simpatizaban con su candidatura, el Caudillo de Sonora distinguió los problemas de gobierno en la labor de moralización, en la reconstrucción económica y en la consolidación del crédito nacional. El primero lo proyectaba hacia las personas; el segundo hacia las necesidades nacionales; y el tercero hacia la defensa y la conveniencia de reconquistar nuestro crédito en el orden interno y en el exterior.

Ahora bien, la moralización ofreció comenzarla en el ejército y proseguirla en los funcionarios civiles. La reconstrucción económica fue considerada conforme eran las necesidades de México y, de ese modo, Obregón tuvo en cuenta la educación del pueblo, las relaciones entre patronos y obreros, y la redistribución de la tierra en el agro mexicano.

Las deudas, extranjera e interior, fueron motivo de su preocupación con sentido de hombre práctico. Entendía que un país sin crédito no podía emprender trabajos de aliento, y por eso recomendaba la reanudación de los servicios que satisfacerían a nuestros acreedores. Por lo demás esta concepción de Obregón coincidía con una experiencia mexicana de doloroso recuerdo; aquella que en el siglo pasado, cuando don Benito Juárez por razón de necesidades apremiantes suspendió los pagos de la deuda exterior, con lo que surgió el pretexto para la expedición tripartita, que a su vez dio paso a la intervención francesa.

No nos es dable precisar si aquella coincidencia fue deliberada en el ánimo de Obregón; pero sí que fue oportuna y conveniente, pues para 1920 los acreedores extranjeros aprestábanse a tomar medidas contra la República por falta de pago de sus créditos. Pudo haberse repetido el dramático pasaje de la intervención exterior, o cuando menos aplicársenos los procedimientos compulsivos por medio de las unidades navales que bombardearan nuestros puertos y, a renglón seguido, imponérsenos las condiciones leoninas que acostumbra el imperialismo en casos similares. Un país débil como México ha estado expuesto a ese tipo de atropellos. Prevenirlos es signo de patriótico raciocinio. Y Obregón los previó con habilidad suma.

El candidato presidencial Álvaro Obregón llegó a convertirse en primer magistrado de la nación. Para entonces los problemas nacionales comenzaron a requerir de él soluciones. Las promesas quedaban atrás. La aplicación de los remedios a la realidad mexicana constituyeron entonces la consigna de su gobierno.

Como candidato había dicho que pondría fin al militarismo "reduciendo el ejército a 50 000 hombres". Y agregó: "Queremos mandar a todos los niños a la escuela." Por supuesto que estas ideas claves las puso en práctica. Desde luego en el ejército realizóse la primera selección que trajo consigo la lucha armada que se sostuvo contra el señor Carranza hacia el mes de mayo de 1920. Sin embargo, el ejército era numeroso y heterogéneo, de tal modo que la carga que representaba para el erario resultaba excesiva. Tres años fueron suficientes al presidente Obregón para disminuir las plazas militares según anuncios que hizo al Congreso Federal. La reducción consistió en 4 648, entre generales, jefes y oficiales y en 35 000 soldados. Con todo, al 1.º de septiembre de 1923 los efectivos de ejército sumaban 508 generales, 2 758 jefes, 8 583 oficiales y 59 030 individuos de tropa.

Pero en diciembre de ese año defecionaron 102 generales, 573 jefes, 2 417 oficiales y 23 224 soldados. La rebelión delahuertista puso en armas a la República y una vez más corrió sangre mexicana, así como quedaron destruidas propiedades de la nación y de los particulares.

Independientemente de la bancarrota que constituyó la asonada para el funcionamiento de los partidos políticos mexicanos y, por tanto, para la democracia, hay que subrayar que la rebeldía de Adolfo de la Huerta arrastró a un alto porcentaje del ejército.

Mas pudo arrastrarlo porque la depuración llevada a cabo por el presidente Obregón lesionó intereses creados por los distintos generales. Corrían los tiempos en que los divisionarios con ambiciones creían estar en la antesala para su designación como presidente de la República; en los que había jefes con mando de fuerzas que consideraban como de su patrimonio hombres y elementos; y en los que la disciplina a las instituciones no había arraigado suficiente y debidamente.

Cambiar esos supuestos produjo descontento entre los ambiciosos. Reducir el número de generales, jefes, oficiales e individuos de tropa, era debilitar la fuerza de lo que iba en camino de constituirse en casta militar. Sujetar a control los haberes y los gastos era quebrantar la fuerza económica de los que aprovechaban la desorganización o la complacencia de las auditorías e inspecciones.

A la altura de nuestro tiempo la nación puede entender lo saludable que fue el triunfo del presidente Obregón sobre la rebelión de 1923. En primer lugar, porque se consolidó el prestigio de las instituciones de México. En segundo, porque operóse una selección entre los militares que redundó en beneficio del país. Y en tercer lugar porque fue evitada la supervivencia de la casta militarista.

En efecto, el triunfo de la rebelión de 1923 hubiera sido triunfo de los militares, cuyos jefes de antemano estaban divididos o distanciados, aunque pasajeramente unidos para combatir al presidente Obregón. Halagados como habían sido para tenerlos como partidarios de la revuelta, el éxito los hubiera dejado sin frenos en las disputas entre ellos, sin frenos en el ejercicio de sus mandos militares, y ante la fácil propensión de repetir los desmanes y errores que el militarismo del siglo pasado cometió, hasta llevar a México al gran colapso de 1848. Hubieran sido los amos de la nación. Y muchos contratiempos y sinsabores hubiéranse abatido sobre la patria, como expresión de la anarquía que traían consigo los celos y las enemistades de los militares.

Si estas consecuencias no tuvieron efecto y deben apuntarse como probables de haber sido otro el resultado de la asonada de 1923, en cambio, fue lo cierto que el presidente Obregón redujo el abrumador número de los efectivos del ejército; seleccionó y conservó en el activo a los que estaban dispuestos a servir a la nación sin constituirse en sus verdugos; e inició la era de los fracasos de las rebeliones motiva-

das por causas personales, con la consecuente consolidación de las instituciones revolucionarias.

Mas hubiera resultado una paz de sepulcros blanqueados si sólo a título de vencedor militar el general Obregón lograra la tranquilidad de la República. Debe enfatizarse que su acción fue más profunda.

De inmediato en el aspecto educativo. Pocas veces en la historia de México los mexicanos hemos presenciado un desbordamiento tan extraordinario como el educativo que realizó la administración del Caudillo de Sonora.

En el regimen presidencial que nos caracteriza, el desacierto de los actos de gobierno acostumbra imputarse al presidente de la República. Pero cuando conviene a los intereses de facción olvidar los aciertos, entonces se pasan por alto o bien se acreditan a los parciales. Para evitar la injusticia, en esta materia, debemos recordar que el primer acierto de Obregón fue considerar al problema educativo como básico para el porvenir de México; y darle apoyo moral y presupuesto excepcional. El segundo acierto consistió en designar a José Vasconcelos, que por entonces formaba parte de los constructores del país, en calidad de director ejecutor y responsable de la misión educativa. En el claustro de la Universidad de México, siendo el rector, Vasconcelos así lo reconoció y de esta manera solicitó la colaboración de los universitarios, mientras quedaba elevado al rango de Secretaría de Estado el Departamento de Instrucción:

Me resolví a obrar de esta segunda manera que juzgo mucho más eficaz; y habiendo tenido la fortuna de merecer la confianza del señor Presidente de la República, vengo a deciros: el país ansía educarse; decidnos vosotros cuál es la mejor manera de educarlo. No permanezcáis apartados de nosotros, venid a fundiros en los anhelos populares, difundid vuestra ciencia en el alma de la Nación.

Como feliz coincidencia el nacionalismo intelectual floreció pujante. La poesía de López Velarde y González León hizo su aparición, cultivando temas de pura esencia provincial; un novelista, desconocido hasta entonces, entonces cobró fama y abrió la senda de la novela revolucionaria que iba a cultivar de lleno, junto con el cuento, la generación siguiente. Al citar a Mariano Azuela como el novelista autor de *Los de abajo*, hay que agregar que isócronamente Antonio Caso desde sus lecciones universitarias atrajo la curiosidad y fincó la responsabilidad de los jóvenes hacia los problemas nacionales. Que Sotero Prieto inició la preparación de los técnicos nacionales que tanto requería México para la etapa constructiva revolucionaria. Y que Isaac

Ochoterena enseñó que el laboratorio y el análisis prometían excelencias a los estudiosos que abandonaran las formaciones literarias y preocupáranse por problemas científicos. Por razón de sus respectivas materias Caso, Prieto y Ochoterena infiltraron concepciones universalistas y, de esta manera, el nacionalismo fue matizado y enriquecido con elementos que lo superaban, al mismo tiempo que lo consolidaban.

La música también se incorporó a la corriente febricitante del mexicano que parecía haberse encontrado a sí mismo. Los conciertos al aire libre multiplicáronse; los niños de las escuelas entonaban canciones vernáculas y bailaban las danzas mestizas que respondían a sus combinadas raíces indígenas y españolas; los colores de los vestidos, el ritmo de los bailables; la gimnasia de los escolares, que la practicaban en grandes conjuntos, todo acabó por revelar la disposición emotiva de un pueblo, que sabía expresarse con belleza.

A su vez la pintura salió del caballete para conquistar las paredes de los edificios públicos. Los muralistas trabajaron con propósitos de exaltar a la Revolución y a los valores culturales y costumbristas del pueblo. De este modo el simbolismo de José Clemente Orozco pudo producir ejemplos de plástica tan magistrales, como "La trinchera", cuyas líneas geométricas encuadraron las figuras que representaron a los que habían luchado por la transformación de México: la fuerte expresión, el sentido que Orozco diera a ese mural, resultaron más poderosos que las diatribas que los del Antiguo Régimen habían enderizado contra los revolucionarios.

El realismo de Diego Rivera escogió realizaciones del Nuevo Régimen como el reparto de los ejidos; o la forma de trabajar en las minas, en las sementeras, en las fundiciones; o las ferias y fiestas populares, para entregar a la ciudad capital, en los muros de la Secretaría de Educación Pública, escenas que desconocía y hasta que le eran ajenas. Más adelante José Clemente y Diego Rivera tomaron vuelos mayores y fueron la historia de México, el carnaval del universo, nuestros héroes, el misterio de la germinación de la tierra y la Revolución mundial, los temas que desarrollaron con proyecciones que rebasaron las calidades nacionalistas para adquirir el valor de un muralismo universal.

El gobierno del presidente Obregón protegió y estimuló las manifestaciones científicas y literarias de los universitarios, la preparación de los técnicos y expresiones de músicos y pintores. Prohijó la idea de Vasconcelos de propagar obras clásicas del pensamiento mundial. Y si lo anterior referíase a la cumbre de la cultura, la atención

de las bases humildes e iniciales que debíanse a la niñez, a los obreros y a los campesinos, no se descuidó.

Desde el punto de vista administrativo la acción educativa fue atendida designando a Vasconcelos antes que jefe del Departamento de Instrucción, rector de la Universidad y de rector Obregón lo convirtió en Secretario de Educación. A esta dependencia le dio carácter nacional y federalizó la enseñanza, pues la Secretaría e innumerables ayuntamientos juntaron sus esfuerzos y sus elementos pecuniarios, para que la acción educativa resultara eficaz. Se construyeron escuelas. Fueron levantadas o acondicionadas bibliotecas públicas. Organizóse un tipo de maestro que era misionero y campirano. Pues otra de las grandes preocupaciones del régimen fue el indígena; el aborígen a quien había necesidad de incorporar a la vida que es peculiar del mexicano, y darle los elementos de relación social como el idioma español y el alfabeto hispano, así como prepararlo siquiera fuese rudimentariamente para la lucha por la vida. Ahora bien, la campaña contra el analfabetismo consideraba al indígena, mas también a numerosos núcleos de la población mexicana: hacia ellos estuvo dirigida la acción gubernamental en la materia educativa.

Por contraposición a las reducciones militares, el presidente Obregón informó al Poder Legislativo Federal en 1922, que en ese año el número de escuelas oficiales en la República habíase elevado de 8 388 a 9 547; y el de maestros de 20 407 a 22 939. En cuanto a las bibliotecas, las cifras decían que de agosto de 1922 a junio de 1923 habíanse instalado 285 con 32,173 volúmenes; 130 bibliotecas obreras con 12 399 libros; 129 bibliotecas escolares con 9 733; 105 bibliotecas diversas con 9 035; 21 bibliotecas ambulantes con 1 130; y una biblioteca circulante con 50

Las estadísticas seguían hablando: existían 102 maestros misioneros que, con la ayuda de los maestros rurales progresaban indiscutiblemente, pues de 17 000 alumnos que tenían en 1922, al año siguiente concurrían 34 000, especialmente a escuelas que funcionaban "en lugares donde jamás había existido colegio alguno ni llegado la acción de las autoridades escolares". En cuanto a la campaña alfabetizadora, también el adelanto era notorio, pues de 5 542 alumnos que se contaban en 1922, habían ascendido a 7 131 al año siguiente.

Salvo el ejercicio fiscal de 1924 que tuvo que hacer frente a la rebelión delahuertista, año con año, el presidente Obregón autorizaba el aumento del presupuesto de la Secretaría de Educación Pública, que la fueron capacitando para su acción a través de la República. Dentro de las limitaciones de nuestras posibilidades económicas, pero rompiendo con los precedentes en la distribución del presupuesto nacio-



nal, hubo años en los que la Secretaría de Educación pudo ejercitar partidas que superaban en monto a las de otras dependencias. Fue algo inusitado y dio el ejemplo para el futuro.

Cuando en 1924 el presidente Obregón daba a conocer al Congreso federal la asistencia de alumnos: a las escuelas primarias rurales con 171 565; a las de enseñanza industrial con 37 084 alumnos; a las de formación del profesorado rural y centros de analfabetismo con 1 571 educandos; a las de Cultura Indígena con 50 000 indios; a las escuelas primarias, elementales y superiores con una concurrencia de 1 187 407 alumnos; cuando esa información del Caudillo de Sonora tenía lugar, la frialdad y la rigidez de las cifras estadísticas no podían traducir el entusiasmo y la heroica acción que se puso en la jornada educadora, y desde el presidente de la República y su secretario de Educación hasta el humilde misionero que trabajó en apartadas regiones; y cómo el pueblo de México respondió a ese esfuerzo gubernamental. Obregón habíase propuesto mandar a todos los niños a la escuela. No lo logró en forma absoluta, entre otras cosas, por falta de suficientes recursos pecuniarios. Pero relativamente fue poderoso el impulso que excitó a las conciencias, demostró que el gobierno mexicano podía abordar el problema, dio substancia cultural a nuestro nacionalismo e hizo que renaciera la fe en los destinos de México.

En cuanto a los factores de la producción, el Caudillo de Sonora tuvo que manejar elementos que nos eran peculiares. En eso estuvo su talento. Resultaba evidente que la Revolución Mexicana habíase propuesto transformar al Antiguo Régimen, secular y oprobioso, por una nueva situación en donde se superara al liberalismo, por el camino del socialismo; y se diera al nacionalismo el sentido de integración y de defensa frente a los peligros imperialistas. Puesto que los revolucionarios habían combatido dictaduras personales como las de Porfirio Díaz y su remedo trágico de la de Victoriano Huerta, no podían aspirar a sustituirlas por otra dictadura, así fuera la transitoria del proletariado, y menos a la que en su lugar acaba por imponerse que es la dictadura de la burocracia.

Para reorganizarnos sólo teníamos que atender a nuestras necesidades para satisfacerlas, sin incurrir en las improvisaciones copiadas de los tratadistas; sobre todo si eran escritores extranjeros, afiliados al apriorismo alemán, pero que jamás conocieron la realidad mexicana. Y era a esta realidad a la que se debía cuidar. Entre nosotros contábase un antecedente que, por perturbador, fue rechazado: el de la doctrina anarquista de los Flores Mágón. En tanto que estos combatientes fueron liberales y nacionalistas, así como propugnaron la transformación mexicana con métodos y puntos de vista mexicanos,

lograron reunir en las filas opositoras a los que lucharon contra el gobierno de Porfirio Díaz. Pero proclamaron el apartamiento de la causa de Madero e hicieron hincapié en que eran anarquistas, así como prohicieron concepciones anarquistas en calidad de proposiciones de lucha, se quedaron aislados, con pocos partidarios mexicanos y contados amigos norteamericanos. Impotentes en la acción e insuficientes en el número para llevar adelante el cambio social.

Los planes políticos que sirvieron de bandera en la etapa violenta; el pensamiento de los intelectuales que habían expresado por medio de libros, folletos, discursos, etc., los términos de la Constitución de 1917 daban la pauta de lo que deseaba el pueblo y por lo que había luchado el pueblo. El liberalismo mexicano ideológicamente sirvió para combatir a la intervención francesa y restaurar a la República; esto es, el liberalismo era antimperialista, democrático y republicano. Esta excepcional experiencia de nuestro siglo **XX**, no podía ser soslayada.

Si el antiguo liberal Porfirio Díaz abandonó su filiación política, como uno de los secretos para conservarse indefinidamente en el poder, los opositoras a su gobierno fueron liberales, que se sentían herederos de aquellos otros que, en la centuria pasada, realizaron la Reforma y defendieron la integridad nacional. Como liberales combatieron a Díaz y procuraron la destrucción del Antiguo Régimen; por eso tuvieron que superar principios del siglo **XIX**, en cuanto a la dignidad del hombre, a la integridad de la nación y al robustecimiento de la familia. Eso se propusieron y eso los distinguió, ahora ya como revolucionarios.

Por lo demás, el liberalismo mexicano convertido en revolucionario tenía sus características de lucha y de pensamiento. La tradición antiimperialista quedaba subsistente y se expresó desde los primeros momentos de la oposición al general Díaz. De donde las huelgas de Cananea, Río Blanco y el descontento que se expresó por la organización que a base de la jerarquía de los extranjeros habíase dado en los ferrocarriles mexicanos, fueron movimientos enderezados contra capitales estadounidenses, franceses y españoles, a los que el general Díaz entregó recursos naturales y la posibilidad de explotar la mano de obra que el país proporcionaba. Si el neoliberalismo era antiimperialista tenía que ser, como lo era, nacionalista.

Ahora bien, el liberalismo revolucionario de México no era reaccionario a la manera del liberalismo alemán, uno de los instrumentos de Bismarck y enemigo del comunismo germano. No era abstencionista como los liberalismos británico y norteamericano, liberalismos que propiciaron directamente el crecimiento de los imperialismos inglés y estadounidense. Tampoco era colaboracionista de los antiguos regí-

menes, según solía practicarlo el liberalismo francés. La secular lucha sostenida con la Iglesia, política y militante, habíalo constituido en valladar para la teocracia y en opositor, también militante, de las intromisiones de los superorganismos internacionales. Nuestro liberalismo revolucionario no estuvo dispuesto a correr la suerte que iba a correr el liberalismo de Kerensky que, siendo mayoría, se dejó arrebatar el poder por las minorías soviéticas, dada su imposibilidad e incompetencia para realizar la transformación social.

Concebir a la nación como soberana; al Estado como autónomo; y entender que debería ser respetada la doctrina de la autodeterminación de los pueblos, constituía la esencia del nacionalismo mexicano. Un nacionalismo que no era aislacionista y sí procuraba la defensa de la integridad de México. En el caso concreto del problema obrero, la dignificación del hombre no propendía al individualismo, sino a evitar que fuera objeto de una utilización infrahumana, así como a barrer con las desigualdades sociales, que implantara la Colonia y que se conservaron por el Antiguo Régimen, pese a la acción de los insurgentes y de los reformistas mexicanos del siglo XIX. La supervivencia de esas desigualdades demostraba el poder y la resistencia de los intereses creados en agravio de las grandes mayorías de población. El hecho de que la Revolución Mexicana haya adelantado soluciones y se haya anticipado a otros movimientos revolucionarios, acaecidos en nuestra centuria —entre ellos el soviético—, que se propusieron transformar a sus respectivos pueblos, ese hecho, repetimos, comprueba, asimismo, la presencia de una voluntad en el mexicano de destruir lo que llevaba siglos de existencia y de reconstruir con nuevo sentido. Lo hizo en instantes en que la violencia había consolidado en el poder a los revolucionarios; y el primer ejecutor de la transformación fue el Caudillo de Sonora.

Pero un país que iba surgiendo de la destrucción material requería capitales para recuperarse, para producir conforme a una incipiente industrialización. El presidente Obregón, de acuerdo con los lineamientos de su campaña electoral, se mostró partidario de que hubiera inversiones, claro está, inversiones del exterior, ya que México carecía de capitales nacionales; y los extranjeros que estaban radicados en la República, pese a que acusaban aumento en su monto, resultaban insuficientes.

Ahora bien, las virtuales inversiones extranjeras fueron cautas, ya que la liberalidad irreflexiva de los tiempos del general Díaz había desaparecido: no se les daban todas las facilidades, hasta llegar a la exención de impuestos y a que pudieran aprovechar sin restricciones a la mano de obra: esto las detuvo. En cuanto a los capitales que fue-

ron invertidos durante el porfiriato, crecieron en cantidad, ampliaron las explotaciones y comenzaron a cumplir los deberes que les imponía el artículo 123 constitucional que, como se sabe, norma las relaciones de patronos y obreros. El presidente Obregón era de la idea que el poder civil tenía que servir de equilibrador entre esos dos factores de la producción. Fue una manera de enfocar el problema, puesto que para entonces la reglamentación del artículo 123 de la Carta Política, que después constituyó la Ley del Trabajo, no había sido expedida. Los pormenores de aquellas relaciones, el funcionamiento de los tribunales laborales, los procedimientos a seguir ante esos tribunales estaban por reglamentarse, de tal modo que la mesura y la sensatez debían inspirar los actos de gobierno.

La huelga obrera dejó de ser delito, castigada incluso con la pena de muerte, para adquirir realmente su condición de derecho, de derecho otorgado por la Constitución de 1917. Sólo que el poder civil equilibrador llevó al cabo la política de prevenir, de mediar y arreglar los conflictos, a fin de evitar los colapsos a una economía en proceso de recuperación; al mismo tiempo que dar protección al obrero. Esto último fue tomando cuerpo más definido según iba transcurriendo el periodo presidencial de Obregón.

Por esa protección se pudieron sortear las proyecciones que sobre México abatieron los reajustes que trajo consigo la primera posguerra de este siglo. El impacto fue de menores consecuencias para el obrero mexicano. La protección tuvo, asimismo, los siguientes resultados: la implantación del descanso dominical y la jornada máxima de las ocho horas de trabajo; que se pagaran indemnizaciones por muerte o invalidez de trabajadores; que se cubrieran auxilios por causa de enfermedad de los proletarios; que indemnizaran los patronos por accidente de trabajo.

El alza de los salarios tuvo que plantearse por medio de huelgas; y si nos es permitido ilustrar con un ejemplo la solución que al respecto se implantó, entonces tomaremos el caso de 1924, en el que registráronse 53 huelgas, que afectaron a 21 230 obreros; "las jornadas perdidas por los trabajadores en esos movimientos llegaron a 141,626, con una pérdida aproximada para ellos de \$390,563.37, y de \$1.287,579.85 para los patronos". La mayor parte de esos casos fueron motivados, como queda apuntado, por la cuestión de salarios, "18 se resolvieron favorablemente a los obreros, 26 terminaron por transacción y 9 fueron perdidos por los huelgistas". En este orden de ideas y para los efectos de resolver con conocimiento debido los conflictos por cuestión de salarios, se pidieron a 550 municipios de distintas partes del país datos acerca del costo medio de la vida.

Las Juntas de Conciliación y Arbitraje principiaron a condenar a los patronos por falta de cumplimiento de los contratos de trabajo; por separación injustificada; y por retención indebida de los salarios. Como quiera que las dificultades que surgían constantemente entre el trabajo y el capital daban motivo a aplicar diferentes criterios para resolverlos, se ideó entonces federalizar la cuestión laboral, formulando en un cuerpo de leyes todo lo concerniente a trabajo y previsión social. Hasta años después se pudo alcanzar este objetivo.

Por lo pronto la política laboral habíase extendido, en lo que respecta a los obreros, según el censo que se levantó al efecto, a 264 458 trabajadores y 21 010 empleados, "correspondiendo de los primeros 34 344 a las industrias de alimentación; 75 829 a las de extracción de minerales; 56 654 a las de transportes; y 51 443 a las de vestido". Esas eran las principales industrias. Los trabajadores de esos centros de producción habían quedado organizados en las grandes centrales obreras. Pues es lo cierto que durante el régimen del general Obregón se hizo sentir el auge del sindicalismo mexicano. Congregados los obreros en sindicatos, aumentaron la resistencia frente a los patronos. Unidos los sindicatos en federaciones, pudieron revelar su potencia en varias entidades y regiones de la República. Reunidas las federaciones en confederaciones, la influencia obrera se extendió a lo nacional; influencia de carácter social por lo clasista que era, y de tipo político porque los trabajadores que formaban confederaciones, federaciones y sindicatos, podían ejercitar los derechos ciudadanos,

Las siglas CGT y CROM en la época fueron familiares, puesto que distinguían a las centrales del proletariado; a su vez el gobierno entendía que su vigor moral y material aumentaba, en la medida en que los obreros iban recibiendo la protección a sus derechos, y el estímulo para el libre funcionamiento de las organizaciones sindicales. Esto es, los obreros fueron una de las columnas del gobierno del general Obregón; y lo seguirían siendo de los regímenes que subsiguientemente iban a surgir de la Revolución.

En 1924 el presidente Obregón cumplió su mandato presidencial. Volvió a cultivar el campo en Náinari del Estado de Sonora. Más tarde, de nueva cuenta, se lanzó como candidato a la presidencia, al aproximarse los comicios en donde se elegía al sucesor del general Calles. Durante su segunda gira electoral el Caudillo de Sonora lanzó la idea de crear el seguro del obrero que, posteriormente, cuando fue instaurado por el presidente Avila Camacho, se le designó con el título de Seguro Social. Álvaro Obregón, por su parte y en aquel entonces, concibió al seguro obrero en el sentido de que los patronos deberían pagar por adelantado todos los tributos que correspondieran para

las seguridades en materia de trabajo: seguridad por jubilación, seguridad por accidentes, por muerte del trabajador, etc.; y previamente establecía el pago de todos esos tributos para que "los trabajadores al reclamar sus derechos no (tuvieran) que recurrir a un juicio, a un litigio contra su patrón".

Fiel a la idea de que el poder civil era equilibrador entre los factores de la producción, Obregón agregaba: "Es el Estado el que se encarga de proteger los intereses de los trabajadores y hacerles efectivos, en una forma administrativa, todos los derechos que las mismas leyes establecen en su favor".

La semilla quedó sembrada para que el fruto surgiera más adelante. Pero la idea del Seguro Obrero que preconizó el general Obregón en las postrimerías de su vida, coronaba una serie de preocupaciones que el hombre y el estadista había tenido para el mejoramiento de los trabajadores: como hombre de campo, cuando condonaba las deudas de sus peones; como militar constitucionalista, cuando en los campos de Celaya decretó el salario mínimo; como general victorioso, cuando estuvo interesado en que el elemento radical del Congreso Constituyente introdujera en la Carta Política los artículos revolucionarios, entre ellos el 123; como presidente de la República, con su definida política de protección obrerista; y como candidato presidencial, en la ocasión que aspiró por segunda vez a dirigir los destinos de México, al proponer la creación del Seguro Obrero. Todo ello para cumplir con los propósitos de la Revolución Mexicana de mejorar ciertamente las condiciones materiales del proletariado, pero ante todo de dignificar al hombre, en su trabajo que es la más noble de las manifestaciones que se puedan dar entre los hombres.

Se ha dicho con certera apreciación que el problema agrario ha sido el fundamental del México independiente. Perturbada la tenencia de la tierra desde la penetración del hombre hispano en estas regiones, y aprovechada la conquista como título para invadir pueblos de indios, ejidos y extensos territorios, una nueva organización económica apareció bajo el régimen colonial.

Con el curso de los años se fue creando la gran propiedad. Era del gusto español fijar los linderos de las propiedades hasta "donde alcanzaba la vista". Era práctica de los tiempos recibir mercedes o encomiendas con la expresa disposición de ser otorgadas "sin perjuicio de terceros", aunque en la realidad fueran muchos los terceros perjudicados, especialmente los indígenas. En número abrumador los indios dejaron de ser poseedores de la tierra para convertirse en siervos, en la mano de obra que se ocupaba en las minas, los ingenios, los obrajes y la agricultura, como seres de explotación.

Esa gran propiedad trajo consigo la reducida suma de propietarios. La organización constituyó una pirámide, cuyo vértice superior lo formaban los españoles peninsulares, partícipes de las mejores oportunidades, de las más altas posiciones de la Nueva España. En orden descendente estaban las castas, esto es, los criollos, los mestizos, los indios, los negros, así como la múltiples combinaciones que la exogamia había producido. Por eso la desigualdad social caracterizó a la Colonia.

Ahora bien, la independencia preconizada por Hidalgo y Morelos luchó por la desaparición de esas desigualdades y la redistribución de la propiedad, como medio para establecer una convivencia más humana y más justa. Como quiera que el gobierno virreinal logró aplastar los brotes de insurrección, el cambio anunciado hizo las veces de una tentativa, sin otra trascendencia que ser expresión de la rebeldía por entonces vencida.

La independencia consumada por Agustín Iturbide fue coincidente en el aspecto político con las ideas de los primeros insurgentes, esto es, en lograr la separación política de España; pero esencialmente distinta en los campos económico y social. En efecto, según los términos del Plan de Iguala, que sirvió de bandera para la consumación de la independencia, propugnó la conservación y respeto de la propiedad conforme la había instituido el régimen colonial. Si es verdad que habiase proclamado la unión entre europeos, americanos y africanos pertenecientes al antiguo reino, lo cierto es que las desigualdades sociales quedaron en pie sin más cambio aparente, que el desplazamiento del español peninsular que fue sustituido en aquellos días por el criollo vencedor. Grupos sociales como el clero, los militares y la burocracia consolidaron sus posiciones y tuvieron el camino abierto para que, con posterioridad, se preservaran con los respectivos fueros, y convirtieran al poder civil en botín que se alcanzaba por medio de los cuartelazos, al mismo tiempo que se estrangulaba por el agio.

Fueron años sombríos, de quebranto de todos los valores. Desde el exterior se abatieron las codicias y comenzaron las intervenciones extranjeras, reclamando daños sufridos por causa de las guerras intestinas o exigiéndonos la cesión de territorio nacional, según fue la desmembración de 1848. La lucha sostenida por conservadores y liberales implicaba la pugna entre el Antiguo Régimen y el Nuevo Régimen, entre la conservación del estado de cosas a la manera colonial y la transformación de los sistemas.

La Reforma mexicana del siglo XIX fue un capítulo de ese combate, librado por el débil poder civil contra la poderosa Iglesia, poderosa económica y políticamente. Llegar a la teocracia o conservarse

en la República fue la controversia a resolver en aquel tiempo. Además en la resolución estaba imbibida la conservación de la Iglesia como universal propietaria o realizar la pulverización de los bienes de manos muertas, para que entraran al comercio de la vida civil. Esto último se logró mediante el triunfo del poder laico.

Pero no fue cosa fácil, pues la guerra de los tres años y más tarde la intervención francesa, con la consecuencia del ensayo imperial de Maximiliano, fueron a modo del precio para alcanzar la restauración republicana. Se triunfó a costa de sacrificios y sangre derramada, de riesgos superiores a nuestras fuerzas, pero que fueron doblegados merced a la resistencia liberal.

A su vez, la tenacidad de los del Antiguo Régimen los hizo recurrir a un subterfugio. Como quiera que las Leyes de Reforma prohibieron a la Iglesia adquirir bienes raíces, con el fin de burlar la disposición se ideó el sistema de interpósita persona, que consistía en registrar a nombre de un laico los inmuebles que en verdad pertenecían a la Iglesia. De este modo la Iglesia reconstruyó en buena parte su patrimonio, en la inteligencia de que la generación que sucedió a la de los reformadores liberales se prestó para la simulación que significaba usar de las interpósitas personas.

Más todavía. Por virtud de que las Leyes de Reforma propendieron a establecer la propiedad privada, se inició la destrucción de los ejidos y la desaparición de las tierras comunales. Las tierras baldías y los deslindes que sobre esas tierras se practicaron constituyeron otro pretexto para atropellar a los pueblos e invadir las pertenencias de los pequeños propietarios. Una vez más surgió la gran propiedad y se redujo el número de los propietarios. Una vez más los humildes y pequeños propietarios dejaron de serlo para transformarse en siervos, peones sujetos a fatigas agotantes y encadenados a las haciendas por las tiendas de raya.

Esto, asimismo, dio lugar a que las tribus indígenas sufrieran la postergación que trajeron consigo los despojos de que fueron víctimas: salvo como mano de obra, fueron eliminadas o tenidas en menos dentro de la convivencia social; hubo cacerías organizadas contra los yaquis, al efecto de exterminarlos y de desterrarlos de Sonora; la degeneración de otras tribus se acentuó, pues el alcoholismo, las taras hereditarias y las enfermedades que producían las condiciones de vida antihigiénicas o insalubres se extendieron hasta llegar a la degeneración de importantes núcleos de población o a la posibilidad de que desaparecieran lenta e inhumanamente .

En verdad sólo importaba conservar a los indios en la medida que eran necesarios para el trabajo agrícola o faenas de la más baja escala



social. Bien visto, a pesar de su condición de hombres, formaban parte los indios de los semovientes de cualquier gran hacienda que por miles de hectáreas inventariaba en sus límites a tierras, ganados y peones, todos sujetos a explotación. De donde el problema agrario no se limitó a ser una cuestión de propiedad, sino además problema del trato impío que se daba a muy numerosos sectores de población, con especialidad a la población indígena.

Debe enfatizarse que el sistema de explotación de los peones no hizo que la explotación agrícola mejorara. Los propietarios no eran agricultores, sino rentistas; ausentistas también. Desde la ciudad de México y a las veces desde París, conformábanse con percibir las rentas que produjeran sus haciendas. A éstas las visitaban para cambiar de clima. De éstas salían los productos que les permitían vida regalada, viajes por el mundo y en ocasiones la compra de algún título nobiliario y estar al corriente en el pago de la correspondiente anata. El hacendado de ese tipo estaba dispuesto a defraudar al fisco mexicano, pero nunca a ponerse en mora ante la Casa Real que habíalo hecho conde o marqués, ya que en esto fincaba su prosapia.

Así, pues, los trabajos agrícolas dependían de las bondades propias de la tierra; del sistema de temporal y contadísimas veces del riego que hubiera canalizado la iniciativa del propietario. Los métodos de siembras, cuidados y cosechas se conservaban primitivos; y, desde luego, inadecuados para las enormes extensiones de tierra que se gustaban acrecentar. Los hombres que intervenían en la producción agrícola eran, por una parte, intermediarios, esto es, administradores, capataces, medieros; y por la otra, los peones; pero ninguno de ellos, a fuerza de no ser propietarios, se interesaba por mejorar los procedimientos de cultivo, la calidad de esos cultivos, ya que se trabajaba de acuerdo con una inercia secular, defraudando al fisco, explotando a los trabajadores, para que el monto de la renta, calculado y previsto por el propietario, no sufriera mengua y menos aún que se agotara.

El ausentismo hizo más, pues derivó hacia la especulación. La entrega de los terrenos baldíos y nacionales y los deslindes que llevaron a cabo compañías formadas *ad hoc*, que teóricamente tuvieron el propósito de destinar a los hombres de campo mayores extensiones de tierra para aumentar los cultivos, en la práctica fue el medio para adquirir tierras a los precios de oportunidad con que se entregaban, y luego hipotecarlas o venderlas con ganancias muy superiores a los precios de compra. Los dueños de los principales bufetes de la ciudad capital fueron los beneficiarios de ese juego, en la inteligencia que los extranjeros lo aprovecharon ya que eran los acreedores hipotecarios o

los compradores de los que fueron latifundios. Hubo, claro está, latifundios pertenecientes a ricos mexicanos que, tanto como los de propiedad de extranjeros, significaban rémora a la agricultura, así como el triste resultado de un sistema de despojos y de explotación humana, instituido para provecho de rentistas y especuladores.

Contra ese estado de cosas siempre hubo protestas y expresiones de descontento. Desde los comienzos del siglo XIX hasta la oposición que surgiera contra el porfiriato, escritores políticos, rebeldes proscritos, formaron legión que condenaba el acaparamiento de la propiedad agraria y el trato que se daba a los trabajadores del campo. Sin embargo, la disconformidad tomó sentido muy apremiante durante el primer decenio de nuestra centuria, porque coincidió con el auge del porfiriato, que había consolidado privilegios cuya existencia se remontaba desde la época colonial y había creado los que convenían a la situación que le era peculiar. De entre las varias tentativas que hubo para combatir el acaparamiento de la tierra resaltan los planes políticos, que fueron expidiéndose según la oposición se transformó de pacífica en violenta. El Programa del Partido Liberal de 1906 sostuvo que los dueños de las tierras estaban obligados a hacerlas productivas en la extensión que las poseyeran, en la inteligencia de que las superficies que se dejaran improductivas las recobraría el Estado para darlas a quienes las solicitaran para trabajarlas, así como a los mexicanos que, residentes en el extranjero, pidieran su repatriación. Abogó además por la protección a la raza indígena y porque se restituyeran a los yaquis, mayas y otras tribus los terrenos de que habían sido despojados.

Por su parte el Plan de San Luis Potosí de 1910, ante los abusos cometidos al amparo de la ley de baldíos, ofreció restituir a los antiguos poseedores los terrenos de que se les había despojado y sujetar a revisión los acuerdos de la Secretaría de Fomento para los mismos efectos restitutorios. El Plan de Ayala de 1911, el que por antonomasia es considerado como bandera del agrarismo, sostuvo igualmente la restitución de las tierras despojadas junto con la dotación "en virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan".

Debemos considerar que en esos términos estaba planteado el debate entre el Antiguo y Nuevo Régimen por lo que se relaciona a la cuestión agraria y que si la violencia había entregado el poder al Nuevo Régimen, la resistencia de los intereses creados pronto se hizo sentir. El distanciamiento de Madero y los Vázquez Gómez más favoreció al Antiguo Régimen que a la solución revolucionaria del problema agrario. Emiliano Zapata se alzó contra Madero a pocos días de que

éste ascendiera a la Presidencia de la República exigiendo el cumplimiento de lo ofrecido en el Plan de San Luis Potosí con impaciencia injustificable que, al realizar otra división revolucionaria, también favoreció a los puntos de vista del Antiguo Régimen.

El presidente Madero, por conducto de un enviado personal, propuso a la Legislatura de Chihuahua que el gobierno comprara grandes extensiones de tierra, para el efecto de que en esa entidad se diera comienzo a las dotaciones agrarias. La Legislatura mostró su aquiescencia, de tal modo que todo hacía pensar que los trámites parlamentarios del estudio y dictamen favorable a la proposición, la consideración y resolución aprobatoria de la Cámara serían mera fórmula. Pero la realidad fue que, cuando la Legislatura Local iba a discutir el problema, se levantó en armas Pascual Orozco y arrastró en su aventura a la misma Legislatura, evitando de ese modo la proyectada entrega de las tierras, conforme la propusiera el señor Madero. Una vez más el Antiguo Régimen sacaba partido de las desavenencias revolucionarias.

La cámara federal, llamada renovadora por la filiación maderista de su mayoría, en 1912 se abocó al conocimiento de las cuestiones revolucionarias. Conoció, discutió y votó en favor del aumento de salarios a los obreros textiles. Promovió en su seno una iniciativa de ley, por la que se reconstruirían los ejidos de los pueblos en la extensión de la República. La iniciativa de que se trata presentóse con un número considerable de firmas de los diputados, lo que de antemano garantizaba su éxito. Pero de nueva cuenta los trámites parlamentarios que se tenían que cumplir se vieron interrumpidos, esta vez, por el atentado a las instituciones que promovieron Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón y que días después secundó Victoriano Huerta, para consumar los dramáticos sucesos que nuestra historia son conocidos como los que forman la "decena trágica".

Resultaba evidente la oposición y resistencia del Antiguo Régimen a la transformación que promovían los revolucionarios. A varios recursos habían recurrido los intereses creados para detener o desvirtuar la redistribución de la tierra; no habíanse detenido ante ningún escrúpulo, pues el asesinato, la rebelión, las intrigas, habían servido para combatir a la Revolución y para restaurar una caricatura del porfiriato, mediante la usurpación de Victoriano Huerta. Se hablaba mucho de agrarismo; de agrarismo se exigía todavía más. Pero el reparto agrario era detenido de distintos modos.

Ahora bien, la violencia era el medio puesto en práctica para resolver las antinomias de las personas y los sistemas, de tal manera que a la violencia parecía destinársele que dijera la última palabra. De

donde en medio de la lucha intestina los generales con mando de fuerzas, y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, expidieron la serie de decretos sobre cuestiones de salarios, de deudas de los peones, estableciendo el patrimonio familiar; o bien instaurando las comisiones agrarias que tendrían a su cargo la solución del problema. La fuerza apoyaba a esos decretos; y los decretos eran reveladores de que las promesas de transformación hechas al pueblo se tenía la voluntad de cumplirlas.

En el orden de las ideas agrarias la disposición relevante fue la Ley de 6 de enero de 1915 que estableció la construcción de los ejidos, dio pauta para los procedimientos y otorgó facultades a los jefes militares con el fin de que dotaran o restituyeran de tierras a los pueblos. No fue suficiente el recurso. Por eso en la Asamblea Constituyente de Querétaro en 1916, los diputados radicales propugnaron dar carácter constitucional a la Ley de 6 de enero, e introducir en la Carta Política, también con carácter constitucional, las normas que fueran menester para organizar el reparto agrario. Así nació el artículo 27 de la Constitución General. Y el acierto de esta disposición se logró, ya que recogió en sus términos las distintas corrientes que prevalecían entonces. Por esta causa quedaron comprendidas: las restituciones y las dotaciones de los ejidos; la revisión de los acuerdos de la Secretaría de Fomento del porfiriato; la destrucción de los latifundios y la creación de la pequeña propiedad. Y así, ejidos y pequeña propiedad, fueron los pilares de la redistribución agraria y los basamentos para transformar una propiedad que, como la del Antiguo Régimen, era monopolista y de grandes e improductivas extensiones.

Pero la resistencia de los intereses creados no había cedido. Lo que significaba el artículo 27 constitucional fue combatido por medio del juicio de amparo; por la conservación de grupos rebeldes en los campos; procurando que en el extranjero se llegara a la convicción de que la propiedad privada y la vida no estaban garantizadas en México. Todo lo que podía dilatar la solución se ponía en práctica. Hasta el mismo gobierno del presidente Carranza procedía con cautela, en la medida que procuraba que los repartimientos agrarios fueran hechos con la correspondiente indemnización a los afectados. Se sostenía en aquellos días que la limitada capacidad del tesoro federal retardaría o imposibilitaría esos repartimientos; de ahí que se quisiera dejar a cargo de los campesinos beneficiados el peso de las expropiaciones. En cuanto a los terratenientes, ofrecióseles pagar en bonos y de este modo fue creada la *deuda agraria*, pagadera en 20 años, con intereses al 5% anual y hasta por la suma de 50 millones.

Al año de 1920 la perspectiva agraria significaba desaliento para los campesinos. Las promesas no se cumplían. La aplicación del 27 constitucional parecía estar quebrantada. Asimismo parecía que los intereses del Antiguo Régimen serían respetados y conservados, entre otras razones, por la incapacidad pecuniaria para resarcir a los terratenientes afectados. Una vez más se abatía el riesgo de desvirtuar a la Revolución.

En su calidad de candidato presidencial, el general Obregón distinguió las tres fases del problema: *a*) la cuestión agrícola; *b*) el aspecto agrario de la propiedad; *c*) el crédito que debería proporcionarse a los hombres del campo de modestos recursos. La conjugación de esos factores iba a procurar la resolución de una materia tan vital para la organización de México, como era la de redistribución de la propiedad en los campos. Por lo demás, en su calidad de presidente de la República el Caudillo de Sonora puso empeño en que la reforma revolucionaria se llevara al cabo.

El 18 de noviembre de 1919 en una conferencia dictada en la Cámara Agrícola Nacional Jalisciense, el entonces candidato a la primera magistratura sostuvo que el desarrollo y florecimiento de la agricultura era la base para la reconstrucción nacional. Consideraba a la agricultura como la mejor fuente de riqueza para el sostenimiento de un gobierno, por lo cual merecía la atención de todo gobernante.

Obregón tenía conciencia de la situación agrícola; sabía los defectos o errores que concurrían a la agricultura. Entre ellos el absentismo de los terratenientes que había retenido el fomento de los cultivos. Hombre práctico por ser hombre de campo, Obregón adujo en aquella ocasión la experiencia que en Sonora y Sinaloa se lograra con el garbanzo y el tomate. Pedía entonces que la preocupación de mejorar los cultivos se hiciera extensiva a la República. A este efecto sugirió la multiplicación de estaciones experimentales, que promovieran nuevos cultivos, pues la práctica había demostrado que el maíz, el frijol y el trigo eran "una aventura para los agricultores". Dijo además que conocer los mercados interiores y sus necesidades y dedicar terrenos a fin de que produjeran mercancía de exportación, era otra sugestión para mejorar a la agricultura y que se abandonaran antiguos métodos de cultivo, tal el uso del arado de palo para cambiarlos por el aprovechamiento de la maquinaria agrícola. Hasta aquí las ideas que el candidato sonoreense sustentaba acerca del problema agrícola.

En su calidad de presidente de la República ordenó que funcionaran estaciones experimentales en México, León, Guadalajara, Villahermosa, Torreón y Arriaga que, a su vez, eran agencias refaccio-

narias que proporcionaban a las comunidades implementos agrícolas. Esto es, puso en práctica aquellas ideas y si no adquirieron auge mayor, debe imputarse a las perturbaciones que traía consigo la política agitada por ambiciosos designios. Mas en lo personal siguió poniendo el ejemplo cuando cumplió su mandato presidencial y se retiró a Náinari, Sonora; ahí se constituyó el Caudillo en el fundador e impulsor del gran centro de trabajo agrícola que es ahora Ciudad Obregón.

En cuanto a la fase política principal del problema, esto es, a la redistribución de la tierra, para Obregón estaba vinculada con la reconstrucción física de millares de indígenas, con la educación del pueblo y con la entrega de la tierra a fin de que, por su cultivo, pudiera satisfacer el hombre de campo sus necesidades y las necesidades de su familia. O dicho de otro modo, la concentración agraria realizada por el Antiguo Régimen tenía que desaparecer, entregando a los campesinos las tierras que pudieran cultivar con los propósitos de abolir la esclavitud económica a que estaban sujetos millares de hombres, así como asegurar la vida de los pueblos; y junto con lo anterior, educar a la aplastante masa de población, analfabeta e impreparada en la lucha por la existencia. De ahí que la posesión y el cultivo de una superficie de terreno la definiera el Caudillo como un derecho natural, inalienable e imprescriptible para todo hombre y para su familia, pues trabajándola entendía que podían subsistir el campesino y los suyos.

Con decisión inquebrantable se intensificaron las afectaciones agrarias durante el gobierno del general Obregón. El artículo 27 de la Carta Política tuvo, a partir de entonces, extendida aplicación. Por eso, relacionada con esa norma constitucional, activamente expidieronse varias disposiciones agrarias. Sobre la marcha se perfeccionaban las leyes. Tal, por ejemplo, la Ley de Ejidos de 28 de diciembre de 1920, que amplió algunos puntos de la Ley de 6 de enero de 1915, pero quitó a los jefes militares la jurisdicción que tenían para distribuir tierras. La Ley de 22 de noviembre de 1921, que creó una institución que fue prestando inapreciables servicios: en efecto, instauró la Procuraduría de Pueblos, que asesoraba a los campesinos en las tramitaciones de sus solicitudes. El Reglamento Agrario de 17 de abril de 1922, que fijó las bases para la dotación y la restitución de los ejidos, así como los procedimientos a seguir ante las autoridades. El decreto sobre tierras nacionales de 9 de agosto de 1923, que autorizó a todo mexicano, mayor de 18 años, que careciera de tierra, a ocupar terrenos baldíos y nacionales, acotándolos en las extensiones que el propio decreto señalaba según las calidades de los mismos terrenos. Lo anterior sin contar las numerosas circulares que se giraron, como

la número 53, que recordó a los pueblos los derechos que les otorgaba el artículo 27 de la Constitución, verdadera excitativa para que se promovieran restituciones o dotaciones ejidales, pues al gobierno del presidente Obregón interesó vivamente entregar tierras a los campesinos.

Conforme pasaba el tiempo el número de las solicitudes aumentaba rápidamente, ya que los pueblos tomaron confianza en ser oídos, especialmente en las regiones cuyos habitantes habiéndose conservado levantados en armas, y que al recibir las tierras entraban en paz.

Para 1921 se concedieron en la República restituciones a 229 pueblos con superficie de 142 182 hectáreas, en tanto que por dotaciones entregáronse 435 757 hectáreas; restituciones y dotaciones que beneficiaron a 249 000 habitantes. En 1922 se dictaron 92 resoluciones definitivas. En cambio en 1923 las resoluciones abarcaron 112 000 hectáreas que beneficiaron a 154 000 habitantes. Un año después aumentaron a 233 los pueblos que recibieron, entonces, 311 938 hectáreas en posesión definitiva y 751 125 hectáreas en posesión provisional. Además, por virtud de una adición al Reglamento Agrario, a los pueblos, rancherías y comunidades se les reconocieron derechos preferentes al uso y aprovechamiento de las aguas de jurisdicción federal, para que las contaran para sus poblaciones y cultivos.

La cooperación agrícola también fue organizada, pese a la pobreza del erario nacional y precisamente en los momentos en los que las afectaciones agrarias congelaban el crédito que podía proporcionar la iniciativa privada. Poco o nada podía esperarse de esa iniciativa; de ahí que el gobierno tomara a su cargo proporcionar elementos necesarios para el cultivo de las tierras, refaccionando a las comunidades en forma de maquinaria e implementos agrícolas, así como organizando sociedades cooperativas ejidales, que hacían posible una mejor capacidad económica a los cooperativistas. Otros regímenes revolucionarios iban a perfeccionar el sistema, mas de inmediato se implantaba el modo de hacer fructífera la entrega de la tierra, dando al mismo tiempo los elementos pecuniarios para que los trabajadores del campo pudieran iniciar sus tareas.

Se han necesitado muchos años para que la redistribución de la tierra beneficiara a las mayorías campesinas. Pero por lo que se refiere al gobierno del Caudillo de Sonora es necesario enfatizar que inició de lleno, sin subterfugios o dilaciones, la entrega de la tierra a los hombres del campo. Y que ese comienzo tuvo lugar cuando la resistencia de los intereses del Antiguo Régimen era formidable y la modestia de los elementos pecuniarios del tesoro Nacional aparecía como valladar infranqueable. Si las promesas de los planes polí-

ticos habíanse vaciado en el artículo 27 constitucional y si esta norma corrió el riesgo de quedar como letra muerta, el Caudillo de Sonora procuró que el 27 constitucional fuera disposición viva, de efectiva vigencia, para que de ese modo quedaran cumplidos los ofrecimientos de planes políticos y justificado el derramamiento de sangre durante la etapa de la violencia.

La fase constructiva de la Revolución tomaba sentido revolucionario con la redistribución de la tierra, tanto para reconstruir a los ejidos como para formar a la pequeña propiedad. Por lo demás, no se detendría ya esa redistribución. Y desde luego el gobierno del general Obregón recibiría, como recibió, el apoyo de los campesinos mexicanos, apoyo que constituyó una de las principales razones para que el Caudillo de Sonora pudiera vencer a los que se rebelaron contra su gobierno. En verdad, a partir de esa administración las instituciones representadas por los gobiernos revolucionarios se consolidaron frente a asonadas y cuartelazos, en buena parte por el apoyo que recibieron de los campesinos. Desde aquellos tiempos la paz social en México se fue robusteciendo por virtud de los repartos agrarios. Según ibanse multiplicando las afectaciones agrarias, la Revolución fue dejando de ser una de las facciones en lucha contra el Antiguo Régimen, para convertirse en expresión nacional. Y es que la política agraria hizo posible que la nación y la Revolución se identificaran plenamente; por lo que hay que reconocer que el promotor de esa extraordinaria simbiosis fue el general de la República, el presidente Alvaro Obregón.

La transformación emprendida por el régimen obregonista tuvo otro capítulo de trascendencia, como fue el de la reforma hacendaria. En el pasado, además de las complicaciones jurisdiccionales que constituían las tributaciones correspondientes al gobierno federal, a los gobiernos de los Estados y a los municipios, las bases mismas de la imposición variaban en cada jurisdicción, con lo que sólo se creaban confusiones. Ahora bien, cifiendo la observación al sentido que en materia de imposición federal seguía el Antiguo Régimen, nada era tan propicio a las injusticias como la generalidad y la uniformidad, principios éstos que en aquel tiempo inspiraban la fijación de los impuestos.

De ese modo en el impuesto sobre el consumo la generalidad y la uniformidad traducíanse en que los ricos y los pobres pagaban cuotas iguales. Por eso, los impuestos sobre las compraventas, cuyo porcentaje, como es de suponerse, era general y uniforme, afectaban por igual a los artículos de primera necesidad y a los de lujo; mas como quiera que los pobres preferentemente compraban artículos de primera necesidad, en realidad sobre ellos gravitaba el peso de las contribuciones,



en virtud de que esos artículos pasaban por varios vendedores y en cada operación se causaba el impuesto. Por lo demás, los impuestos indirectos, engendrados con propósitos puramente fiscales, esto es, para obtener los recursos necesarios a fin de sufragar los gastos públicos, estorbaban o impedían el desarrollo del comercio y de la industria; así como no eran equitativos en la repartición, pues resultaban insignificantes para la minoría de los ricos, y abrumadores y extendidos para la mayoría de los pobres.

En estos aspectos de la vida nacional resultaban significativas las comparaciones. Los pequeños explotadores del pulque, en el distrito de Tenancingo, del Estado de México, pagaban impuestos en más alta cantidad que los propietarios del distrito de Otumba, pese a que en esta circunscripción la producción era y es infinitamente mayor. Los pequeños comerciantes del Estado de Morelos contribuían con sumas más elevadas que los propietarios de los ingenios de azúcar.

Y en la ciudad de Chihuahua los cargadores, para poder ejercer su humildísima ocupación de mozos de cordel, tenían la obligación de pagar 6 centavos diarios en calidad de impuesto. Si se considera que los ingresos de estas personas fluctuaban entre los diez y doce centavos diarios, entonces la cuota de la tributación representaba para ellos un alto porcentaje. Ahora bien, la comparación se impone una vez más. El 19 de enero de 1912 apareció en la ciudad de Chihuahua la noticia de que la Junta Calificadora había valuado las propiedades rústicas y urbanas del general Luis Terrazas en una suma que se aproximaba a los cinco millones de pesos, cantidad que se tomaría como base para el cobro de los impuestos municipal y federal. Agregaba la información este comentario: "A pesar de que la valorización de los bienes del Creso chihuahuense no es todavía lo que en realidad le corresponde, el general Terrazas, según se nos refiere, ha manifestado que es excesiva, por lo que se muestra inconforme, cosa muy natural si no toma en cuenta que antes, todavía el año pasado, se despachaba con la cuchara grande. Ya era tiempo de que el fisco cobrara al millonario citado siquiera aproximadamente la cantidad que en justicia debe pagar" (*El padre Padilla*. Año III. Número 873, Chihuahua, 19 de enero de 1912).

En este orden de ideas los ejemplos puédense repetir, pues era característica del Antiguo Régimen cargar sobre las espaldas de las clases económicas más débiles el peso mayor de la tributación, aumentando con eso las desigualdades sociales que entonces prevalecían. De ahí que desde los comienzos del régimen del general Obregón se anunciara que hallábase en estudio la reforma fiscal y que, a su debido tiempo, entraría en vigor, previa la aprobación de las cámaras federales.

El entonces presidente de la República se propuso distribuir las cargas públicas en proporción de la capacidad tributaria seleccionando las materias gravadas, fijando cuotas de manera que reportaran mayores gravámenes las producciones superfluas, que los artículos destinados a satisfacer las necesidades ordinarias de las clases populares, así como deslindando las jurisdicciones concurrentes, y organizando la recaudación conforme a las enseñanzas de la ciencia económica. Todo lo cual tendería a aumentar los ingresos del erario y a regular, de manera más equitativa, la distribución de la riqueza, así como asegurar el bienestar colectivo.

Tres años más tarde, en 1924, los nuevos métodos de tributación habían comenzado a implantarse. El presidente Obregón insistió en enjuiciar al sistema fiscal del Antiguo Régimen sosteniendo que adolecía del defecto de estar constituido en su gran mayoría por impuestos indirectos, que gravaban al consumo. Dijo, además, que esa clase de impuestos lesionaban los principios de la equidad, porque mientras más se descendía en la escala económica, más se acentuaba la falta de equilibrio entre la renta y el consumo. Observó el presidente que en la base de la pirámide social se encontraban los que gastaban toda su renta, en tanto que en la cima hallábanse aquellos para quienes el consumo no formaba sino una pequeña fracción de su renta. Y concluyó el general Obregón: "Es el impuesto favorito de las clases acomodadas por ser la cuota regresiva en proporción a la renta."

La transformación fiscal procuró entonces basar la tributación en la renta, gravando los sueldos, salarios y emolumentos, así como también las utilidades de sociedades y empresas. En verdad, la renta se consideró medida mejor de las facultades económicas, individuales y colectivas, con relación al impuesto. Por lo demás, la progresividad, diferenciación y las excepciones que caracterizaron al flamante impuesto, lo hicieron recomendable. En efecto, por medio de la progresividad se alcanzaba debidamente a las grandes fortunas; a su vez, la diferenciación de las diversas clases de renta: capital, capital y trabajo, y trabajo solamente, hacía equitativa la imposición; y, por último, la excepción del gravamen reconocida para un minimum de existencia, para los casos en que el sueldo era lo indispensable, lo que sólo cubría las necesidades primordiales de la vida; esas características, repetimos, constituyeron al nuevo sistema en forma de imposición superior económica, política y socialmente y, por ende, aconsejable su implantación, desplazando al impuesto del timbre.

Si, pues, el impuesto sobre sueldos y utilidades que se formuló con cuotas extremadamente bajas (esto último para facilitar su incorpo-

ración a nuestras costumbres fiscales) estuvo destinado a sustituir a los gravámenes más odiosos, esto es, a los que antes se imponían a sueldos menores de 200 pesos mensuales (que era como entender que lo pagaba la inmensa mayoría de los pobres) y gravaba a la minoría privilegiada, fue natural que se recibiera con hospitalidad por los causantes afectados. Y por ese motivo se desató tremenda ofensiva contra el nuevo impuesto.

Es más, las minorías llegaron a proponer que se derogara esta tributación y que se conservaran todos los impuestos del timbre, cuyas cuotas estaban dispuestos a pagar duplicadas. Por su parte, el general Obregón observó que la proposición de las minorías era un subterfugio, tendiente, seguramente, a descargar sobre la gran masa de población el aumento que sugerían, pues los impuestos indirectos del timbre a eso habíanse prestado en tiempos anteriores. Claro está que se rechazó la propuesta y la flamante tributación siguió su curso.

A este respecto al presidente Obregón informó al Congreso federal lo que sigue: "Como, por último, el impuesto sobre sueldos y utilidades es susceptible de un rendimiento muy grande, será capaz de sanear completamente nuestro anticuado y defectuoso sistema fiscal y realizar, por la vía pacífica, una reforma más valiosa que muchas de las que han sido escritas con sangre en nuestra historia."

Y así resultó, en efecto, pues el gobierno federal fue aumentando su potencialidad económica; y, por lo tanto, las posibilidades para realizar las obras que se han planificado durante la etapa constructiva de la Revolución. Y claro está que la reforma fue tanto más saludable cuanto que implantó un sistema tributario que no propendió hacer a los ricos más ricos, ni a los pobres empobrecerlos más. Simplemente a distribuir las cargas fiscales en relación directa a la capacidad económica de los causantes: quedaron exceptuados los de modestísimos sueldos; pero fueron gravados en escala progresiva ascendente los de mayores disposiciones económicas.

La Revolución Mexicana tuvo repercusiones internacionales. Los periódicos europeos y norteamericanos hacíanse eco de los ataques que el Antiguo Régimen dirigía contra los revolucionarios y, por eso, en el extranjero abundaron las noticias que hablaban de latrocinios y de asesinatos, así como de bandoleros que infestaban los campos para atacar a vidas y propiedades.

Además los peligros de la intervención armada se abatieron constantemente unas veces como amenaza, y otras como una amarga realidad, según sucedió con la ocupación de Veracruz y con la Expedición Punitiva. La presión diplomática fue persistente, basada en el derecho de protección que reconoce el derecho internacional a los

Estados, pero que en nuestro caso era llevado a extremos de intromisiones irritantes. Como las que practicó Henry Lane Wilson en ocasión de la "decena trágica". Y como las que anticipaban protestas al anuncio de que íbase a preparar la Constitución que fue de 1917, o la reglamentación petrolera, o las leyes agrarias que expedían las entidades federativas.

La conspiración internacional contra México presentó variadas razones: la de los daños causados por la Revolución en las vidas y propiedades de los extranjeros; la de la defensa de los latifundistas extranjeros, afectados por virtud de los repartimientos agrarios; la de los intereses petroleros, susceptibles por la aplicación de impuestos por parte del gobierno mexicano reacios a sujetarse al control de nuestras autoridades, e insolentes en grado tal, que pretendieron quebrantar la vigencia de nuestra Carta Política.

Frente a esa conspiración nuestra resistencia se comportó con habilidad, con digna actitud y, en momentos dolorosos, con patriotismo y presta al sacrificio. Fue derramada sangre mexicana en Veracruz y durante la Expedición Punitiva. En el terreno de la diplomacia, las notas de nuestra Cancillería procuraron basarse en el derecho y la justicia para defender a México. En ocasión de los arbitrajes internacionales, la inteligencia y el tesón patriótico de los abogados mexicanos contrarrestaron las desventajas en que se encontraba el país, por razón de las demandas imperialistas.

Y lo que no se pudo obtener con la diplomacia directa y bilateral, procuróse perfeccionar en favor de los países débiles por medio de la diplomacia multilateral, esto es, por las resoluciones, tratados y recomendaciones que se aprobaban en las Conferencias Panamericanas. En la defensa de México no se cejó en ningún instante, porque contra México siempre hubo acechanzas para intervenir en sus negocios, pretendiendo que se reconocieran privilegios a los extranjeros, reconocimiento que no era compatible con nuestra soberanía ni con nuestra dignidad. De donde se debe comprender que la cuestión internacional fue ardua y difícil, seguramente la más difícil, a lo que tuvieron que enfrentarse los gobiernos revolucionarios .

Esto se hizo notorio durante el régimen del presidente Obregón. Varias fueron las circunstancias que entonces se operaron para que la virulencia imperialista fuera más activa. Corrían los tiempos en los que británicos y norteamericanos, tanto como los franceses, alemanes y nipones disputaban las preeminencias en las zonas de explotación del petróleo, a través de varias partes del planeta. México era uno de los escenarios de esa lucha, en nuestro caso entre ingleses y estadounidenses. Por lo demás, como las compañías petroleras habían adquirido

tremendo poderío y en la competencia que sostenían ponían en juego todo género de recursos, especialmente los que atentaban contra las personas, los rivales modestos y los gobiernos débiles, todo lo que se relacionaba con el petróleo manchaba y predisponía a la opinión pública mundial contra los magnates petroleros.

Entre nosotros esa predisposición nació de la conducta arrolladora y llena de soberbia de las compañías petroleras. Y se exacerbó porque las cancillerías extranjeras las protegieron irrestrictamente. Ahora bien, la protección a las compañías petroleras explicaba en buena parte la razón que hubo para esgrimir contra el régimen de *jure* del general Obregón el arma imperialista del reconocimiento de los gobiernos. En las postrimerías de la administración del señor Carranza, el Departamento de Estado retiró de México al embajador norteamericano, entre otros inconfesables motivos, porque don Venustiano había emprendido una acción con proyecto de controlar a la explotación petrolera, que llevaban al cabo las compañías extranjeras.

Cuando ascendió al poder el general Obregón, a la ausencia del representante diplomático de los Estados Unidos se le dio la interpretación de que no estaba reconocido el gobierno del Caudillo de Sonora. ¿Cuál fue la causa de esa actitud de la Cancillería norteamericana? Únicamente la influencia e intervención de las compañías petroleras que deseaban vivir al margen de la ley mexicana. Y lo anterior se complicó por el hecho de que la Reforma Agraria comenzó a afectar los intereses de los grandes propietarios, entre los que podían ennumerarse a los norteamericanos. He aquí entonces que la cuestión del petróleo y el problema agrario para el Departamento de Estado convirtieron en móviles intervencionistas; en tanto que el reconocimiento del gobierno obregonista fue manejado como ariete contra un país débil como es México.

Por eso la Cancillería norteamericana condicionó el reconocimiento de nuestro gobierno a la firma de un Tratado de Amistad y Comercio, que propuso. La condición por sí misma era inaceptable. A lo que hay que agregar que los términos del proyecto del Tratado de Amistad y Comercio llevaban el objetivo de destruir lo realizado por la Revolución en orden a los repartos agrarios, de quitar vigencia a la Constitución Política de 1917, de desconocer a la Suprema Corte de Justicia de México el atributo constitucional de interpretar las leyes mexicanas, y de que en el futuro no pudiéramos darnos las leyes que más convinieran a nuestros intereses, porque todo lo anterior podía y debería interpretarse, de acuerdo con los términos del proyecto del Tratado de Amistad y Comercio. Un proyecto que fue la nueva versión de la Enmienda Platt y, por lo tanto, que nos hubiera

convertido en país sojuzgado y colonial, si hubiérase aceptado la firma del aludido documento.

Debemos subrayar que los inconvenientes que significaba el Tratado de Amistad y Comercio dieron al presidente Obregón la razón para rechazarlo, como en efecto fue rechazado. Lo que no fue óbice para que la Cancillería norteamericana, contrariando prácticas internacionales entre los gobiernos, y significando la falta de reconocimiento un atentado imperialista contra México, no otorgara tal reconocimiento al presidente Obregón. Por su parte, el gobierno del Caudillo de Sonora subsistió sin tal reconocimiento durante tres años, cuando los períodos gubernamentales eran de cuatro. Y subsistió sin abandonar el cumplimiento de los principios de la Revolución, antes bien acelerando la redistribución de la tierra, puesto que con estos procedimientos se estaba alcanzando la paz social mexicana.

Sin embargo, el problema de las relaciones internacionales no estaba resuelto, antes bien se movía en una cuerda floja, con todas las desventajas para nosotros, y con los riesgos que significaba proseguir en México la política revolucionaria que era combatida en los Estados Unidos y que, en ocasiones anteriores, había servido de pretexto para solicitar la intervención armada en nuestra patria. Además en el gobierno norteamericano contábamos adversarios de gran fuerza política, con influencia suficiente para convertir la discusión diplomática en un desembarco de tropas invasoras, personas muy vinculadas a las compañías petroleras norteamericanas y llenas de odio para México. Indudablemente que el señor Albert B. Fall, por entonces secretario del Interior en el gabinete de Washington, era el representante genuino de los enemigos de México y era el que influía para hacer tensas las relaciones entre los dos países.

En esta situación, teníamos que maniobrar con habilidad. El presidente Obregón, en su condición de director y responsable de la política internacional de México, aceptó que representantes personales de él y del presidente Harding sostuvieran un intercambio de impresiones, con propósitos de allanar el camino en la reanudación de las relaciones entre ambos países. A esto se les llamó las Conferencias de Bucareli, ya que las juntas de los representantes mexicanos y estadounidenses tuvieron lugar en nuestra ciudad capital, precisamente en la casa número 85 de las calles de Bucareli.

Aunque menos agresiva la posición norteamericana, en el fondo sostenía el ataque contra la Constitución de 1917, tanto por lo que respecta al ramo del petróleo como al reparto de las tierras. Decían que el artículo 27 constitucional se aplicaba con efectos retroactivos, y que tomar las tierras, sin pagar por ellas lo que llamaban justo pre-

cio, y al momento de la expropiación, no era otra cosa que confiscación. La tesis de la retroactividad los norteamericanos la fundaron contraponiendo a la Carta Política leyes mexicanas de minería que estaban derogadas. El cargo de confiscación lo basaron en el hecho de que el pago de las tierras expropiadas se ofrecía cubrir en bonos que tenían baja cotización en el mercado.

Los representantes mexicanos afirmaron que el artículo 27 constitucional no tenía efectos retroactivos, así como tampoco se le darían por parte del presidente Obregón, puesto que en este sentido había sido interpretado por la Suprema Corte de Justicia de nuestro país. Mas como quiera que en la explotación del petróleo se anunciaba la desorbitada intención de cubrir con el respeto a los derechos adquiridos toda clase de maniobras, aunque éstas no estuvieran relacionadas con la exploración y perforación de los pozos, los representantes mexicanos hicieron hincapié en que el respeto de aquellos derechos solamente se operaría cuando hubiera habido actos positivos, y a renglón seguido, enumeraron cuáles eran esos actos. De este modo se evitó una especulación desfavorable a México que, repetimos, ya se avizoraba en aquellos días.

En lo relativo al pago de las tierras expropiadas por razón de la cuestión agraria, nuestros representantes dieron a conocer a sus colegas los norteamericanos, las razones de orden social que justificaban el repartimiento que se estaba realizando, y cómo era necesaria la reconstrucción de los ejidos y la formación de la pequeña propiedad, puesto que la gran mayoría del pueblo mexicano necesitaba para vivir, de las tierras que le fueran entregadas por el gobierno revolucionario. En esto los representantes norteamericanos tuvieron que convenir que la justificación que habían dado nuestros delegados era razonable, por lo que aceptaron el pago en bonos cuando las afectaciones de tierras llegaran a la superficie de 1 755 hectáreas.

Si, como queda escrito, la Cancillería norteamericana tenía por objetivo destruir o quebrantar la vigencia de la Carta Política; y si, como se ha dicho, que al rechazar el proyecto de Tratado de Amistad y Comercio el general Obregón evitó que prosperara el intento, indudablemente que también en las Conferencias de Bucareli nuestra resistencia desvirtuó aquellas pretensiones y lo que resultaba importante para el futuro, fue que el problema agrario siguió su resolución, siempre con el ímpetu acelerado que había impreso el general Obregón a este asunto trascendental.

Todavía hubo un esfuerzo más de la Cancillería estadounidense para lograr lo que se había propuesto en relación con la Carta Magna de 1917, y por eso puso la esperanza en que por medio del arbitraje

internacional, y con la aplicación del artículo IX de la Convención General de Reclamaciones, las afectaciones agrarias que se habían realizado con anterioridad de 1923 pudieran restituirse a sus propietarios norteamericanos, o bien que se les pagara en efectivo el valor de los terrenos. Mas en esta situación los abogados de México ante la Comisión General de Reclamaciones llevaron a cabo una defensa hábil, a las veces haciendo valer dilatorias y siempre sosteniendo los principios de derecho internacional que nos eran favorables, así como justificando la legitimidad de los repartos agrarios. Desde el principio del arbitraje hasta que se llegó al arreglo global, la defensa jurídica de México compartió los honores que por su parte había realizado la defensa diplomática. Y merced a los dos modos la pretensión norteamericana de dejar sin valor a la Constitución de 1917, acabó por no tener efectos.

Pero, volviendo a las Conferencias de Bucareli, debe indicarse que, vistas desde otro ángulo, lograron el propósito de los gobiernos, esto es, constituirse en el entendimiento por medio del cual México y los Estados Unidos reanudaron sus relaciones. Lo que importa señalar es que las Conferencias de Bucareli no constituyeron obligación constitucional o internacional para México a los Estados Unidos, pues los gobiernos no se propusieron elevarlas a esa categoría.

Por lo demás, durante las mismas Conferencias se propaló la firma de dos Convenciones de Reclamaciones, la General y la Especial, para el objeto de constituir los respectivos tribunales de arbitraje, que conocieran de las demandas que mexicanos y norteamericanos tuvieran: los primeros, contra Estados Unidos; los segundos, contra México; y que, asimismo, se ajustaran las demandas originadas por daños causados por la Revolución.

En este capítulo el general Obregón se acogió a una práctica que el derecho internacional reconoce y la costumbre entre las naciones aconseja como saludables. Pues el arbitraje internacional es el procedimiento civilizado, por cuyo medio se arreglan los conflictos que se suscitan entre los países. Vale más que el derecho y la justicia resuelvan las diferencias internacionales, y no que la guerra o las intervenciones imperialistas digan la última palabra. Sobre todo a países débiles como el nuestro, el arbitraje internacional ha servido de defensa a su integridad y decoro, para salir airoso de varios conflictos. No es posible desconocer su eficacia, negar la conveniencia jurídica, ni olvidar que históricamente el arbitraje, para el México independiente, ha sido un recurso de constante y excepcional eficacia.

Además, en el derecho internacional contractual múltiples han sido las convenciones y tratados que al instituir el arbitraje lo han declarado obligatorio para el arreglo pacífico de los conflictos. Y debe



decirse que México no ha rehusado firmar y obligarse por esa clase de documentos, como se puede comprobar con los numerosos tratados multilaterales que sobre la materia han concertado países de todas partes del mundo, y repúblicas de la organización americana, así como con los pactos bilaterales que se han signado con los Estados Unidos, ya que en todos ellos hemos sido parte contratante:

Antes y después del gobierno del presidente Obregón, la adhesión mexicana al arbitraje ha sido invariable. Durante el gobierno del general Alvaro Obregón el arbitraje era necesariamente recomendable para nuestro país, ya que así se contrarrestaban las intrigas imperialistas y los asuntos pendientes se desplazaban de las discusiones diplomáticas al planteamiento jurídico de un litigio, que tenía que resolverse conforme a los principios del derecho internacional, de la justicia y la equidad.

Para el caso del tribunal internacional que iba a ajustar las reclamaciones por los daños causados por la Revolución mediaban otras consideraciones. En efecto, la libertad que el gobierno de Porfirio Díaz otorgó a los inversionistas extranjeros y los privilegios de que gozaron en aquel tiempo, hizo de ellos una especie de personas muy consideradas. Sus propiedades y sus personas tenían importancia social e importancia política. Por estas razones, cuando se desbordó la violencia revolucionaria, don Francisco I. Madero ofreció resarcir a los ciudadanos o súbditos de los gobiernos que le reconocieran beligerancia, si esos nacionales sufrieran daños en sus propiedades. Ahora bien, al triunfo de la revolución maderista, y para hacer honor a la promesa del señor Madero, se constituyó la Comisión Consultiva de Reclamaciones.

Tiempo después, y como uno de los iniciales actos de don Venustiano Carranza en su calidad de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el 10 de mayo de 1913 fechó el decreto por el que el constitucionalismo se empeñó en resarcir de los daños que sufrieran nacionales y extranjeros por causa del movimiento armado en que se había empeñado. En distintas publicaciones oficiales de los constitucionalistas y en algunos de los documentos diplomáticos que dirigió el señor Carranza a las cancillerías extranjeras, de acuerdo con el decreto de 10 de mayo se repitió la promesa de indemnizar a quienes sufrieran daños con motivo de la Revolución.

Cuando fue presidente de la República el señor Carranza convalló el decreto de 10 de mayo de 1913, en la inteligencia de que aquellas promesas pasaran a tener cumplimiento a través de la Comisión Nacional de Relaciones. A este tribunal de carácter doméstico pudieron acudir los nacionales y extranjeros afectados por la Revolución.

Ya dentro del orden constitucional iniciado en 1917 por el señor Carranza, y durante el curso de su gobierno, repetidamente ante el Congreso de la Unión, informando y expidiendo las leyes pertinentes, reiteró ese mandatario su política acerca de los resarcimientos por daños. De ahí que la Comisión Nacional de Relaciones funcionara con propósitos de ajustar las demandas que se interpusieran reclamando indemnizaciones. Sólo que en relación con los extranjeros el mismo presidente Carranza otorgó un recurso (con el cual no contaban los nacionales), que consistió en que si no estaban conformes con la resolución que diera la Comisión Nacional de Reclamaciones, podían abrir una segunda instancia ante una Comisión que se compondría de tres árbitros designados: uno por el presidente de la República, otro por el agente diplomático del país a que perteneciera el reclamante, y el tercero de común acuerdo por aquellos dos nombrados.

En rigor, los extranjeros no respondieron al llamado porque estaban seguros de que sus cancillerías los protegerían en cualquier momento. Por lo que respecta a las cancillerías, frente al gobierno de México, propalaban la instauración de un tribunal de arbitraje internacional, que conociera las demandas de sus respectivos nacionales. Hay que decir que desde los tiempos del señor Madero se ideó el funcionamiento de las Comisiones Mixtas, según lo convinieron Henry Lane Wilson, embajador norteamericano y Pedro Lascuráin, ministro de Relaciones de México. Los acontecimientos de la Ciudadela detuvieron la negociación.

Por lo que respecta al señor Carranza, hay que convenir en que comenzó a derivar hacia el funcionamiento de las Comisiones Mixtas desde que reconoció el recurso de segunda instancia para los extranjeros que no estuvieran conformes con las sentencias de la Comisión Nacional de Reclamaciones. Y decir que fue también el señor Carranza el que propaló con los Estados Unidos la institución de la Comisión Mixta de Reclamaciones, para que ante ella los norteamericanos pudieran presentar sus demandas, y que éstas quedaran ajustadas debidamente. Los sucesos de 1920, en los que perdiera la vida el señor Carranza, otra vez hicieron que se detuviera el curso de la negociación con el Departamento de Estado acerca de la Comisión Mixta de Reclamaciones.

Más adelante, cuando Adolfo de la Huerta sustituyó en la presidencia al señor Carranza y, luego, cuando el general Obregón ascendió a la Primera Magistratura, ambos presidentes declararon que estaban dispuestos a continuar la política que sobre reclamaciones internacionales habíase planteado desde meses anteriores. Y a ese propósito dieron los pasos necesarios, especialmente el presidente Obregón que,

cuando en 1923 firmó la Convención Especial de Relaciones con los Estados Unidos, dio culminación a la accidentada y peligrosa materia de las reclamaciones extranjeras por daños causados por la Revolución.

Ahora bien, el general Obregón procedió en ese sentido porque en la convivencia internacional son los Estados los que tienen la personalidad jurídica y los que se obligan a través de sus mandatarios; en la inteligencia de que la distinción en los funcionarios que por ley dirigen las negociaciones, no modifica las obligaciones contraídas, y poco o nada se proyecta sobre las promesas hechas o los arreglos que se han propalado. En estricto sentido la entidad México es indivisible frente al derecho internacional. Sus distintos presidentes aparecen como contingencias en el desarrollo de las relaciones internacionales. Lo importante, lo que prevalece, son las obligaciones contraídas y, desde luego, por el honor del país, es necesario cumplir los ofrecimientos y proseguir las negociaciones que estén pendientes, mirando, claro está, por el bien de la República.

Repetimos, el general Obregón al firmar la Convención Especial de Reclamaciones cumplió con las promesas hechas por los anteriores presidentes revolucionarios, además prosiguió la negociación diplomática que había iniciado el señor Carranza y, sobre todo, desvió la presión diplomática imperialista hacia zonas de riesgos menores, como eran los que representaban el arbitraje internacional.

Que es indivisible la entidad México, se demuestra igualmente por el hecho de que el general Obregón arregló con los banqueros internacionales la reanudación del servicio de la deuda exterior; que, como se sabe, estaba constituida en sus diversos renglones por los diferentes empréstitos que el régimen del general Porfirio Díaz había obtenido en el extranjero. Los arreglos con los acreedores internacionales y la reanudación del servicio de la deuda exterior, a su vez también sortearon otro peligro de intervención extranjera, puesto que las amenazas que se dirigían contra México por la falta de pago, y el riesgo en que estuvieron los ferrocarriles de ser arrebatados del dominio nacional por la falta del cumplimiento de las obligaciones con los acreedores extranjeros, acreedores que estaban preparados para hacer valer sus derechos conforme a la escritura de concesión, esos riesgos, insístmamente, acabaron por diluirse en virtud de la oportunidad y de la habilidad que la diplomacia obregonista puso en juego para defender a los intereses nacionales.

Sucede, sin embargo, que la pasión faccionaria ha atacado al general Obregón de distintos modos y, especialmente, en lo que parece vulnerable, como es el capítulo de la política internacional.

Los miembros del Antiguo Régimen; los que tomaron participación en la lucha de facciones en la etapa violenta revolucionaria pero que fueron vencidos o eliminados de la cosa pública por el general Obregón; los enemigos de la Revolución, han urdido el complot dirigido en primera fila contra el presidente Obregón y en el fondo contra el Nuevo Régimen, para infamar una política que siempre estuvo en desventaja para México, y que fue originada por dar cumplimiento a las promesas de la Revolución y por conservar en vigor la Carta Política de 1917.

No tienen escrúpulo alguno los detractores. No se detienen ante ninguna consideración. No vacilan en propalar infundios, ni inventar los cargos, ni aderezar sus escritos con palabras altisonantes. En verdad ellos han prolongado la lucha de facciones, con injusticia y sin fundamento, pero cuya persistencia es reveladora que el Antiguo Régimen, una vez más, se alza contra el Nuevo Régimen y en esta aventura le hacen coro antiguos combatientes revolucionarios.

En los ataques se habla de traición a la patria porque es cargo que impresiona a los mexicanos y entre muchos se acepta con ligereza. La supuesta traición a la patria sólo existe en la imaginación de los detractores puesto que de haberse realizado, la vida mexicana ahora estaría quebrantada o paralizada por causa de la imputada traición.

Se propala el infundio de los tratados "secretos" sin parar mientes en que documentos de esa clase no pueden tener entre México y los Estados Unidos valor práctico, puesto que su sigilo impediría que los órganos constitucionales, encargados de la ratificación, los desconocieran y, por no conocerlos, quedar sin vigencia constitucional y sin adquirir el carácter de obligación Internacional.

Se propala, asimismo, la sumisión de la diplomacia obregonista a las exigencias norteamericanas, descuidando hechos que contradicen la aseveración, como haber rechazado el proyecto de Tratado de Amistad y Comercio, haber logrado en las Conferencias el reconocimiento, por parte de los delegados norteamericanos, de tesis que eran nuestras y debilitado exigencias que el Departamento de Estado hizo valer inicialmente.

Se olvida, también, que la controversia diplomática con los Estados Unidos tuvo por origen el cumplimiento de los artículos revolucionarios de la Constitución Política de 1917, específicamente los artículos 27 y 123, pero que en todo momento esas disposiciones siguieron imperturbablemente su curso y fueron aplicadas sin distinción a nacionales y extranjeros. Cabe decir que si el presidente Obregón no hubiera aplicado con el vigor que aplicó los artículos constitucionales 27 y 123, las dificultades con las cancillerías extranjeras no hubieran surgido,

pero entonces el general Obregón hubiera traicionado a la Revolución, evitando alcanzar la paz social que a la postre ha vivido México, una vez que ha superado la etapa violenta de su movimiento revolucionario, y ha reconstruido a la nación conforme a los propósitos de ese movimiento.

En verdad la defensa que hizo la diplomacia obregonista frente a la presión de las cancillerías extranjeras tuvo el éxito que significó haber despejado el camino, para que la transformación de México se operara; una transformación que por la resistencia del Antiguo Régimen se dirimió en los campos de batalla; una resistencia que por la presión imperialista tuvo que ser sorteada en los terrenos de la diplomacia, en la jurisdicción del arbitraje internacional, y de nueva cuenta con las gestiones diplomáticas que llevaron al arreglo global con el gobierno norteamericano a un buen final.

En medio de tantos contratiempos y a pesar de innumerables sinsabores, México se transformó por la Revolución, México sostuvo la vigencia de su Carta Política y México pudo seguirse dando gobiernos revolucionarios que prosiguieran la reconstrucción nacional.

Pero debe subrayarse que el iniciador, el promotor de la etapa constructiva de la Revolución, fue el Caudillo de Sonora. Había formado parte de los que, por medio de la violencia, destruyeron al Antiguo Régimen. En esta etapa fue el principal artífice del triunfo del constitucionalismo, que es como decir de la victoria de la Revolución.

Ya en la siguiente fase, como presidente de la República, construyó al país de conformidad con los principios que sirvieron de pauta durante la lucha comenzada en 1910. Por las realizaciones que logró, la nación y la Revolución identificáronse plenamente. Asimismo abrió el camino a ejecuciones futuras: la paz social fue un hecho y se fue consolidando con el transcurso de los años.

En esa trayectoria surgió el estadista que fue Plutarco Elías Calles. Hubo gobiernos igualmente constructivos, como el del general Abelardo L. Rodríguez y el del licenciado Emilio Portes Gil. Apareció el excitante período del general Lázaro Cárdenas. Mas el comienzo estuvo a cargo de Alvaro Obregón, que con arrojo despejó los obstáculos que había levantado el Antiguo Régimen para evitar que los cambios sociales tuvieran lugar. Ese arrojo fue hecho con impulso revolucionario y con el sentido patriótico de mejorar las condiciones de vida de los hombres humildes de México, hasta entonces olvidados, secularmente atropellados, pese a que constituían la esencia y presencia del nacionalismo mexicano.

## PROEMIO

*Este libro está escrito fuera de toda jurisdicción literaria; en cambio, la verdad controla cada uno de sus capítulos.*

*La obligación indeclinable que tengo de hacer justicia a cada uno de los hombres que me acompañaron en la lucha, me impulsa a escribir esta obra; librando así a la verdad de las mutilaciones que pudiera sufrir, si autorizo con mi silencio a que otro, con menos documentos que yo, la escriba.*

*Protesto que mi vanidad no ha ejercido influencia sobre mí en esta ocasión; pues ella me habría aconsejado que, oculto tras una falsa modestia, que desconozco, hubiera proporcionado datos y documentos que sirvieran para mi obra, a un escritor quien, con lenguaje galano, habría sido tan pródigo en logros para mí, como pródigo en propinas me hubiera encontrado.*

*Soy, pues, solidario de la veracidad de todos y cada uno de los hechos relatados en este libro.*

*En esta obra he querido consignar los hechos de índole puramente militar; desarrollados, unos bajo mi dirección, y otros dentro de la órbita de mi mando y al cuidado directo de jefes a mis órdenes; sin hacer historia de todos los demás sucesos de distinta índole, que en la misma época se desarrollaban en los Estados de que hago mérito, y relacionados con autoridades o empleados civiles, cuya labor, en muchos casos, fue de igual o mayor valimiento que la llevada a cabo por nosotros, los hombres de armas.*



## CÓMO FUI SIMPATIZADOR DEL SEÑOR MADERO

Corrían los últimos años de la dictadura del general Díaz. Ésta había extendido sus ramificaciones en todo el país, y automáticamente comenzaron a formarse dos partidos: el que explotaba y apoyaba al gobierno de la dictadura, y el de oposición.

En el segundo de esos partidos me contaba yo, que en el largo periodo de diez años que pertencí al gremio obrero y que administré algunas haciendas, pude darme cuenta exacta del trato que recibían de los capataces y de los patrones, todos los hombres que llevaban a sus hogares el pan ganado con el sudor de su frente; y pude apreciar también el desequilibrio inmenso que existía entre las castas privilegiadas y las clases trabajadoras, debido al inmoderado apoyo que las autoridades prestaban a las primeras para todo género de monopolios y privilegios.

Esta experiencia me llevaba al convencimiento de que era necesario odiar la tiranía, ya que no sabíamos amar y conquistar la libertad.

Cada espíritu de oposición que surgía, era para nuestro partido una esperanza: Flores Magón, Reyes, quienquiera, menos Díaz.

A medida que la división se acentuaba, multiplicábanse también las vejaciones de todo género para los que no aplaudíamos incondicionalmente todos los actos despóticos de las autoridades de aquel régimen.

Después de un periodo de decepciones y angustias políticas, surgió Madero, quien con valor y abnegación sin límites empezó su labor antirreeleccionista, enfrentándose al tirano.

Todos los enemigos de la dictadura reconocimos en Madero a nuestro hombre; y el "maderismo" germinó simultáneamente en la República.

El tirano y su corte dijeron: "Dejemos a este loco, que se burlen de él en todo el país".

Aquel abnegado apóstol, en unos cuantos meses, recorrió la mayor parte de la República, encendiendo la verdad en todas las conciencias y conmoviendo con ella el podrido andamiaje de la dictadura.



Aprehendido Madero, arbitrariamente, por un supuesto delito que le inventara uno de los cachorros de Ramón Corral, el licenciado Juan R. Orcí; perseguidos sus principales colaboradores, no quedaba más recurso que la guerra.

Así lo comprendió la generalidad; pero no todos nos resolvimos a empeñarla.

Madero logra fugarse, y, burlando a los esbirros, gana la frontera: La revolución estalla...

Entonces el partido maderista o antirreeleccionista se dividió en dos clases: una compuesta de hombres sumisos al mandato del deber, que abandonaban sus hogares y rompían toda liga de familia y de intereses para empuñar el fusil, la escopeta o la primera arma que encontraban; la otra, de hombres atentos al mandato del miedo, que no encontraban armas, que tenían hijos, los cuales quedarían en la orfandad si perecían ellos en la lucha, y con mil ligas más, que el deber no puede suprimir cuando el espectro del miedo se apodera de los hombres.

A la segunda de esas clases tuve la pena de pertenecer yo.

La guerra seguía...; y la prensa venal lanzaba los calificativos más duros a los hombres empeñados en la lucha contra el dictador.

Los maderistas inactivos nos conformábamos con hacer una propaganda solapada y cobarde. Seguíamos siendo objeto de mayores vejaciones, contentándonos con decir: "¡Ya nos la pagarán!"

## LA REVOLUCIÓN EN SONORA

Cuando en todo el país aparecían ya grupos rebeldes y en el Distrito de Alamos se preparaba el levantamiento encabezado por el hoy general de división Benjamín G. Hill, a quien todos los de aquel Distrito reconocíamos como jefe, por su valor civil y su entereza, fue éste aprehendido en compañía de los señores Flavio y Ventura Bórquez.

Con la aprehensión de Hill no se sofocó el movimiento insurgente en Sonora; al contrario, se precipitó... Un día después, se iniciaba la revolución en Navojoa, río Mayo, encabezada por los señores Severiano A. Talamante, sus dos hijos Severiano y Arnulfo, Carpio, Demetrio Esquer, los hermanos Chávez y Ramón Gómez con algunos otros; pero éstos, debido a la escasez de los elementos con que contaban, después de algunas escaramuzas con las fuerzas federales, tuvieron que emprender su marcha hacia la frontera para pertrecharse, habiendo tenido que librar un sangriento combate en Sahuaripa, el que fue de resultados desastrosos para ellos.

Las fuentes de información que nosotros teníamos eran muy vagas; y a la prensa y al telégrafo ningún crédito podía dárseles, porque estaban bajo la censura más escandalosa.

En abril empezó a notarse alarma en los círculos oficiales; alarma que fue aumentando hasta que pudimos saber que los maderistas se aproximaban a Navojoa, y, por fin, que atacaban aquella plaza, y que, al ser en ella rechazados, avanzaban con rumbo a nuestro pueblo, Huatabampo, en el que había una guarnición de 40 hombres perfectamente armados y pertrechados, a las órdenes del presidente municipal José Tiburcio Otero, quien era uno de los colaboradores que más se distinguieron en la época de la dictadura, por lo identificado que estaba con los procedimientos arbitrarios.

Otero, al saber la aproximación de los maderistas, huyó con su gente, abandonándola en El Tóbari, pequeño puerto de cabotaje que se encuentra al poniente de la desembocadura del río Mayo, en el golfo de California, refugiándose el expresado individuo en la pequeña isla de Ciari, que está frente al puerto.

Al siguiente día hicieron su entrada a Huatabampo los rebeldes. Estos iban comandados por José Lorenzo Otero, Ramón Gómez y los hermanos Chávez.

Todos sus partidarios nos apresuramos a recibirlos.

La impresión que yo recibí al verles no se borrará jamás de mi memoria: eran como cien; de ellos, setenta armados; de los armados, más de treinta sin cartuchos, y los que llevaban parque lo contaban en reducidísima cantidad; los jefes se podían distinguir en que llevaban dotadas sus cartucheras. Las ropas que usaban todos aquellos hombres indicaban que no habían tenido cambio en mucho tiempo. Las dos terceras partes de ellos poseían montura, y el resto la improvisaban con sus propios sarapes. Todos aquellos combatientes revelaban las huellas de un prolongado periodo de privaciones. . . Empecé a sentirme poseído de una impresión intensa, la que poco a poco fue declinando en vergüenza, cuando llegué al convencimiento de que para defender los sagrados intereses de la patria sólo se necesita ser ciudadano; y para esto, desoír cualquier voz que no sea la del deber. Encontraba superior a mí a cada uno de aquellos hombres.

Los hermanos Chávez nos relataron, con detalles vivos, la batalla que habían librado en Sahuaripa, en la cual perdieron a sus principales jefes, los señores Talamantes, quienes quedaron prisioneros en poder del general Ojeda, y por orden de éste fueron luego fusilados.

Unos días después salía de su prisión el hoy general Hill, e impulsando el movimiento revolucionario, tomó la plaza de Navojoa y avanzó sobre Álamos.

A raíz de tales acontecimientos, el telégrafo comunicó las noticias de los tratados de Ciudad Juárez y la fuga de Díaz, y posteriormente la orden de Madero para suspender las hostilidades.

¡El triunfo de la Revolución era ya un hecho!

De pie en mi conciencia quedó la falta: yo en nada había contribuido al glorioso triunfo de la Revolución y, sin embargo, me consideraba maderista; sólo porque había protestado con alguna energía cuando el presidente municipal de mi pueblo pretendió hacerme firmar un acta de adhesión al general Díaz.

## CÓMO FORMÉ PARTE DEL GOBIERNO DEL SEÑOR MADERO

Las elecciones municipales se preparaban en Sonora, dos meses después del triunfo de la Revolución.

El partido reaccionario y el antirreeleccionista empezaban sus trabajos políticos para formar el ayuntamiento de Huatabampo.

El partido liberal me postuló para presidente del ayuntamiento; y los reaccionarios, encabezados por José Tiburcio Otero, vástago de la tiranía e individuo que impunemente había quedado en la población, postulaban para presidente municipal al reaccionario Pedro H. Zurbarán.

Triunfó el partido antirreeleccionista. Desde ese momento era yo una autoridad legítima, porque había sido elegido por la voluntad del pueblo; pero esto no me reconciliaba con mi conciencia, la que constantemente me decía: "No cumpliste como ciudadano en el movimiento libertario."



## PRIMERAS AGITACIONES DE LA REACCIÓN

La reacción, incansable en su criminal labor de zapa, trabajaba con actividad, buscando el desprestigio del Gobierno Constitucional emanado de la revolución, y con su insidia y su oro, hábilmente manejados, logró sobornar a Pascual Orozco, quien de caudillo pasó a traidor, rebelándose contra el supremo gobierno.

El presidente de la República, señor Francisco I. Madero, ordenó se combatiera a Orozco hasta someterlo, y a tal fin, una columna de las tres armas, al mando del general José González Salas, marchó a Chihuahua.

La fatalidad quiso, en esta vez, que los leales sufrieran la humillación y la derrota, consiguiendo que en los últimos días del mes de marzo los soldados de la traición los derrotaran en la memorable jornada de Rellano, donde el general González Salas se suicidó, a poco de su fracaso, para salvarse así de la vergüenza.

Con el triunfo alcanzado por Orozco en Rellano, los menguados que desconocen lo que vale la voluntad de un pueblo creyeron que el gobierno del señor Madero tocaba a su fin.



## CÓMO FUI SOLDADO

Al conocerse el desastre del general González Salas, el gobernador de Sonora, José María Maytorena, ofreció en nombre del Estado, al señor Madero, un contingente de hombres armados que marcharían a Chihuahua a combatir la traición que se había encarado contra el gobierno legítimo.

El jefe de la Sección de Guerra del Estado de Sonora, señor Eugenio Gayou, telegrafió, en circular, a los presidentes municipales del Estado, preguntándoles el número de hombres que podrían reclutarse en sus respectivos municipios para formar la columna sonorensis que debería dirigirse a Chihuahua a combatir el orozquismo.

El deber me dijo: "He aquí la oportunidad que podrá vindicarte."

Al recibir el mensaje del señor Gayou, me encontraba en la ciudad de Álamos, contestándole que pasaría a Navojoa a conferenciar con él.

Ya en aquel lugar, hablé largamente con el mencionado señor Gayou, a quien ofrecí mis servicios para reclutar gente y marchar con ella a la campaña de Chihuahua, ofrecimiento que me fue aceptado desde luego. Nos despedimos, dirigiéndome en seguida a mi pueblo.

Esto pasaba en los últimos días del mes de marzo de 1912, y para el día 14 de abril tenía ya reunidos trescientos hombres, en su mayor parte nativos de la región, de tronco indígena, los más de ellos propietarios, siendo en su totalidad agricultores, inclusive yo, que me dedicaba al cultivo del garbanzo en una pequeña hacienda que poseo en la margen izquierda del río Mayo y que lleva por nombre "Quinta Chilla".

Hicimos nuestra salida el día 14 del propio mes de abril, a las 5 de la tarde. Nada tengo que decir del cuadro que presentaba nuestro viaje.

Ocurrieron a despedirnos casi todas las familias de los que marchábamos y un gran número de amigos.

Ibamos a Chihuahua, en cuyos desiertos la traición había sepultado, unos días antes, a más de la mitad de la columna mandada por el



general González Salas, obligando al general Téllez a abandonar su artillería, y a Trucy Aubert a dejar muertos de sed, en el desierto, a más de las tres cuartas partes del efectivo de su columna.

Nos pusimos en marcha, y poco a poco fueron dejándose de oír las voces de los que nos deseaban un buen viaje, y poco a poco también perdíanse de vista los pañuelos que desde las azoteas agitaban nuestros familiares y amigos en señal de despedida.

Una nube de polvo empezó a envolvernos, y el silencio invadió a la columna. Cada quien pensaba en los efectos que acababa de dejar y en la suerte que correría en la campaña. Desde aquel momento todos los hombres que formábamos aquel grupo habíamos roto toda liga de familia y de intereses y ofrecíamos nuestras sangre a la patria.

La familia que yo había dejado en Huatabampo la constituían tres hermanas huérfanas y mis dos pequeños hijos, Humberto y Refugio, de cinco y de cuatro años de edad, respectivamente, los que estaban al cuidado de mis hermanas, por haber perdido a su madre.

El día 15 nos incorporamos a estación Navojoa, donde deberíamos embarcarnos para la capital del Estado; y el día 16, a bordo de carros agregados al tren ordinario de pasajeros, emprendimos el derrotero rumbo a Hermosillo.

Como telegráficamente pidiera armas y cartuchos, y no se me remitieran a Navojoa, solicité del presidente municipal de aquel pueblo, que lo era entonces el señor Ramón Gómez, algunas armas, y éste me facilitó seis, con dotación de diez cartuchos cada una, las que sumadas a las dos que llevaba yo, hacían un total de ocho.

En la tarde de ese mismo día, a las seis, cuando íbamos en camino, entre las estaciones Pitahaya y Mapoli, un grupo de yaquis sublevados asaltó por sorpresa al tren, ataque que rechazamos con las pocas armas y el escaso parque de que íbamos dotados, causando a los asaltantes dos muertos.

Pasado este incidente, continuamos la marcha hasta estación Empalme.

Al siguiente día, diecisiete, salimos de Empalme, a bordo de los carros, e hicimos nuestro arribo a Hermosillo sin ninguna novedad; habiendo permanecido en aquella población hasta el día 19, fecha en que pasamos a acuartelarnos en la Villa de Seris, que está en las afueras de Hermosillo.

En Hermosillo se nos proporcionó armamento y equipo completos; y el Gobierno del Estado, por conducto de la Sección de Guerra, ratificó los nombramientos que yo había otorgado al organizar el batallón, denominándose éste "4o. Batallón Irregular de Sonora", con-

firiéndoseme su mando con nombramiento de jefe nato del mismo cuerpo y grado de teniente coronel de las fuerzas irregulares.

Se encargaba de dar instrucción militar al contingente de ese cuerpo el capitán del mismo, Eugenio Martínez, quien tenía algunos conocimientos militares, por haber pertenecido, en épocas anteriores, al ejército regular.

El 4o. Batallón Irregular de Sonora quedó integrado en la forma siguiente:

Jefe nato del batallón, teniente coronel Alvaro Obregón.

#### Oficialidad

Capitanes primeros: Antonio A. Guerrero y Eugenio Martínez;  
Capitanes segundos: Francisco Bórquez, José A. Rocha y Juan Cruz;  
Tenientes: Pablo Macías, Pioquinto Castro y Luis Rueda;  
Subtenientes: Pedro Islas, Antonio Cruz y Tiburcio Morales;  
Pagador: Guillermo Domínguez.  
Tropa: 300 hombres, incluyendo una fracción 50 de caballería.



## PREPARATIVOS DE CAMPAÑA

El tiempo que permanecimos en la Villa de Seris lo aprovechamos dando y recibiendo diariamente instrucción militar.

El día 2 de junio emprendimos la marcha bajo las órdenes directas del jefe de la Sección de Guerra, señor Gayou, llegando a Naco el día 3, y permaneciendo en aquella plaza hasta el día 5, fecha en que salimos, por tierra, a Agua Prieta, adonde nos incorporamos el día 6.

En Agua Prieta el señor Gayou dió comienzo a la reconcentración de tropas para formar la columna que debería marchar a Chihuahua.

Por Fronteras, Babispe y Nacozari había comisionados del general Garibaldi, encargados de reclutar gente para la campaña de Chihuahua.

A Agua Prieta se incorporaron fracciones del 47o. y del 48o. cuerpos rurales, al mando del teniente coronel Heriberto Rivera, con cuyo contingente se formaba una fuerza de cerca de 500 hombres, incluyendo los del 4o. Batallón Irregular de Sonora.

El día 12 se incorporó a Agua Prieta el general José de la Luz Blanco, llevando dos cañones Schneider Cannet, al mando del capitán Manuel Gaspar Ruiz y 29 oficiales salidos del Colegio Militar y de la Escuela de Aspirantes, los que habían sido incorporados para la organización de dichas fuerzas.

El día 19 recibimos órdenes de aprovisionar a nuestras tropas y alistarnos para salir. El día 20, a las 5:40 a.m., emprendimos la ruta, siguiendo como derrotero el camino que va de la plaza de Agua Prieta al rancho Las Cenizas, y de allí al cañón de Minitas y Rusbay hasta Colonia Morelos; punto éste adonde llegamos después de tres días de camino, acampando en el referido lugar para esperar la incorporación de las demás fracciones que deberían formar parte de la columna; así como también al general Sanginés, que había sido nombrado jefe de la misma columna.

El general Blanco había quedado en Agua Prieta arreglando algunos asuntos del servicio y, entretanto, nuestro jefe en Colonia Morelos lo era el teniente coronel Heriberto Rivera.

El día 23 se nos incorporó el mayor Salvador Alvarado con 150 hombres del Cuerpo Auxiliar Federal y 2 ametralladoras.

En Colonia Morelos se nos incorporaron, a la vez, algunas fracciones de tropa que desde Chihuahua se habían dirigido a Sonora al ser derrotados por los orozquistas. Esas fracciones, que eran de caballería, ascendían a 150 hombres.

El día 6 de julio se incorporó el general Sanginés y, desde luego, tomó el mando de la columna, nombrando al teniente coronel Rivera jefe de las infanterías, y a mí jefe de las caballerías.

Con el general Sanginés llegaron el general Blanco y los capitanes Rubio y Béjar. El general Blanco debería tomar el mando de las fuerzas que habían llegado procedentes de Chihuahua a nuestro campamento y otras que lo esperaban para incorporársele.

El día 9 quedó organizada la columna sonorenses, en Colonia Morelos, con los siguientes elementos:

#### Cuartel General

General en jefe: brigadier Agustín Sanginés;  
 Jefe del E. M.: Capitán Salvador Velasco;  
 Ayudantes: capitán Leobardo Manzano, capitán Arturo Alatorre, subteniente Carlos Islas, subteniente Pedro Olivares, subteniente Ignacio Gómez;  
 Preboste: capitán Rafael Cadena;  
 Proveedor: capitán Eduardo González.

#### Infanterías

Comandante: teniente coronel Heriberto Rivera.  
 Jefe del E.M.: capitán Francisco Cota.  
 4o. Batallón Irregular de Sonora.  
 Comandante accidental: capitán Eugenio Martínez.  
 40o. Cuerpo Rural.  
 Comandante: coronel Guerrero.  
 Fracciones del 47o. y del 48. cuerpos rurales.  
 Comandante accidental: capitán Lino Morales.  
 Batallón Auxiliar Federal.  
 Comandante: mayor Salvador Alvarado.

#### Caballerías

Comandante: teniente coronel Alvaro Obregón.  
 Jefe del E.M.: capitán Antonio A. Guerrero.

Infantería montada del 4o. Batallón Irregular de Sonora.  
Voluntarios de Chihuahua.

Comandante: capitán Candelario Cervantes.

1o., 2o., 3o. y 4o. Escuadrones de Voluntarios del Norte, comandados por los capitanes Béjar, Escajeda, Samaniego, Wilson y Corral.

Pagador de las Caballerías: mayor Miguel M. Antúnez.

### Artillería

Sección de cañones Schneider Cannet de 75 mm.

Comandante: capitán Manuel Gaspar Ruiz.

Sección de ametralladoras Colt.

Comandante: teniente Maximiliano Kloss.

Sección de fusiles-ametralladoras Rexer.

Comandante: subteniente José Ramírez.

### Tren de transportes

Ocho carros de transporte.

Comandante: Leocadio López España.

Hatajo para transportes a lomo.

Comandante: C. Bainore.

El mayor Díaz de León y el C. Mariano Rodríguez marchaban también incorporados a la columna, como conocedores del Estado de Chihuahua.

El general Garibaldi desistió de marchar con nosotros a la campaña, al frente de las fuerzas que había reclutado, porque según lo declaró en la prensa de Douglas, no quería participar del fracaso que nos auguraba.

En el cuartel general se habían recibido noticias, proporcionadas por algunos mormones que habían salido de Casas Grandes, indicando que el enemigo trataba de posesionarse del cañón del Pulpito, posición ventajosa que lo pondría en condiciones de entorpecer y detener nuestra marcha, aun contando con muy pocos elementos.



## EN CAMPAÑA

Con tales noticias, y como nada teníamos ya que esperar, el general Sanginés ordenó la marcha, emprendiéndose ésta el mismo día 9 y continuándola hasta acampar en Colonia Oaxaca, en cuyo lugar permanecimos algunos días para tomar mayores informes sobre los movimientos del enemigo, pues para entonces ya se tenían noticias de que Orozco, con todos sus elementos, intentaba invadir el Estado de Sonora, en vista de su impotencia para contener el avance de la División del Norte, que al mando del general Victoriano Huerta lo venía rechazando del sur.

En Colonia Oaxaca fue aumentando el efectivo de nuestra columna con la incorporación de los "Voluntarios de Babispe", al mando del capitán Miguel Samaniego.

De Colonia Oaxaca se continuó la marcha, dirigiéndonos por el cañón del Púlpito, hasta salir por la cuesta que lleva el nombre de Cumbre de las Bolsas y atravesar la línea que divide a los Estados de Sonora y Chihuahua —el día 18 de julio—, acampando en la parte más elevada de la sierra, frente a un rancho denominado Las Varas.

El general Blanco, con trescientos hombres, había avanzado hasta el rancho El Coyote, a veinte kilómetros de nuestro campamento y con dirección al puerto de Palomas.

El cuartel general ordenó a Blanco que marchara a la hacienda Ojitos, disponiendo, a la vez, que yo marchara a incorporarme a Blanco, con el resto de las caballerías.

De acuerdo con esas órdenes, las caballerías se reconcentraron en la hacienda Ojitos, la que está situada en una de las altiplanicies de la Sierra Madre, a 40 kilómetros de la línea divisoria entre Chihuahua y Sonora, en una inmensa pampa, sin más vegetación que zacate en abundancia.

Al siguiente día, una de nuestras avanzadas, al mando del capitán Cervantes, descubrió y rechazó a una exploración enemiga en Salto de Ojo, rumbo a Guzmán, dando cuenta de esto al general Sanginés por la vía telegráfica, la cual estaba ya reparada; y en previsión de



que el enemigo intentara atacarnos en aquel lugar procedimos a construir algunas fortificaciones en el pequeño cerro, a cuya falda se encuentra situada la hacienda Ojitos.

El día 26 se incorporó a Ojitos el general Sanginés con el grueso de la columna.

Nuestro cónsul en El Paso, Texas, que lo era entonces el señor Enrique Llorente, contaba con agentes muy activos entre el enemigo, y de esta manera suministraba constantemente informes al general Sanginés sobre los movimientos que hacían o intentaban los orozquistas.

Un día, el general Sanginés nos llamó a su cuartel general al teniente coronel Rivera, al mayor Alvarado y a mí, y ya reunidos, nos dijo: "Todos los informes que tengo, tanto de Llorente como de los espías que he mandado, indican que seremos atacados por un fuerte núcleo enemigo que se está reconcentrando en Casas Grandes, y quiero conocer la opinión de ustedes." Yo guardé silencio, porque era el menos autorizado para opinar. El mayor Alvarado propuso que se construyeran bordes circundando la hacienda y se formaran trincheras en el cerro. El teniente coronel Rivera opinó porque se hicieran zanjas circundando también la hacienda; y entonces, como particularmente se me pidiera mi opinión, manifesté que consideraba acertadas las disposiciones de Rivera y Alvarado, porque podrían ser igualmente útiles para la defensa las zanjas y los bordes; pero que, en mi concepto, no contábamos en aquella hacienda con los elementos suficientes para construir toda clase de fortificaciones y que, por lo tanto, podríamos prescindir de las zanjas y los bordes, supliéndolos con "loberas"<sup>1</sup> que podrían cavarse a tres metros de distancia una de otra, circulando la hacienda y abarcando dentro del círculo, el cerro, que ya tenía algunas trincheras arriba.

El general Sanginés aprobó mi iniciativa; y cada uno de los jefes procedimos a colocar nuestra gente, a fin de que se llevara a cabo la excavación de dichas loberas. Al día siguiente estábamos preparados para resistir cualquier ataque.

En las trincheras del cerro habían quedado colocadas las fracciones del 47o. y 48o. cuerpos rurales y el cuartel del teniente coronel Rivera, más dos ametralladoras al mando del teniente Kloss.

La colocación de las demás fuerzas era como sigue: al oriente, el Cuerpo Auxiliar Federal, al norte, soldados de mis caballerías, y al poniente, el 4o. Batallón Irregular de Sonora.

<sup>1</sup> Llamamos "lobera" a una excavación a manera de fosa con capacidad suficiente para que un soldado quede en ella cubierto de los fuegos y pueda de allí dirigir los suyos a discreción.

En el centro quedaba la casa de la hacienda, e instalado allí el cuartel general.

Yo tenía la costumbre de ir diariamente, a primeras horas de la mañana, al cuartel general, tanto para rendir mi parte reglamentario, como para inquirir noticias sobre el enemigo, distrayéndome algunas veces en conversación con el general Sanginés a quien había cobrado gran afecto, porque había descubierto en él una acrisolada honradez y un amplio espíritu de compañerismo.

Cierto día, después de rendir mi parte de novedades a las seis de la tarde, el general Sanginés me invitó a que tomara con él asiento en un mecedor que había en el centro del pequeño parque, que existe frente a la casa de la hacienda; y cuando estuvimos ya en aquel sitio, después de conversar un rato sobre la situación, me preguntó: "¿Cuánto tiempo piensa usted servir al gobierno en el ejército?", a lo que le contesté: "Estaré en el ejército solamente el tiempo que el gobierno necesite mis servicios". A esto replicó el general: "Prepárese, pues, mi teniente coronel para servir en el ejército cuatro o cinco años, porque este indio de Huerta va a darnos un dolor de cabeza".

Disimulé la mala impresión que aquella profecía me causara, pues la consideré sincera.



## BATALLA DE OJITOS

El 31 del mismo mes, siguiendo mis costumbres, me trasladé al cuartel general a las seis de la mañana, y, después de rendir mi parte, me invitó el general Sanginés a tomar asiento cerca de él, lo que hice en seguida, entablándose luego una conversación entre ambos, sobre diversos tópicos.

No había transcurrido media hora, cuando empezamos a oír toques de clarín de las fuerzas que estaban en el cerro, indicando ¡Enemigo al frente!

El general mandó a uno de sus oficiales que subiera al cerro para que observara lo que estuviera ocurriendo; pero en seguida el mismo clarín daba los toques de ¡Enemigo al frente, a la derecha e izquierda!

El general en jefe llamó a sus oficiales de Estado Mayor, y dándoles algunas instrucciones, emprendió el ascenso al cerro; ordenándome que con toda rapidez alistara mi fuerza, cuya caballada, por escasez de forrajes en la hacienda, tenía que pasar la noche suelta en los potreros inmediatos.

Con los toques de los clarines, todo el campamento estaba en movimiento.

Se trataba de librar un combate con un enemigo desconocido, cuyo número se ignoraba también.

La plaza más cercana que teníamos, adonde poder replegarnos en caso de una derrota, era Agua Prieta y, de ésta, nos separaba una distancia que para salvarla, era necesario hacer diez días de marcha a través de la Sierra Madre, que limita los Estados de Sonora y Chihuahua.

El enemigo fue desplegándose y avanzando por nuestros flancos, denunciando con estos movimientos su intención de sitiarnos.

Como yo tenía que salir con las caballerías, quedando allí el 40. Batallón de Sonora que había sido organizado por mí, y que se componía, en su mayor parte, de hombres que habían salido a la campaña atendiendo a mi invitación, quise explicarles por qué no me verían al frente de ellos durante la batalla; y a ese fin me trasladé adonde el

batallón estaba acampado, encontrando al capitán Martínez con sus tropas formadas y listas para todo movimiento. Subí a una eminencia de aquel terreno, y desde allí dirigí la palabra a mis compañeros, explicándoles la causa por la cual estaría ausente y exhortándolos, a la vez, a que cumplieran con su deber, ya que las circunstancias les eran tan propicias.

En los momentos en que terminaba de hablar, se escuchó el primer disparo del cañón enemigo y, a continuación caía, precisamente donde estaba formado el batallón, el proyectil disparado, sin causar daño alguno.

Aquel disparo, precursor del combate, llenó de entusiasmo a mis compañeros del 40. Batallón, y con ello regresé satisfecho adonde estaban mis dragones, comunicando de nuevo órdenes para que se activara el alistamiento de la caballería.

Ya empezaba el fuego de la fusilería enemiga, siendo contestado por la nuestra; ya que el capitán Ruiz había entablado un verdadero duelo de artillería con el enemigo, y ya comenzaban a funcionar también nuestras ametralladoras emplazadas en el cerro.

El general en jefe ordenó el avance por nuestra izquierda; y entonces el mayor Alvarado, con el Cuerpo Auxiliar Federal y algunas otras pequeñas fracciones, emprendió un movimiento enérgico, que el enemigo no pudo resistir, empezando éste a dar media vuelta.

Yo había logrado alistar cerca de 200 dragones, formándolos a retaguardia del mayor Alvarado, con el objeto de esperar órdenes del general en jefe. Un oficial de órdenes del cuartel general llegó corriendo y me dijo: "Por orden de mi general, destaque usted un oficial de confianza con 50 hombres para que cargue sobre un cañón que está atorado en un barranco, y que el enemigo trata de sacar."

Contesté al oficial: "Diga usted al general Sanginés que me permita personalmente cumplir su orden"; mas como el oficial tardara en regresar con la respuesta del general en jefe, ordené a mi ayudante, el capitán Antonio A. Guerrero, que diera parte a Sanginés de que salía yo personalmente a cumplir la orden; y emprendí entonces la marcha con cerca de cincuenta dragones.

Cuando esto acontecía, el combate se mostraba reñido por todo nuestro flanco derecho.

El general Sanginés ordenó al teniente coronel Rivera que tomara la ofensiva, haciendo abandonar las trincheras por su infantería.

La orden fue cumplida con todo celo, y el 40. Batallón de Sonora y las demás fracciones de infantería, al mando directo del teniente coronel Rivera, hacían su avance a paso acelerado hasta obligar al enemigo a retirarse, batiéndose hacia los cerros de San Pedro.

El teniente coronel Rivera continuó su avance y yo, con mis dragones, llegué al lugar donde había estado atorado el cañón; pero los orozquistas ya habían conseguido sacarlo y retirarlo por el camino de Janos, junto con dos cañones más protegiendo la retirada de su artillería con una extensa línea de tiradores, cuyo número sería difícil precisar.

Al percatarse el enemigo del número reducido de hombres que yo llevaba, empezó a cargar con decisión sobre mi fuerza; y entonces ordené que todos desmontaran y ocultaran los caballos en un pequeño barranco, para resistir "pecho a tierra" el ataque del enemigo.

Al mismo tiempo destaqué uno de mis oficiales de órdenes para que violentamente fuera a notificar a los demás jefes de caballería la orden de avanzar a paso veloz, para evitarme la pena de huir.

La situación se había hecho casi insostenible cuando, por nuestro flanco derecho, empezaron a aparecer algunos infantes de los 47o. y 48o. cuerpos rurales; los cuales entraron a tomar parte en el desventajoso combate que estábamos sosteniendo.

En los mismos instantes se incorporaban algunas otras fracciones de caballería al mando del general Blanco, ocupando una loma alta a nuestra izquierda, y entrando desde luego en acción.

El enemigo empezó a replegarse; y entonces pudimos observar, a simple vista, que la artillería iba en retirada por el camino que conduce al rancho El Cuervo, y de allí a Casas Grandes.

El general Blanco mandó pedir al general Sanginés un cañón para emprender la persecución; mas yo le supliqué me permitiera continuar inmediatamente, porque, de lo contrario, podía el enemigo ganar distancia; a lo cual accedió el general Blanco, marchando juntamente con nosotros.

El enemigo, al darse cuenta de nuestro avance se dividió en dos columnas; una de las cuales hizo alto y se desplegó en tiradores, desmontando y colocándose pecho a tierra para resistirnos.

Cuando estuvimos a una distancia en que sus fuegos comenzaron a ser efectivos, hicimos alto, y, desmontando también, nuestros dragones se pusieron a contestar el fuego del enemigo.

El combate fue de muy poca duración, lográndose la retirada de los contrarios, que en un principio pretendieron contener nuestro avance, pero la artillería había tomado ya alguna distancia.

La columna que iba con la artillería hizo alto entonces, y comenzó a proteger, con sus fuegos, a la que se retiraba perseguida por nosotros.

Cuando esto sucedía, se escuchaba a la izquierda de nuestra retaguardia, y con dirección al rancho de San Pedro, un fuego nutrido de fusilería y detonaciones de bombas "Martín Hale."

Estábamos ya como a quince kilómetros del campamento cuando nos dio alcance el mayor Díaz de León, quien me comunicó órdenes del general Sanginés para que me reconcentrara al campamento de Ojitos. Con el mismo mayor mandé recado al expresado general, diciéndole que teníamos todas las probabilidades de capturar la artillería enemiga y que, por esta circunstancia, continuaba la persecución, anunciándole que al terminarla me incorporaría.

Continuábamos en seguimiento del enemigo hasta el rancho El Cuervo, donde los orozquistas intentaron hacerse fuertes, obligándonos a seguir nuestro avance por un arroyo que llega hasta las casas del rancho, para hacerlo con menos peligro. Con este movimiento quedaron divididas las columnas enemigas, y nosotros en el centro.

En aquel rancho se quedó el general Blanco reconociendo un carro que el enemigo había dejado abandonado; y yo continué el avance con unos cuantos hombres solamente, pues una parte de la fuerza se había quedado a retaguardia con los caballos cansados.

En esta vez el enemigo emplazó los tres cañones que le quedaban y, con ellos, abrió fuego sobre nosotros; y yo, al ver esa resolución, ordené dejar los caballos y avanzar pie a tierra sobre los cañones.

Hicimos el avance en la siguiente forma:

Pagador Miguel Antúnez y capitanes Corral y Gálvez, con 17 dragones, por el frente; yo con los capitanes Guerrero y Márquez y mi asistente Rafael Valdez con 23 soldados por el flanco izquierdo, y el capitán Cervantes y el subteniente Buendía, con 20 dragones, por el flanco derecho. Los atacantes, por el frente y el flanco derecho, entrarían de caballería, y nosotros, pie a tierra, por tener que avanzar en terreno más plano.

Tan pronto como iniciamos nuestro movimiento, el enemigo abrió fuego de artillería; pero nosotros continuamos resueltamente el avance y dimos el asalto en la forma convenida, desconcertando de tal modo al enemigo, que en unos cuantos minutos nos habíamos apoderado de dos de sus cañones y de algunos carros de víveres, haciéndole algunos heridos y habiendo muerto a algunos artilleros y herido a otros.

En tales momentos se incorporó el capitán Rubio, a quien ordené que con sus dragones avanzara dos kilómetros más, a fin de que cubriera nuestra retaguardia cuando nosotros hubiéramos dado media vuelta; pues consideré conveniente suspender allí la persecución y regresar al rancho El Cuervo, donde el general Blanco nos esperaba.

El capitán Rubio, de acuerdo con mis instrucciones, hizo su avance, y, en la marcha, descubrió que el enemigo trataba de inutilizar, en una

pequeña sinuosidad, el cañón que le quedaba, logrando capturárselo también.

A las tres de la tarde nos habíamos reconcentrado al rancho El Cuervo, con la artillería, los carros y demás elementos quitados al enemigo. En el mismo rancho se habían reconcentrado igualmente los soldados que en nuestro avance quedaron atrás con los caballos cansados.

Nos preparábamos ya para emprender la marcha con rumbo al campamento de Ojitos, cuando un oficial, a quien había ordenado subir por la escala de un papalote (molino de viento) que servía para proveer de agua al rancho, nos avisó que se avistaba una columna de caballería por nuestra retaguardia.

Al recibir aquel aviso, destacué al pagador Antúnez y al capitán Corral con órdenes terminantes de salir a reconocer aquella fuerza, y no regresar al campamento sin haberse cerciorado si aquella pertenecía o no al enemigo; y al mismo tiempo, por vía de precaución, distribuí a la tropa en los corrales, en las casas y en los bordes de la presa.

Antúnez y Corral, con un arrojo digno de encomio, llegaron hasta el lugar donde se encontraba la columna y cambiaron algunas palabras con su vanguardia, volviendo a toda prisa a darme parte de que aquella fuerza era enemiga. Los orozquistas no sospecharon la comisión que habían llevado aquellos hombres, a quienes creyeron compañeros suyos.

Aquella columna enemiga era precisamente la que nos había atacado en nuestro campamento de Ojitos, por el poniente, y que había sido rechazada por el teniente coronel Rivera, con parte de la infantería de la columna.

El enemigo, al descubrir en el rancho El Cuervo sus carros y sus cañones, tuvo la certeza de que la fuerza que allí estaba acampada pertenecía a la misma que había atacado Ojitos y replegándose después hasta aquel rancho; y en esa creencia emprendieron su avance a incorporársenos, en completo desorden y sin sacar siquiera sus armas de las respectivas fundas. Y cuando estuvimos a una distancia conveniente, abrimos fuego sobre ellos, poniéndose desde luego en fuga, sin intentar ninguna resistencia.

Emprendimos la marcha hacia el campamento, adonde llegamos al siguiente día, a las dos de la madrugada, después de hacer una persecución de cerca de 40 kilómetros, en la que habíamos capturado al enemigo toda la artillería que intentaba salvar, y en cuya jornada pasamos 32 horas sin tomar alimento alguno.



Ya en el campamento, fuimos informados de que el teniente coronel Rivera, en su avance sobre el flanco izquierdo del enemigo, lo había obligado a huir con tal precipitación que abandonó dos cañones.

La columna oroquista fue dispersada completamente, habiéndose hecho regular número de bajas, entre muertos y heridos, y 11 prisioneros.

Nosotros tuvimos un número tan reducido de bajas, que apenas es creíble; pues no llegaron a veinte, entre muertos y heridos, contándose entre los últimos, el teniente coronel Rivera, que resultó herido de una mano, y el soldado Casimiro Valdez, del 4o. Batallón de Sonora, quien fue atravesado de un muslo por un proyectil enemigo, a pesar de lo cual continuó combatiendo y avanzando un kilómetro más.

El general Sanginés no trataba de ocultar su satisfacción; él tenía una perfecta comprensión de lo aventurado que había sido nuestra expedición al internarnos en un territorio completamente hostil.

Al enemigo se le recogieron también algunos carros de harina, cuya mercancía se distribuyó entre la tropa, que desde hacía dos días carecía enteramente de ella.

El general Sanginés, al siguiente día, me confesó el constante temor que había tenido de que fueran a cumplirse las profecías de Garibaldi, y que tal cosa le había hecho pasar algunas noches sin conciliar el sueño.

El avance de la División del Norte continuaba por el noroeste, y nosotros hacíamos nuestros preparativos para avanzar a Casas Grandes y, de allí, a Ciudad Juárez, último reducto del oroquismo.

El día 10 de agosto se emprendió la marcha, habiendo acampado a las seis de la tarde en el rancho El Cuervo.

El día 11 marchamos a acampar a la hacienda de Ramos, y el día 12 se continuó el movimiento, llegando por la tarde a Colonia Dublán, frente a Casas Grandes, plaza esta última que había sido ocupada por la división al mando de los generales Téllez y Rábago.

Como la artillería quitada al enemigo en el combate de Ojitos era precisamente la que en Rellano habían quitado los oroquistas al general Téllez, en este jefe se despertó algún celo hacia nosotros, y empezamos a notar de parte de él algunos signos de hostilidad, aunque hábilmente ejecutados.

El general Téllez ordenó que se nos recogiera aquella artillería y la que desde antes teníamos, disponiendo que quedáramos guarneciendo las plazas de Dublán y Casas Grandes y la vía del ferrocarril al norte, y él marchó a ocupar Ciudad Juárez; en la que días después hizo su entrada, anunciando la prensa de El Paso, Texas, que el general Té-

liez había entrado triunfante a Ciudad Juárez *“con la artillería quitada al enemigo”*.

Yo había pasado a guarecer Casas Grandes con 100 hombres. Había en la ciudad más de 300 orozquistas amnistiados; y, a inmediaciones, grupos de rebeldes de alguna importancia.

Posteriormente recibimos órdenes de reconcentrarnos en Pearson, y en esos días, cerca de Cumbre, al sur de Pearson, el mayor Salvador Alvarado, con el Cuerpo Auxiliar Federal, atacaba y dispersaba a un grueso núcleo de rebeldes.

Los prisioneros hechos en la batalla de Ojitos fueron puestos en absoluta libertad, por orden del general Sanginés.

De Casas Grandes, se nos ordenó avanzar por el noroeste con rumbo a Ciudad Juárez, teniendo que reparar algunos puentes destruidos por el enemigo en Santa Sofía y Sabinal. Hechas las reparaciones, llegamos a Sabinal el día 31.

Nos encontrábamos acampados en dicha estación, cuando el general Sanginés nos advirtió que debíamos estar preparados para hacer los honores a nuestro general en jefe, Victoriano Huerta, que debería pasar por aquella estación, en su viaje del sur a Ciudad Juárez.

El día 1o. de septiembre a las 12 m. se dejó ver el tren explorador y, pocos momentos después, llegaba éste a la Estación Sabinal, seguido del tren especial del general Huerta. Nuestras tropas presentaron armas y el general Sanginés nos llamó a los jefes para presentarnos con Huerta.

Sanginés estuvo muy galante al presentar a cada uno de nosotros; y al llegar a mí, dirigiéndose a Huerta, le dijo: “Mi general: tengo el gusto de presentarle a usted al teniente coronel Obregón, quien quitó la artillería en la batalla de Ojitos.” Huerta, tendiéndome la mano, replicó: “Ojalá que este jefe sea una promesa para la patria”.

Terminados los honores de ordenanza, los trenes se pusieron en marcha, y nuestras tropas continuaron el avance hacia Guzmán, en donde hicimos alto al llegar, y después de una corta estancia en aquel punto continuamos la ruta hasta Ciudad Juárez, adonde llegamos el día 7.

Los orozquistas habían formado un grueso núcleo invadiendo con él a Sonora, persiguiendo como objetivo inmediato la plaza de Agua Prieta. Los informes recibidos hacían ascender la columna enemiga a más de 1 000 hombres, y en Agua Prieta estaba como jefe de la línea el teniente coronel Bagné, con menos de 300 hombres.

El gobernador Maytorena había hecho algunas gestiones ante el general Huerta para que las tropas de Sonora volvieran a su Estado a activar la campaña contra el orozquismo; y como nada consi-

guiera, hizo salir a su secretario particular, Ismael Padilla, a El Paso, Texas, de donde estuvo éste conferenciando telegráficamente con el señor Madero, en compañía del cónsul Llorente; consiguiendo, al fin, que el presidente ordenara a Huerta la inmediata salida de la columna de Sonora para aquel Estado.

Se habían hecho ya las gestiones necesarias para que pudiéramos hacer la marcha por territorio norteamericano, y obtenido el permiso para ello, cuando se recibió la noticia de que había sido pedida la plaza de Agua Prieta por José Inés Salazar, Emilio Campa, Antonio Rojas y otros jefes orozquistas, que intentaban atacarla con 1 500 hombres.

Recibí orden del general Sanginés para proceder a embarcar toda mi tropa y caballada esa misma noche, en trenes que con tal objeto habían sido puestos a mi disposición en la estación del ferrocarril.

El día 12, a las tres de la madrugada, estábamos embarcados, y emprendimos la marcha rumbo a Agua Prieta, adonde llegamos el mismo día, teniendo al enemigo ya a la vista.

Con la incorporación de nuestra columna a la plaza de Agua Prieta y los preparativos que el general Sanginés ordenó tomar desde luego, el enemigo desistió de su empresa y acampó a distancia de algunos kilómetros de nosotros.

El efectivo de fuerza que entonces tenía la plaza, era de 1 200 hombres, con 8 ametralladoras, 4 fusiles "Réxer" y 2 morteros de 80 mm, que a cambio de nuestra artillería nos había dado el general Huerta, y que estaban al mando de un sobrino suyo.

El enemigo, al considerar empresa difícil la toma de Agua Prieta, hizo un movimiento rápido y atacó el mineral El Tigre, apoderándose de aquella plaza y procediendo a hacerse de todos los elementos que allí había, contándose, como principal producto de su entrada, 60 barras de plata que se llevaron consigo.

Al recibir el general Sanginés el aviso de la toma de El Tigre, ordenó que de Nacozari salieran fuerzas al mando del teniente coronel Villaseñor y del mayor Trujillo a recuperar aquella plaza, disponiendo, al mismo tiempo, que de Agua Prieta se movilizara el mayor Alvarado con el Cuerpo Auxiliar Federal, por ferrocarril hasta Estación Esqueda, para que, de allí, continuara su marcha por tierra a reforzar las tropas que debían atacar y recuperar El Tigre. Este movimiento se efectuó el día 15.

Al siguiente día recibí orden del general Sanginés para salir yo con 150 hombres del 4o. Batallón Irregular de Sonora y una ametralladora, al mando, esta última, del teniente Maximiliano Kloss, con el

objeto de reforzar a Nacozari, plaza que, según noticias recibidas en el cuartel general, estaba seriamente amagada.

Obedeciendo esas órdenes, preparé mi tren, y salí un día después que el mayor Alvarado, a quien encontré a mi paso por Fronteras, incorporándome a Nacozari a las seis de la mañana del día siguiente.

En Nacozari permanecemos todo aquel día (17), y parte del siguiente; mas como en la tarde de este último día tuviera conocimiento de que el enemigo había evacuado El Tigre y se aproximaba al pueblo de Fronteras sobre la misma línea del ferrocarril de Nacozari a Agua Prieta, pedí permiso al general en jefe para marchar en mi tren hasta aquel pueblo, permiso que obtuve ya muy tarde.

Al emprender el avance nuestro tren, fui informado de que las líneas telegráficas habían sido cortadas, quedando, por lo tanto, incomunicado con el cuartel general.

Esa misma noche llegamos a Fronteras, acampando con toda clase de precauciones.



## BATALLA DE SAN JOAQUÍN

El día siguiente lo pasábamos sin novedad, pero a la una de la tarde se presentó una de nuestras exploraciones, dando parte de que una columna enemiga, cuyo número se aproximaba a 900 hombres, acababa de acampar en San Joaquín, 9 kilómetros al norte de nuestro campamento y 4 al oriente de la vía del ferrocarril.

Desde luego ordené que se formara mi tropa, la que se componía de 8 oficiales y 180 soldados, con una ametralladora al mando del teniente Kloss, y les hablé en estos términos:

Tenemos al enemigo acampado a 9 kilómetros de nosotros en número aproximado de 900 hombres; nuestro tren está listo y en unos 40 minutos podríamos llegar, retrocediendo, a Nacozari, donde estaríamos enteramente seguros con la guarnición que hay en la plaza; pero debemos recordar que no hemos venido a dar la espalda al enemigo, y, por lo tanto, espero que todos los que estén dispuestos a ir al combate en estas condiciones, den un paso al frente.

El movimiento fue general y simultáneo, no habiendo un solo soldado que no demostrara el mejor ánimo.

Como el hecho antes relatado se desarrolló en presencia de algunos vecinos de aquel pueblo, éstos se sintieron inspirados del mismo entusiasmo que embargaba a los soldados, y, momentos después, se me presentaban 34 vecinos armados, trayendo como jefe al señor Aniceto Campos, presidente municipal del pueblo, ofreciéndose desde luego para acompañarme al combate.

Agradecí aquel ofrecimiento, y separé del grupo al presidente municipal, y cuando estuvimos a una distancia que nos permitía hablar sin ser oídos, le dije:

Yo no llevaré a ustedes al combate, porque tengo la seguridad de que voy al sacrificio, y si nosotros como soldados estamos obligados

a sacrificarnos, no debemos sacrificar a hombres que no tienen el compromiso nuestro, y cuyas familias tendrían que sufrir las vejaciones y atropellos de que serían objeto por parte del enemigo, después de que ustedes hubieran quedado en la lucha. Deben, pues, permanecer ustedes en el pueblo, cuidando sus hogares y reforzando la pequeña guarnición que tiene la plaza.

Dicha guarnición se componía de 25 hombres del 5º Batallón.

El tren estaba listo, y a las 3 p.m., emprendimos la marcha, llevando emplazada la ametralladora sobre el *caboose*.

El enemigo, que había hecho una jornada pesada, había juzgado conveniente tomar un descanso y algún alimento, para atacarnos por la noche en Fronteras; y, seguros como estaban de que no había más fuerza que la mía y siendo a la vez conocedores del reducido número de hombres que la formaban, consideraron innecesaria toda precaución.

Cuando el enemigo, con sorpresa, notó el movimiento nuestro, destacó 100 hombres sobre la vía para detener el avance de nuestro tren; pero el convoy, en unos cuantos minutos, se ponía frente al campamento enemigo, a tiempo que ordenaba yo el desembarco de toda la tropa, y esto cuando ya la avanzada enemiga hacía sus primeras descargas.

Ordené al teniente Pioquinto Castro quedara custodiando el tren con 30 hombres, y los demás emprendimos el avance, todos pie a tierra, porque ni yo ni los oficiales teníamos caballo.

La ametralladora del teniente Kloss se había descompuesto y hubo que dejarla en el tren, avanzando también aquel oficial, haciendo fuego con su fusil.

Yo no podía, con el escaso número de hombres con que iba a entrar al combate, tomar otro dispositivo que no fuera desplegarlos en tiradores, y avanzar de frente sobre el centro del núcleo enemigo.

El terreno en San Joaquín, en la parte en que acampaba el enemigo, es plano; pero tiene algunas ciénegas y muchas cercas de alambre, obstáculos que hacían muy desventajosa la situación de la caballería, y de esta arma era toda la fuerza del enemigo.

Fue tal la sorpresa que logramos dar a los orozquistas, que en menos de una hora estábamos en el centro de su campamento, capturándoles una ametralladora sin darles tiempo a que la emplazaran siquiera.

El combate se hizo reñido; pues aunque la sorpresa había sido completa y el enemigo estaba desconcertado, su número era abrumador, y encontrábamos siempre una resistencia superior a nuestros elementos.

El instinto de conservación, que en muchos casos suple ventajosamente al valor, probablemente acudió en este caso en auxilio de nosotros, obligándonos a hacer esfuerzos que quizás en otras circunstancias, no habríamos podido desarrollar.

Habíamos logrado desalojar al enemigo de todo el valle, obligándolo a replegarse a los cerros que están al oriente de San Joaquín, lugar en el que se había hecho fuerte, pretendiendo, al parecer, reorganizarse.

Entonces el teniente Kloss, en compañía de dos soldados, empezó a avanzar sobre el cerro por el flanco derecho del enemigo. Este movimiento, que había sido hijo de la propia iniciativa de Kloss, nos había colocado en situación difícil, ya que el enemigo, al darse cuenta de él, cargaba sobre aquellos tres hombres casi aislados; mas dejarlos perecer, cuando su conducta era tan heroica, era para mí doloroso, y protegerlos era comprometer el combate, cosa también de pensarse.

Opté al fin por lo segundo, y destacué al teniente Francisco González, ayudante mío, con 6 hombres para que se parapetaran en una cresta de piedra que está en la falda del cerro, y desde allí protegieran a Kloss.

Un soldado vino a comunicarme que Kloss había recibido una herida en una rodilla y que continuaba con dificultad avanzando sobre el cerro.

Destaqué entonces al capitán Rocha con unos cuantos hombres más en apoyo del movimiento de Kloss, mientras que yo, por el frente, con los capitanes Martínez y Guerrero sosteníamos, con el resto de la tropa, el fuego del enemigo.

El capitán Rocha se incorporó a los tenientes Kloss y González en los momentos más críticos, y empezaron a rechazar al enemigo por su flanco derecho.

Ordené entonces el avance al capitán segundo Francisco Bórquez con otra pequeña fracción a reforzar a Rocha, y el avance por el frente al capitán Martínez.

Una hora después, el enemigo había sido completamente desalojado de los cerros y dispersado en todas direcciones.

A las siete de la noche cesó el fuego completamente, y empezamos a tocar reunión en las casas de la hacienda de San Joaquín.

Hice salir al capitán Guerrero a Fronteras a traer a los vecinos que al mando del presidente municipal se habían presentado armados ofreciendo sus servicios, para que, agregando la pequeña fracción del 5o. Batallón que estaba de destacamento en aquella plaza, se hiciera la persecución con aquella gente descansada; pero como este contingente llegara ya tarde, completamente de noche, consideré inútil y



aventurado cualquier movimiento con tan reducido número de hombres, máxime cuando todos eran de infantería.

Por la mañana del siguiente día se reconoció el campo donde se había librado el combate, y fueron encontrados 33 muertos del enemigo y recogidos 228 caballos ensillados; entre éstos el que montaba José Inés Salazar, jefe de la columna enemiga, quien resultó herido de un brazo en aquel combate. Se recogieron también más de 150 armas, un telémetro y un regular lote de objetos varios, probablemente de los que habían saqueado de la tienda de raya del mineral El Tigre.

Se rescataron a los orozquistas a cuatro ciudadanos norteamericanos que los rebeldes habían hecho prisioneros en el mineral ya citado.

Las 60 barras de plata que los rebeldes robaron en El Tigre las habían ocultado antes de librar el combate, y días más tarde fueron encontradas.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar 10 muertos y 16 heridos.

Terminado ya de levantar el campo, me trasladé con mi gente a Fronteras, donde atendimos a los heridos, habiendo prestado muy importantes servicios en esta labor el norteamericano Thinker.

Dos días después, o sea el 22 de septiembre, nos incorporamos a Agua Prieta con todo el botín recogido al enemigo.

Con este golpe terminó el orozquismo en Sonora. Salazar, que era el jefe de la expedición, resultó herido, habiendo logrado cruzar la línea divisoria para curarse en los Estados Unidos. Campa hizo igual cosa.

La dispersión fue completa, y después de diez días, tiempo que se tomaron los demás grupos de dispersos para salir del Estado, Sonora había quedado enteramente libre de reaccionarios.

Pocos días más tarde, el general Sanginés sufrió una caída de su caballo, fracturándose dos costillas, motivo por el cual tuvo necesidad de dejar el mando de la columna, siendo sustituido por el general de brigada Miguel Gil.

Poco tiempo después recibí orden de marchar para Hermosillo y emprendí la marcha, habiendo acampado con mi batallón en Anivá-cachi y continuado de allí a Naco, donde nos embarcamos por ferrocarril para proseguir a Hermosillo, plaza a la que nos incorporamos a mediados de diciembre.

Al día siguiente se me comunicó mi ascenso a coronel, habiendo sido ascendido también el teniente coronel Rivera y los capitanes Cota y Guerrero.

El 25 del mismo mes el gobernador Maytorena había regresado a Guaymas, procedente de México.

En Hermosillo estuvimos acampados algún tiempo, y considerando que el oroquismo se había extinguido, pedí mi baja para retirarme a atender a mis pequeñas propiedades en el río Mayo, baja que me fue concedida por el señor Ismael Padilla, secretario de Gobierno del Estado de Sonora, verbalmente, a reserva de que me fuera ratificada en forma debida por el gobernador cuando este funcionario llegara a aquella ciudad.

Al separarme del servicio, hice entrega de mi batallón al mayor Antonio A. Guerrero.



## CUARTELAZO DE LA CIUDADELA

Maytorena, al tener conocimiento de mi separación, me llamó para tratar un asunto de carácter confidencial, y llegado que hube el día 10 de febrero a Guaymas, me enteré de que había sido comunicado de México el pronunciamiento y la muerte de Reyes, así como la situación en que se encontraba Felix Díaz en la Ciudadela.

Ocurrió a la casa particular del señor Maytorena, a quien encontré en su oficina, acompañado de Carlos Randall, tesorero general del Estado, y de su secretario particular, Francisco R. Serrano (hoy general de brigada).

El gobernador Maytorena estuvo informándome del curso que seguían los acontecimientos en la capital, por las noticias que le comunicaba el presidente Madero, manifestando confianza en que sería sofocada la rebelión por las tropas leales que había en la capital.

Pasamos, después, a tratar de otros asuntos, y Maytorena llevó la conversación a las elecciones de diputados al Congreso del Estado, que se aproximaban ya; manifestándome sus deseos de que lanzara yo mi candidatura para diputado por el distrito de Alamos, ofreciéndome para tales trabajos su apoyo. A ello me rehusé, diciéndole que como mi criterio estaba en pugna con la política seguida por él, mi labor en el Congreso tendría que ser de oposición, y que en aquellos momentos no consideraba oportuna ninguna obstrucción a su Gobierno, en tanto que, por otra parte, no podía yo renunciar a mi criterio para sostener su política. Sobre este tema discutimos por algún rato y, al final, ofrecí al gobernador Maytorena que me trasladaría al distrito de Alamos y hablaría con algunas personas que yo juzgaba populares y de honorabilidad reconocida, para ver si se conseguía llevar al Congreso de Sonora una representación que dejara satisfechas las aspiraciones de nuestro distrito.

Durante cuatro días consecutivos estuve visitando al gobernador Maytorena para informarme del desarrollo de los acontecimientos de la capital. Todas las noticias que se recibían del centro, y que el señor

Maytorena me comunicaba, tenían el sello del más completo optimismo.

Con respecto a las elecciones, el señor Maytorena aceptó, por fin, mi proposición de trasladarme al distrito de Alamos y trabajar para que la representación del mismo en el próximo Congreso recayera en persona de honorabilidad reconocida y miembro, además, del partido antirreeleccionista.

A Navojoa llegué el día 18, y ahí hablamos extensamente sobre el asunto que me llevaba, sin llegar a un acuerdo definitivo.

Al siguiente día me trasladé a Huatabampo, llegando a mi casa a las 9 a. m.

Es ocioso describir el efecto que causó mi llegada al seno de mi familia. Mis tres hermanas y mis dos chamacos me recibían de regreso de la campaña contra el orozquismo; y al circular la noticia de mi arribo todos mis hermanos residentes en el pueblo y los amigos de más intimidad que allí tenía se reunieron en mi casa para saludarme y felicitarme.

Había trascurrido apenas una hora de mi estancia, tiempo insuficiente aún para desvanecer la emoción que a todos nos embargaba, cuando un mensajero llegó a entregarme un telegrama de carácter urgente.

Aquel telegrama había sido depositado en Hermosillo, y estaba firmado por el gobernador Maytorena; telegrama por el cual me llamaba con urgencia, diciéndome que acontecimientos importantes demandaban mi presencia en Hermosillo.

Inmediatamente ordené que fueran remudadas bestias al coche que me había conducido desde Estación Navojoa a mi casa, y, media hora después, me despedí de mis hermanas y de mis hijos, emprendiendo la marcha de regreso.

A Estación Navojoa llegué a las cuatro de la tarde y pasé al hotel Ortiz, donde nuevamente nos reunimos los señores Ignacio Mendivil, José J. Obregón, Fermín Carpio, Severiano A. Talamante, Ignacio Mendivil hijo, Zenón Castro, algunas otras personas, que no recuerdo, y yo; y ya allí, precisamente en la reunión, confirmamos las noticias telegráficas que se habían recibido sobre la aprehensión de los señores Madero y Pino Suárez.

Todos los en aquellos instantes reunidos sentimos la indeclinable obligación de salvar al país de la usurpación artera encabezada por Victoriano Huerta, y los señores Fermín Carpio, Severiano A. Talamante y mi hermano José J. Obregón quedaron resueltos a acompañarme para ofrecer también sus servicios, con las armas en la mano, al gobernador Maytorena.

El señor Ignacio Mendivil habló conmigo en tono confidencial, y me dijo: "Yo marcho mañana a Sinaloa para levantar el Distrito de El Fuerte, en donde creo ejercer una influencia directa sobre las clases trabajadoras."

La reunión se disolvió, y quedamos listos los que marcharíamos a Hermosillo en tren de pasajeros, que pasaría en la madrugada del día siguiente. Este viaje tenía algunos peligros, pues el cuartel general de las fuerzas federales en Sonora estaba en Torin, río Yaqui, y algunas estaciones de ferrocarril a lo largo de la región del Yaqui, hasta Empalme, estaban guarnecidas por federales, y nosotros eramos ya bien conocidos por éstos como decididos partidarios del señor Madero.



## EN HERMOSILLO ANTE EL GOBERNADOR

Por la tarde del siguiente día llegamos a Hermosillo mi hermano, Carpio, Talamante y yo, y en la noche pasé a hablar con el gobernador Maytorena, a quien encontré en un estado que inspiraba lástima. Se quejaba con amargura de la situación en que estaba colocado, sin que la indignación se manifestara en ninguna de sus palabras, limitándose a decir: "Yo se lo decía al señor Madero."

En la plática que tuve con Maytorena le hablé de las personas que iban conmigo a ofrecerle sus servicios, después de decirle que contara conmigo para sostener su gobierno y defender la dignidad nacional. Maytorena me contestó: "No son hombres de armas los que necesito en estos momentos; lo que necesito es que me ayuden a guardar el orden."

Ya bastante avanzada la noche me retiré, muy desconcertado, sin poder aclarar cuál sería la actitud de Maytorena.

Al día siguiente volví a la oficina del gobernador, haciéndome en esta vez acompañar de las personas que de Navojoa habían ido conmigo para ofrecer a aquél sus servicios.

Al hacer a Maytorena la presentación de mis acompañantes, descubrí en su rostro algunos signos que denunciaban el esfuerzo que tenía que hacer para mostrarse amable. Yo expresé a Maytorena que aquellos eran los señores de quienes le había hablado en nuestra entrevista de la noche anterior y los cuales estaban dispuestos a empuñar las armas para defender la legalidad de su gobierno y la dignidad nacional; que eran hombres de reconocido prestigio en el distrito de Alamos y los más apropiados para encabezar el levantamiento en aquella región. Mis acompañantes afirmaron, ante el gobernador, su resolución de encabezar el movimiento contra Huerta en el distrito de Alamos, agregando que, para el efecto, sólo esperaban la anuencia de él. Maytorena les contestó, con una voz desprovista de energía:



“Agradezco a ustedes su buena intención; pero en estos momentos no debemos alterar el orden.”

Mis acompañantes y yo abandonamos la oficina del señor Maytorena, profundamente decepcionados de aquel hombre.

## CRECIENTE INDIGNACIÓN EN SONORA. MAYTORENA SIGUE VACILANTE

El gobernador ordenó la reconcentración de las fuerzas irregulares del Estado en Hermosillo, por la vía de precaución quizás, y debido a la constante labor que hacíamos el coronel Benjamín G. Hill y yo en tal sentido, para evitar que los federales de Guaymas y de Torin fueran a apoderarse de la capital del Estado, sin esfuerzo alguno.

El coronel Hill demostró, desde luego, la más completa entereza para combatir la usurpación, así como la intransigencia más radical para tratar con el grupo científico que en Hermosillo encabezaba José María Paredes.

De todas las ciudades y pueblos del Estado, Maytorena recibía protestas de adhesión, en términos altivos y resueltos, para defender su gobierno.

Era entonces comandante militar de la plaza de Hermosillo el coronel Rivera, del ejército federal; y aun cuando su honorabilidad era reconocida, empezó a dudarse de su lealtad; siendo entonces designado yo para desempeñar aquel puesto, en sustitución de Rivera, a quien se le encomendó una comisión en el Norte.

Por aquellos días se incorporaron el coronel Juan G. Cabral y el mayor Salvador Alvarado, quienes también manifestaron estar resueltos a sostener la legalidad del gobierno, con las armas en la mano.

El día 22 del mismo mes el telégrafo nos llevó la noticia de los asesinatos del presidente y del vicepresidente; y, a continuación, la de la exaltación a la Primera Magistratura de la República del traidor más abominable que ha tenido nuestra patria, Victoriano Huerta.

La indignación que esas noticias despertaron en todo el Estado de Sonora es una nota que debe enorgullecernos: en el pueblo de Nacozari, Bracamontes y el teniente Macías; en Agua Prieta, el comisario de policía, Plutarco Elías Calles (hoy general de brigada); en Fronteras el presidente municipal, Aniceto Campos (hoy teniente coronel), y en Cananea, el presidente municipal Manuel M. Diéguez (hoy general de división), empezaron a sublevarse...

Entretanto, el gobernador no tomaba ninguna resolución y continuaba cruzándose telegramas con Rodolfo Reyes.

Maytorena había hecho salir a su secretario de Gobierno, señor Ismael Padilla, a Coahuila, para conferenciar con el gobernador de aquel Estado, C. Venustiano Carranza, con quien Maytorena había tenido una larga conferencia durante su última estancia en México, sin que ninguno de nosotros supiera cuál era el objeto de aquella comisión conferida a Padilla.

Al mismo tiempo, Maytorena enviaba en una comisión acerca de Felipe Riveros, gobernador de Sinaloa, al padre Esparragoza.

Maytorena empezó a telegrafiar a la frontera, calificando de bandoleiros a los que se habían levantado en armas contra el llamado gobierno de Huerta.

La situación en Hermosillo se hacía cada vez más difícil y desconcertante para nosotros, por la actitud ambigua y cobarde de Maytorena, quien ya insinuaba su propósito de renunciar al gobierno.

Ninguna influencia era posible ejercer sobre aquel hombre.

Hill, Alvarado, Cabral y yo constantemente trabajábamos para conseguir que Maytorena definiera su actitud, haciéndole ver la inconveniencia de su renuncia en aquellos momentos tan difíciles, y demostrándole que siendo él el gobernador constitucional del Estado, sería para nosotros la mejor bandera.

Una vez que Maytorena consideró inútiles sus esfuerzos para convencernos de que no debía alterarse el orden, nos presentó un telegrama transmitido de Piedras Negras, Coahuila, por su secretario de Gobierno, Ismael Padilla, en que le comunicaba que Carranza había reconocido a Huerta, y que Sonora ya era el único Estado de la República que continuaba sin definir su situación.

En nuestro empeño porque Maytorena tomara la digna resolución que le insinuábamos, llegué yo, en cierta ocasión, a hablar en los siguientes términos:

**Señor Maytorena:** yo no necesito su persona para salir a la campaña, necesitamos solamente su apellido, que en estos momentos representa la legalidad. Protesto a usted que tomaré cualquiera de las plazas fronterizas que usted me indique, para que en ella establezca usted su Gobierno y de allí pase la línea internacional cuando no quede otro recurso para salvar su vida.

Aquel hombre fijó en mí sus ojos; pero tengo la absoluta seguridad de que no me miraba: sus palabras y sus movimientos denunciaban el más completo agotamiento moral, y casi con disgusto me contestó:

De abolengo traigo ligas, que no podré romper, con todos los hombres que ustedes llaman científicos; no tengo carácter para andar huyendo por las sierras, comiendo carne cruda, y, por último, estoy enfermo y mi agotamiento es tal que ya no puedo prolongar esta situación.

Aquellas terminantes declaraciones me dejaron convencido de que nada podíamos esperar de aquel pobre hombre, y me retiré de allí.

Con el telegrama que nos mostró Maytorena, firmado por Padilla, en el que se notificaba que el señor Carranza había reconocido a Huerta, quedaba ya confirmado el reconocimiento del gobierno de Huerta por todos los Estados, a excepción del nuestro. (Posteriormente hemos sabido que el secretario de Gobierno de Sonora, enviado especial de Maytorena para conferenciar con el señor Carranza, manifestó a éste que Sonora había reconocido a Huerta, y que todo estaba en completa calma.)



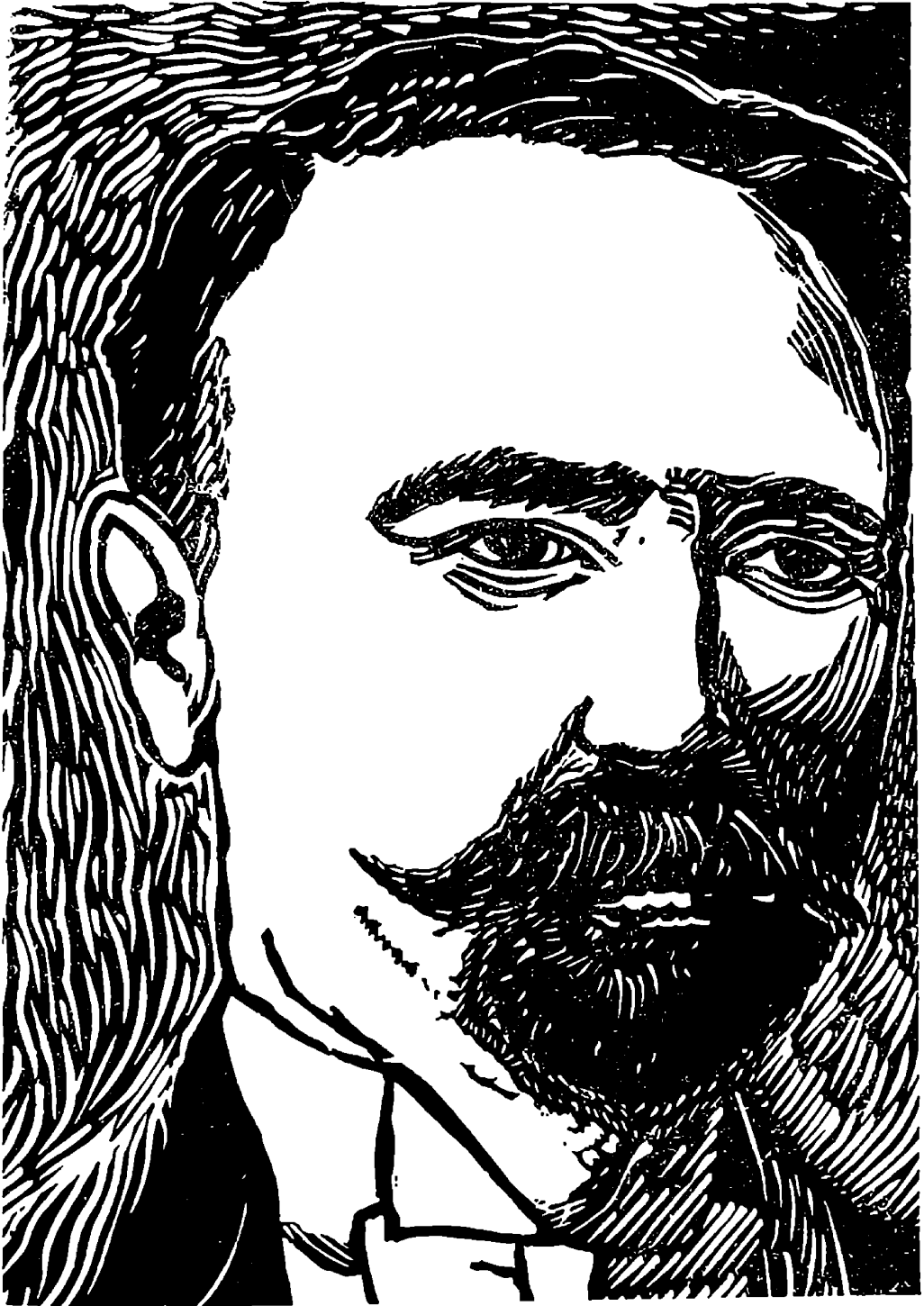
## RENUNCIA Y HUIDA DE MAYTORENA

El Congreso de Sonora, el día 26 de febrero, concedió a Maytorena una licencia que éste había solicitado para separarse temporalmente del gobierno, nombrando gobernador interino al señor Ignacio L. Pesqueira (hoy general de brigada), quien tomó posesión de su cargo el mismo día.

En la misma fecha de la licencia, Maytorena emprendió su huida de Hermosillo al norte, llegando en tren hasta cerca de Magdalena, donde ocurrió un descarrilamiento, y, de allí, continuó en coche y en automóvil hasta ganar la frontera e internarse en los Estados Unidos, con destino a Tucson, Arizona, población donde fijó su residencia.

Maytorena, antes de solicitar permiso para separarse del gobierno, hizo extraer de las cajas de la Tesorería General del Estado la cantidad de DOCE MIL PESOS, que había por toda existencia, suma que recogió a pretexto de pagarse con ella, por adelantado, sus sueldos de seis meses que duraría su licencia, y distribuir el resto entre las personas que lo acompañaban, que eran también funcionarios de la administración, a título, igualmente, de sueldos por el tiempo que estarían ausentes.

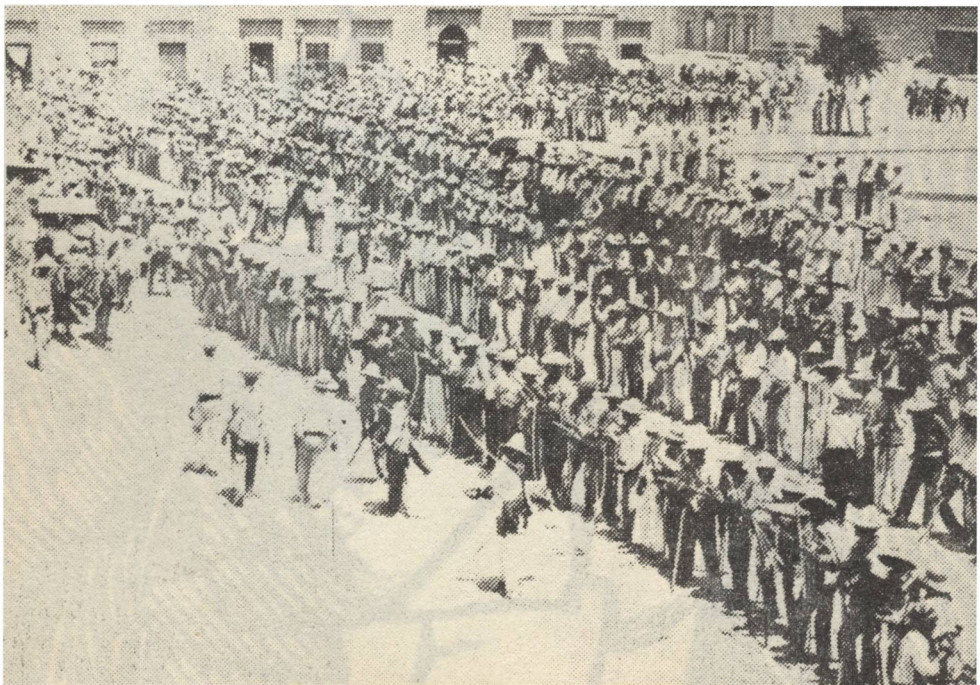








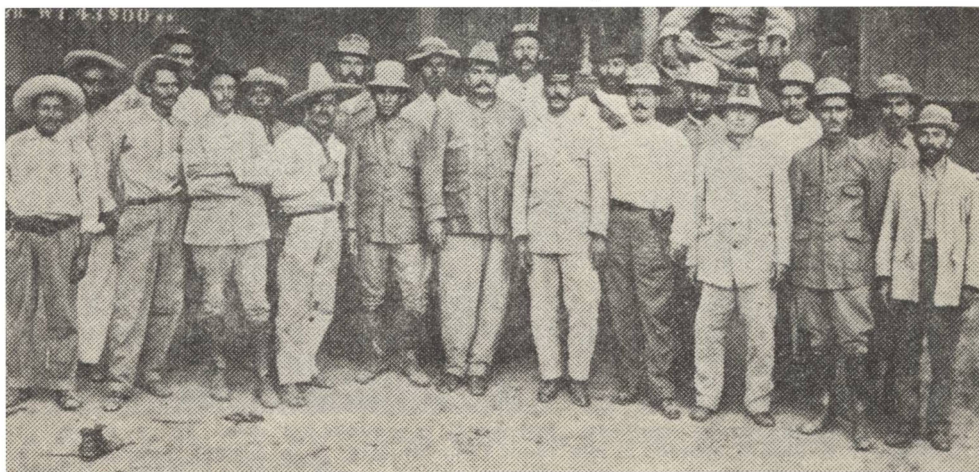
**Indios mayos en Huatabampo, Sonora. Primeros contingentes del general Obregón**







Indios yaquis con los que el Gra. Obregón organizó varios batallones del Cuerpo de Ejército del Noroeste.



Jefes y oficiales del 4º Batallón de Sonora: Tente. Corl. Antonio Guerrero, Mayor Francisco R. Manzo, Cap. 1º Pedro J. Almada, Cap. 1º Guillermo M. Palma, Cap. 1º Pablo Macías, Cap. 1º Enrique Breceda, Cap. 1º Luis Rueda Flores, Cap. 1º Francisco Arvizu, Tente. Anchondo y otros varios. Tres Gitos, Sonora, 1913





**Apoyado en el furgón, aparece el jefe yaqui Lino Morales. A su derecha están los oficiales yaquis Ignacio Flores y Trueba. 1913**

## ESTALLA LA REVOLUCIÓN

El presidente municipal de Cananea, Manuel M. Diéguez, se había ya lanzado resueltamente a la lucha en rebelión contra el usurpador; el presidente municipal de Fronteras, Aniceto Campos, valiéndose de una hábil estratagema desarmó a la guarnición de aquel pueblo el día 23 de febrero; mientras Bracamontes había atacado y tomado la plaza de Nacozari, y Calles se había salido de Agua Prieta con las fuerzas del Estado.

Ya era necesario, pues, emprender contra los federales una ofensiva rápida, porque el tiempo que nosotros perdíamos podía ser aprovechado por ellos para tomar con éxito una ofensiva contra los grupos rebeldes que con muy pocos elementos se habían levantado en la frontera.

En tales circunstancias, y antes de que se resolviera un plan de campaña, decidí emprenderla con mi batallón para la frontera norte del Estado, dirigiendo, con tal motivo, con fecha 27 de febrero, la siguiente carta a mi pequeño hijo Humberto, quien entonces contaba cinco años de edad:

Hermosillo, febrero 27 de 1913. Señor Humberto Obregón. Huatabampo, Son. Mi querido hijo: Cuando recibas esta carta, habré marchado con mi batallón para la frontera del Norte, a la voz de la patria que en estos momentos siente desgarradas sus entrañas, y no puede haber un solo buen mexicano que no acuda. Yo lamento sólo que tu cortísima edad no te permita acompañarme. Si me cabe la gloria de morir en esta causa, bendice tu orfandad, y con orgullo podrás llamarte hijo de un patriota. Se siempre esclavo del deber: tu patria, tu hermana y esas tres mujeres que les han servido de madres, deberán formar un conjunto sagrado para ti, y a él consagrarás tu existencia. Da un abrazo a María, a Cenobia y a Rosa, y tú, con mi querida Quiquita, reciban el corazón de su padre. *Alvaro Obregón.*

El día 5 de marzo se declaró solemnemente, por el Gobierno de Sonora, que no reconocía a Victoriano Huerta como presidente de la República. El documento en que se hizo constar esa declaración aparece reproducido en seguida:

IGNACIO L. PESQUEIRA, Gobernador interino del Estado Libre y Soberano, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso del Estado ha tenido a bien decretar lo que sigue:

Número 122

El Congreso del Estado, en nombre del pueblo, decreta lo siguiente:

LEY QUE AUTORIZA AL EJECUTIVO  
PARA DESCONOCER AL C. GENERAL  
VICTORIANO HUERTA COMO  
PRESIDENTE DE MÉXICO

ARTÍCULO PRIMERO. La Legislatura del Estado Libre y Soberano de Sonora, no reconoce la personalidad del C. general Victoriano Huerta como Presidente interino de la República Mexicana.

ARTÍCULO SEGUNDO. Se excita al Poder del Estado para que haga efectivas las facultades que le concede la Constitución Política del mismo.

TRANSITORIOS

PRIMERO. Comuníquese al Ejecutivo la presente Ley para su sanción y promulgación.

SEGUNDO. Asimismo, comuníquese, con inserción de la parte expositiva del dictamen, y por el conducto del propio Poder Ejecutivo, al Tribunal Superior de Justicia y a las prefecturas y ayuntamientos de esta entidad federativa, así como a los poderes federal y a los demás Estados.

Salón de Sesiones del Congreso del Estado. Hermosillo, 5 de marzo de 1913. Alberto B. Piña, D.P. Garduño, D.S.M.F. Romo, D.S.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio de Gobierno del Estado. Hermosillo, marzo 5 de 1913.

*I. L. Pesqueira.* El Secretario de Estado interino, *Lorenzo Rosado.*

## PREPARATIVOS PARA LA LUCHA ARMADA

De antemano había yo conseguido del gobernador Pesqueira su autorización para salir a batir las fuerzas enemigas que estaban controlando el norte del Estado; habiendo incorporado al 4o. Batallón de Sonora las fracciones del 47o. y del 48o. cuerpos rurales.

En la misma fecha en que se hizo la declaración de que el Congreso y el Ejecutivo de Sonora no reconocían como presidente de la República al usurpador Huerta, el gobernador Pesqueira extendió despacho de coronel al mayor Salvador Alvarado, nombrándole jefe de las operaciones en el centro del Estado.

Al coronel Hill le fue proporcionada una escolta del 5o. Batallón y se le dieron algunos pertrechos, nombrándolo jefe de las operaciones en el sur, y al coronel Juan Cabral se le extendió nombramiento de jefe de las operaciones en el norte.

Posteriormente, el mismo gobernador Pesqueira me expidió nombramiento de jefe de la Sección de Guerra, con permiso para salir a campaña al frente de mis tropas.

Con toda oportunidad, destaqué al mayor Antonio A. Guerrero con un piquete de soldados a destruir algunos puentes entre Guaymas y Estación Ortiz, para que los federales que estaban en el sur no pudieran hacer un avance rápido y, de esta manera, poder hacer yo mi ataque sobre la plaza de Nogales, antes de que Hermosillo pudiera ser amagada.

El día 5, con permiso del señor gobernador, organicé una parada militar con todas las fuerzas que había en Hermosillo, desfilando por las principales calles y haciendo alto en la plaza de Zaragoza, frente al Palacio de Gobierno, lanzando un manifiesto al pueblo de Sonora, cuyo documento reproduzco íntegro a continuación:

*Al pueblo de Sonora.* Ha llegado la hora...; ya se sienten las convulsiones de la patria que agoniza en manos del matricida, que después de clavarle un puñal en el corazón continúa agitándolo

como para destruirle todas las entrañas. La Historia retrocede espantada de ver que tendrá que consignarse en sus páginas ese derroche de monstruosidad. El mundo civilizado contempla nuestra actividad y espera que sepamos defender la dignidad nacional. ¡Volvemos a disputarnos la gloria de morir por la patria, que es la mayor de las glorias!, lancémonos sobre esa jauría, que con los hocicos ensangrentados aúllan en todos los tonos, amagando cavar los restos de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez, para profanarlos también. Saciemos su sed de sangre hasta asfixiarlos con ella y seamos dignos del suelo que nos vio nacer. ¿Con qué derechos reclamaremos para nuestros hijos el título de ciudadanos si no somos dignos de serlo? Sonora siempre ha sabido colocarse a la altura que le corresponde, y ahora dará una prueba de ello. Lancémonos, pues, a la lucha armada, porque la lucha del Derecho no puede llevarse a la práctica, porque el Derecho ha sido asesinado; y disputémosles a esos pulpos los ensangrentados jirones de nuestra Constitución. Arranquémosles todos los tentáculos, de un golpe, pero con la dignidad del patriota, siempre a la altura de nuestra causa; no descendamos al bajo nivel en que ellos se encuentran, cometiendo asesinatos. El respeto al vencido es la dignidad de la victoria. Es tiempo de renunciar a las delicias del hogar por las del deber cumplido. no toleremos la dignidad de la patria ultrajada. ¡Con los crímenes registrados en la capital, Nerón se horrorizaría!... ¡Monstruos sin dignidad ni conciencia!... ¡Malditos séais! Hermosillo, marzo de 1913. El comandante militar de la plaza, coronel *Alvaro Obregón*.

El mismo día preparé mi salida para efectuarla al siguiente.

El día 6, a las diez de la mañana, en la estación de Hermosillo, había terminado el embarco de mis tropas, que se componían del 4o. Batallón Irregular de Sonora y fracciones del 47 y del 48o. cuerpos rurales haciendo un efectivo total de 500 hombres.

El coronel Alvarado había quedado comisionado en Hermosillo para dar organización a los contingentes de voluntarios que se estaban presentando para ofrecer sus servicios, y encargarse también del reclutamiento, a fin de aumentar los batallones del Estado.

A las 9:15 emprendimos la marcha al norte.

Por aquellos días la situación militar del Estado era como se indica en el siguiente cuadro.

## Situación de Fuerzas Federales

En Naco, 700 hombres con 2 morteros de 80 mm. y 8 ametralladoras, al mando del general federal Pedro Ojeda.

En Cananea, 600 hombres con 4 ametralladoras, al mando del coronel Moreno.

En Nogales, cerca de 400 hombres perfectamente pertrechados, al mando de los coroneles Reyes y Kosterlitzky.

Estas tres plazas están comunicadas entre sí por ferrocarril y el camino de las más distantes entre sí puede hacerse en tres horas, siendo, por lo tanto, sumamente fácil un rápido movimiento de concentración en cualquiera de ellas.

Al sur de Hermosillo controlaba la División del Yaqui, que tenía su cuartel general en Torin, río Yaqui, siendo su general en jefe el general federal Miguel Gil, con efectivo aproximado de 2 000 hombres, distribuidos desde Guaymas hasta cerca de Cócorit.

Al sur del Yaqui, y en marcha para Torin, contaba el enemigo con los voluntarios del río Mayo, al mando de José Tiburcio Otero, quien había recibido nombramiento de coronel expedido por Huerta al aceptar éste los servicios que aquél le ofreciera para apoyar su gobierno. Estos voluntarios sumaban aproximadamente 200 hombres.

En Álamos, el prefecto político Adrián Marcor, quien había hecho traición al Gobierno del Estado, de acuerdo con los principales acaudalados de la cabecera del distrito, tenía alrededor de 200 hombres, entre los que figuraban los principales capitalistas que se habían afiliado sin escrúpulos al gobierno usurpador.

Con la colocación que tenían las fuerzas federales quedaban cortadas completamente nuestras comunicaciones con el resto de la República y con la frontera de los Estados Unidos, siéndonos, por lo tanto, imposible conocer los acontecimientos que se desarrollaban fuera de nuestro Estado.



El efectivo y la situación de nuestras tropas eran como sigue:

En Hermosillo, alrededor de 1 200 hombres, con una reserva de cartuchos aproximada a 60 000.

En Agua Prieta, Calles y Bracamontes con una fuerza aproximadamente de 500 hombres, regularmente armados pero con muy poca organización, debido a que la mayor parte de ellos eran voluntarios levantados recientemente.

En Estación del Río, donde se unen las vías del Ferrocarril Central de Naco y Cananea a Nogales, se encontraba el presidente municipal de Cananea, Manuel M. Diéguez, con una fuerza de 300 hombres aproximadamente, con un armamento heterogéneo y careciente de parque.

En Navojoa, río Mayo, Obregón y Carpio con un gran número de indios armados de flechas.

En Sahuaripa, los hermanos García con algunos voluntarios que habían logrado reunir.

Y en otros puntos del Estado existían pequeños grupos que se organizaban para marchar a incorporarse al primer núcleo más importante que se aproximara a ellos.

Además de los contingentes federales que se dejan anotados, en Guaymas estaban a disposición del jefe de la División del Yaqui tres buques de guerra, que eran los cañoneros Guerrero, Morelos y Tampico.

Como se ve, militarmente nuestra situación no era muy envidiable.

La situación económica de la Revolución no era mejor; pues los únicos doce mil pesos que había en la Tesorería General del Estado cuando Maytorena preparaba su huida, éste los hizo sacar con pretexto de pagarse sus sueldos por los seis meses que llevaba de licencia y para distribuir el resto entre Randall y demás funcionarios que lo acompañaban en su huida, según queda dicho anteriormente.

Para mejorar en algo esa situación financiera, el gobernador Pesqueira había convocado a una junta de acaudalados, y les había impuesto un préstamo de CINCUENTA MIL PESOS en total.

Para estas fechas, en el distrito de Alamos había estallado la revolución, encabezando el movimiento los señores José J. Obregón, hermano mío, Fermín Carpio, Severiano Osuna y los hermanos Chávez, secundados por algunas otras personas más.

A la salida de mi columna para hacer la campaña en el norte, fue nombrado pagador de la misma, a pedimento mío, el señor Enrique

Breceda, quien desde un principio manifestó resolución y entereza para afiliarse a la revolución.

Las operaciones sobre la plaza de Nogales, que fue mi primer objetivo, se emprendieron, desarrollaron y consumaron con la toma de dicha plaza, en la forma que lo relata el parte oficial que oportunamente rendí al C. gobernador del Estado, con fecha 15 de marzo, y el que se reproduce a continuación.



## TOMA DE LA VILLA DE NOGALES

Hónrome poner en el superior conocimiento de usted que obedeciendo la orden verbal que recibiera de marchar con la columna de mi mando a tomar posesión de esta plaza, salí de esa capital el día 6 del presente a las 9 a. m., llegando a las 4 p. m., del mismo día a Magdalena, deteniéndome allí el tiempo indispensable para reparar la vía que tenía varios puentes quemados: salí de allí el día 10 habiéndose incorporado el coronel Cabral con algunos oficiales y 25 de tropa, deteniéndose el convoy en el cañón de Los Alizos, donde acampamos a las 7 p.m.; se nombró el servicio y se aprovisionó a la tropa para emprender la marcha pie a tierra, pues la vía estaba muy destruida y no había tiempo que perder, porque el general Ojeda podía reforzar Nogales y colocarnos en una situación difícil, habiendo emprendido esta marcha a las 2 a. m., del siguiente día, dejando una fagina competente para que trabajara día y noche en la construcción de puentes; se marchó todo el día, acampando en Troncón a las 5 p. m.; durante toda la tarde y noche estuvo nevando y nuestras tropas sufrían estas inclemencias, sobre las lomas de los flancos, frente y retaguardia, sin que se notara en los soldados el menor signo de desagrado; tal marcha se emprendió de nuevo; todo el día fuimos azotados por una lluvia menuda y fuerte viento del Norte, en todas las alturas se veía la nieve, y el frío era intensísimo; llegamos a Lomas a la 1 p. m. Después de establecer el servicio se pidió la rendición de la plaza, siendo comisionados para ello los señores Carlos Montague e ingenieros Juan Serrano y Pedro Trelles, quienes volvieron manifestando que los jefes, coronel Emilio Kosterlitzky y teniente coronel Reyes decían estar dispuestos a defenderla hasta quemar el último cartucho y derramar la última gota de sangre.

Inmediatamente salí para hacer un reconocimiento para ordenar el ataque; reconocido que hube las fortificaciones del enemigo, creí conveniente un asalto de noche, pues de día podría causarnos grandes daños por las ventajitas que sus trincheras ofrecían. Organicé dos

columnas de 150 hombres cada una a las órdenes del mayor Antonio A. Guerrero y capitán primero Gonzalo A. Escobar.

A las 8 p.m mandé formar dichas columnas y después de exhortar a jefes, oficiales y tropa, al fin del cumplimiento del deber, les ordené: al mayor Antonio A. Guerrero, que marchara con su columna, que se componía de 150 hombres del 4o. Batallón de Sonora para que marchara con ella a la 1 a.m., emprendiera el asalto sobre las trincheras del Oriente, marchando paralelo a la línea internacional, para evitar que los proyectiles fueran a causar daños en territorio norteamericano; iguales órdenes recibió el capitán Escobar diferenciando solamente en que Escobar debería atacar las trincheras del Poniente. El coronel Cabral y yo entraríamos por el frente con 15 dragones del coronel Cabral, para iniciar el ataque y llamar la atención del enemigo, facilitando así el asalto general. Desde luego se pusieron las columnas en marcha, pues tenían que hacer un gran rodeo. A las doce y media salí con los 15 dragones avanzado por el centro, como estaba acordado, devolviéndome a las dos, porque las columnas no llegaban y nuestra situación era comprometida. A las cuatro, acompañado del coronel Cabral y los 15 dragones, avancé de nuevo por el centro y a la vez trasmitía órdenes a los jefes de las columnas para que si no podían emprender el asalto antes de amanecer, se retiraran al campamento, pues repito que de día no juzgaba prudente el asalto. Ya empezaba a aclarar y cuando los federales empezaban a tocar la diana reglamentaria se rompió el fuego por el flanco derecho y centro, porque los comisionados para transmitir la orden de que no atacaran por haberse perdido la noche no llegaron a tiempo y lo hicieron cuando el combate había empezado. El mayor Guerrero, obedeciendo la orden, suspendió el fuego y marchó al campamento; el capitán Escobar hizo lo mismo; no pudiéndose retirar el capitán Acosta que era uno de los oficiales de Escobar, porque su retirada habría sido peligrosa porque con la fracción de su mando había avanzado mucho; en vista de esto mandé protegerlo con otra fracción del 5o.; el fuego no cesaba y al hacer un reconocimiento a las 10 a.m., pude ver que la situación de Acosta era comprometida; entonces destacué una fracción del Cuerpo Voluntario de Hermosillo al mando del capitán Fernando S. Betancourt a tomar una loma alta que está al sureste de Nogales, protegiendo así a las otras fracciones.

Este movimiento se hizo en seguida, y a las doce el fuego continuaba; el capitán Acosta, al ver cubierta su retaguardia, emprendió un ataque vigoroso sobre las trincheras federales; entonces ordené

al coronel Jesús Chávez Camacho destacara al capitán Reyes N. Gutiérrez con una fracción del 5o., para que tomara los cerros del Poniente y los conservara para emprender el asalto en la noche, marchando el capitán Gutiérrez con los oficiales capitán segundo Francisco D. Santiago, teniente Delfino Álvarez, teniente Raúl Gallegos, subteniente Florencio León, capitán segundo Rafael Durazo con 22 de tropa del 5o. Batallón y 15 del 47. A las tres de la tarde, el fuego continuaba y recibí yo una nota del cónsul norteamericano comunicándome que nuestros fuegos estaban causando daños dentro de su territorio, cosa que no podía explicarse dada la colocación de nuestras tropas; inmediatamente después ordené a Acosta y Gutiérrez suspendieran el fuego para dar el asalto en la noche, manifestándoles la queja del cónsul; el fuego no fue suspendido, porque los federales al verse perdidos, hacían descargas sobre Nogales, Arizona, esperanzados en que un conflicto pudiera salvarlos. Comisioné al coronel Chávez Camacho para que hiciera un reconocimiento de nuestras posiciones con instrucciones de hacer esfuerzos porque se suspendiera el combate para dar el asalto en la noche; pero no fue así; antes que pudieran dictarse estas órdenes, Acosta y Reyes emprendieron un ataque tan vigoroso, que los federales no pudieron resistir y empezaron a pasarse al lado norteamericano; el ataque fue forzándose y momentos después huían los llamados coroneles Kosterlitzky y teniente coronel Reyes, sin quemar el último cartucho, ni derramar una gota de su sangre, dando con ella la primera prueba de su absoluta falta de dignidad y pundonor militar al rendir las armas, que en mala hora les confiara la nación, a un ejército extranjero, probando a la faz del mundo que no son dignos de llamarse mexicanos los que violan la bandera que han jurado para pedir protección a otra.

Las fracciones de Acosta y Reyes habían tomado ya posesión de esta plaza, cuando hice avanzar 100 hombres más para guardar el orden, que quedó perfectamente restablecido. A las siete de la noche recibí una carta del coronel norteamericano, diciéndome que ya retiraba sus tropas de la línea, porque veía que el orden en Nogales en nada se había alterado y que así lo comunicaba a su Gobierno, dándome también las gracias por haber sujetado el ataque a las Leyes Internacionales, pues estaba seguro que nuestros proyectiles no habían cruzado la línea y que nosotros no éramos responsables de los heridos que habían resultado en Nogales, Arizona. Al siguiente día hice avanzar toda la columna, entrando a esta plaza a las 8 a. m., en medio de un desbordante entusiasmo. Las pérdidas de nuestros enemigos fueron: un capitán primero, un teniente y 22 de

tropa muertos, y heridos 24, habiendo quedado presos, en poder de las tropas americanas, todos los que atravesaron la línea en número de 250, quedando en nuestro poder algunas armas y cartuchos. Las pérdidas por nuestra parte fueron: 6 muertos y 9 heridos, contándose entre éstos el subteniente del 4o. Batallón de Sonora, Anselmo Armenta.

El comportamiento del capitán Acosta fue heroico, así como el de sus oficiales tenientes Julio Montiel y Juan B. Humar y la fracción del 48o. Cuerpo Rural en número de 65, habiéndose distinguido el capitán Reyes N. Gutiérrez, así como oficiales y tropa.

Felicito a usted, señor Gobernador, y por su conducto al pueblo de Sonora por la victoria obtenida contra la usurpación.

*Sufragio efectivo. No reelección*

Nogales, Sonora, marzo 15 de 1913. El coronel jefe de la columna, *Alvaro Obregón*. Al C. Gobernador Interino del Estado, Ignacio L. Pesqueira. Hermosillo.

Con la captura de Nogales, todo el centro del Estado tuvo una base de aprovisionamiento de todos los elementos necesarios, y la revolución ganó facilidades para la introducción de pertrechos con que debía fomentarse el movimiento armado.

Siempre he creído que la toma de Nogales se debió a torpeza del enemigo y no a habilidad de nosotros, y me fundo en la siguiente consideración: nuestra marcha de Hermosillo a Nogales no podía hacerse en menos de seis días, mientras que el enemigo habría podido reforzar Nogales en menos de un día, hasta el grado de hacer bien difícil para nosotros la empresa de atacar y capturar aquella plaza; pero el enemigo, seguramente, no dio importancia a mi avance, no juzgó necesario reforzar la plaza, y tal confianza fue la causa de su primer fracaso.

Obtenida ya la comunicación con la vecina República Norteamericana por Nogales, por la prensa de aquel país tuvimos conocimiento de que el señor Carranza no había reconocido a Huerta y que en su carácter de gobernador constitucional del Estado de Coahuila había protestado contra la bárbara usurpación, levantándose en armas en aquel Estado con los pocos elementos que quisieron secundarlo. Esto nos alentó mucho. Primero, porque el señor Carranza, conservando su carácter de gobernador constitucional del Estado de Coahuila, representaba la autoridad legítima de aquel Estado; y segundo, porque conocíamos el importante papel que éste había tenido en el partido antirreeleccionista y en la Revolución de 1910.

Antes de emprender la marcha sobre Cananea, como lo tenía resuelto, recibí un telefonema de Calles, comunicándome su resolución de atacar al general Ojeda en Naco, con una fuerza aproximada de 600 hombres que había logrado reunir, teniendo como principales jefes a Pedro Bracamontes, Miguel Antúnez, Samaniego, Escajeda, Gálvez, Gómez y otros cuyos nombres no recuerdo.

Conocedor yo de los elementos y organización de las tropas de Ojeda, por haber sido la columna de éste aquella en que estuve incorporado con el 4o. Batallón de Sonora, transmití orden a Calles por teléfono, vía Douglas, para que suspendiera el ataque, augurándole un fracaso si lo efectuaba antes que yo me incorporara; y así atacar a Ojeda con todo nuestro efectivo reunido.

Mi telefonema fue recibido en la Agencia Comercial de Roberto V. Pesqueira, que se había convertido en Agencia Revolucionaria, regentada por el mismo Pesqueira y Francisco S. Elías; y de allí, fue enviado a Calles por conducto del diputado Adolfo de la Huerta que, procedente de México, había llegado a la frontera en aquellos días. Mi orden no pudo ser entregada con oportunidad a Calles, y éste llevó a cabo su ataque, realizándose, muy a pesar mío, mi profecía, pues nuestras tropas sufrieron un serio descalabro en el ataque que emprendieron contra el susodicho Ojeda.

Cuando hubo sido tomada la plaza de Nogales por nuestras fuerzas, se incorporó a aquélla el señor Francisco R. Serrano que, hasta poco antes, había sido secretario particular de Maytorena, y quien, al convencerse de la ineptitud y cobardía de aquel gobernante, lo abandonó, incorporándose a las fuerzas de mi mando, habiéndolo efectuado como ya digo, en Nogales. El señor Serrano fue comisionado para instalar algunas oficinas públicas en Nogales, labor a la que se dedicó mientras nosotros avanzábamos sobre Cananea.

Las operaciones que se emprendieron sobre Cananea dieron por resultado la captura de esta plaza por nuestras fuerzas, según se relata en el parte oficial respectivo que íntegro se reproduce a continuación.





## TOMA DE LA CIUDAD DE CANANEA

Hónrome comunicar a usted, que inmediatamente que fue tomada la plaza de Nogales destaqué al mayor Carlos Félix sobre la vía que viene a este mineral, para que procediera inmediatamente a la reparación de puentes que había quemados en dicha vía y poder marchar sobre Naco y esta plaza. En Nogales y previo consentimiento del coronel Cabral, lo nombré segundo jefe de la columna, dándole a reconocer por la Orden General de la Plaza del día 16 del presente mes. El día, 19, y ya cuando se había incorporado el coronel Alvarado, con sus tropas, ordené se emprendiera la marcha, llegando hasta Santa Cruz, donde acampamos ese día, emprendiéndola el siguiente hasta llegar a Molina adonde se acampó esa noche; al día siguiente se abandonó la vía para marchar rumbo a Naco, emprendiendo dicha marcha a las 7 a. m. En San Pedro Palominas se dió a la tropa dos horas de descanso y la marcha continuó hasta llegar a Agua Verde, a las cinco de la tarde, acampando allí la columna. Esa misma noche se puso una nota al general Pedro Ojeda excitándolo a que saliera a batirse fuera de la población para evitar un conflicto internacional, cuya nota fue firmada por el coronel Cabral, con el fin de que Ojeda creyera que Alvarado y yo estábamos amagando esta plaza; sin embargo, Ojeda no salió. El 22 se hizo un llamamiento sobre Naco, como último recurso, para ver si Ojeda salía, presentándole 200 hombres solamente, no consiguiendo nuestro objeto; las avanzadas sostuvieron un ligero tiroteo replegándose hasta Naco. Reuní a los jefes y les manifesté mi determinación de marchar sobre esta plaza para atacarla y obligar a Ojeda que saliera en su auxilio; todos estuvieron de acuerdo, habiendo ordenado la marcha a las siete de la noche y atravesando la sierra de San José, para no ser vistos por el enemigo. Se marchó hasta la 1 a. m., del siguiente día, deteniéndonos en Saucedá, donde se le dió descanso a la tropa hasta las nueve, marchando por ferrocarril a Estación del Río donde estaba el coronel Diéguez, quien desde el cuartelazo encabezó el levantamiento de este mineral y permaneció en

aquella estación para evitar que los federales avanzaran a la frontera. Mientras la tropa tomaba descanso, se le mandó una nota al coronel Moreno intimándole rendición y fijándole para ello 18 horas que deberían cumplirse a las 6 a.m. del día 24. El coronel Moreno contestó que tenía orden superior de defender la plaza y que así lo haría. Reuní a mis jefes y les manifesté que yo no conocía Cananea y no podía desarrollar ningún plan de ataque antes de hacer reconocimientos detenidos; pero que tenía plena confianza en ellos y que de común acuerdo presentaran el plan que juzgaran más conveniente, porque no había tiempo que perder, habiendo presentado el siguiente: El coronel Diéguez con la fuerza que era a su mando, atacaría por el lado de los tanques; el coronel Alvarado, con su Cuerpo, atacaría por el lado de la población, y Cabral y yo, con los cuerpos 47o. Voluntarios de Hermosilo y una fracción del 5o., por Luz Cananea, quedando el coronel Camacho en Lechería, con una fracción del 5o., para que cuidara, si intentaban los federales salir por aquel rumbo y estableciera avanzadas sobre el camino de Naco. Este plan fue aprobado desde luego ordenando que las ametralladoras fueran distribuidas en la forma siguiente: una al coronel Diéguez, otra al coronel Cabral y yo, y dos al coronel Alvarado. La marcha se emprendió a las tres de la tarde deteniéndose el tren en Lechería, donde se dividieron las columnas, marchando cada una a su destino. La marcha que tuvimos que hacer el coronel Cabral y yo con nuestras tropas, resultó penosísima por lo accidentado del terreno y porque la temperatura había descendido mucho. A la 1 a. m., del 24 llegamos a Luz Cananea y desde luego procedí a colocar la gente, y al iniciarse el día destacué algunas fracciones al mando del capitán Escobar a posesionarse de unas colinas que estaban a nuestra izquierda y que ofrecían algunas ventajas. Ya cuando la luz del día lo permitió, emplacé personalmente una ametralladora enfrente de la oficina telefónica de Luz Cananea, cuyo fuego batiría perfectamente todo aquel flanco. A las seis abría el fuego con la ametralladora sobre un pelotón de federales que avanzaban del cuartel a reforzar otro, que se había parapetado en una casa de adobes, haciéndoles cuatro bajas y rechazándolos; entonces empezó el fuego de los que había colocado en el terreno de la mina. En esos momentos abría sus fuegos el coronel Diéguez sobre el fortín federal que está en la loma, habiendo emplazando un pequeño cañón antiguo en la loma de los tanques, que era manejado por el mayor Aniceto C. Campos; los fuegos del coronel Alvarado empezaron en seguida y el combate se generalizó a las ocho de la mañana entrando en acción, por ambos lados, 7 ametralladoras, el cañón

ya mencionado y como 1 200 fusiles. El coronel Diéguez había logrado tomar magníficas posiciones y sus fuegos eran muy eficaces; el coronel Alvarado había colocado su gente en los edificios que ofrecían más ventajas; los federales contestaban con mucho brío desde el cuartel, el fortín de la loma y las casas que quedan frente a la Luz Cananea. Como a la 1 p. m., hice un detenido reconocimiento, llegando hasta donde estaba el coronel Diéguez y allí observé las posiciones que ocupaba el coronel Alvarado; en vista de todo esto creí que la plaza caería en nuestro poder antes que el general Ojeda, que estaba en Naco, pudiera auxiliarla, pues ya había recibido aviso que dicho general alistaba su marcha en auxilio de dicha plaza. Considerando el fortín como la principal posición de los federales, ordené fuera tomado por asalto, emplazando 2 ametralladoras perfectamente fijas para que no perdieran su puntería con la trepidación, apuntadas al perfil de la trinchera de dicho fortín y que éstas abrieran sus fuegos cuando el clarín de órdenes lo indicara para proteger a los que dieran el asalto; para dicho asalto nombré al teniente Tiburcio Morales con 30 hombres que deberían emprender el asalto a las 9 p. m., para aprovechar la oscuridad, porque la luna salía a las once y el asalto sería mucho más difícil. Al capitán Acosta, con 50 hombres, le ordené se colocara en la loma inmediata y protegiera a Morales. El combate duró todo el día sin que hubiera tregua ninguna, cesando al oscurecer. A las 8 p. m. marcharon Morales y Acosta a cumplimentar las órdenes que habían recibido, y el coronel Cabral y yo tomábamos un lugar conveniente para presenciar el asalto que empezó a las nueve. Las ametralladoras que protegían a los asaltantes estaban manejadas por gente de Diéguez, dirigida por él. Las ametralladoras funcionaron perfectamente, y Morales avanzaba con éxito hasta poder lanzar a mano las bombas de dinamita que llevaba; nuestras ametralladoras suspendieron sus fuegos en estos momentos para no causar daño a los nuestros que estaban ya a orillas del fortín, cuando la dinamita explotaba dentro de las trincheras, notamos perfectamente que los federales huían, algunos de ellos pasaron cerca de nosotros haciéndonos algunas descargas; el fuego se suspendió de improviso, y la contraseña que había dado yo a Morales para cuando tomara el fortín no se tocaba, lo que me demostró que el asalto se había frustrado y hasta llegué a creer que hubieran acabado con los nuestros, pues el silencio se prolongó, sin haber siquiera quien rindiera parte; la situación era angustiosa, y al trascurrir 25 minutos con aquella ansiedad, mandé llevar mi caballo y, seguido de mi asistente, quise cerciorarme personalmente de lo que pasaba; camina-

mos hasta llegar al pie de la loma del fortín; allí dejamos los caballos, ordenándole a mi asistente que subiera por el flanco izquierdo de la loma, haciéndolo yo por el derecho, hasta encontrar algún soldado con quien tomar datos; en esos momentos nos abrieron fuego con una ametralladora del pie de la loma, lo que indicaba que la habían sacado del fortín, pues antes no tenían allí ninguna; al empezar el ascenso encontramos a un soldado de Morales, y éste nos dijo que los federales habían abandonado el fortín, pero que Morales había recibido aviso de que el fortín estaba minado y que al tomarlo él, lo volarían con su tropa, que por esto se retiró al recorte del ferrocarril para evitar el desastre; inmediatamente ordené a Morales que marchara a posesionarse del fortín, pero en todo ese tiempo los federales se habían dado cuenta de que Morales no lo había ocupado y volvieron a posesionarse de él, emplazando de nuevo su ametralladora; al llegar Morales, abrieron fuego sobre él. Notando esto, mandé inmediatamente al capitán Acosta a proteger a Morales con orden de que se retirara, pues la luna había salido y nos ponía en condiciones de sacrificar mucha gente para tomar dicha posición. El resto de la noche pasó sin ninguna novedad, reanudándose el combate al amanecer; los federales habían tenido muchas bajas, que no habían podido levantar, y como se les había cortado el agua, su situación se hacía insostenible. A las dos de la tarde se suspendió el fuego del coronel Alvarado; poco después el del coronel Diéguez y en seguida tuve que suspender el nuestro por haber recibido un telefonema de Alvarado quien me decía que había firmado un armisticio con el coronel Moreno, que duraría hasta las doce del siguiente día; inmediatamente lo comuniqué a usted, pues era inexplicable firmar un armisticio que sólo favorecía a los federales y ponía a Ojeda en mejores condiciones de auxiliar dicha plaza. Poco después recibí en contestación el siguiente mensaje: "Hermosillo, 25 de marzo de 1913. Para Cananea. Señor coronel Alvaro Obregón: Enterado de su mensaje por el que participame que Alvarado celebró y firmó armisticio con el enemigo sin su previo consentimiento. Permítome manifestarle a usted, jefe supremo de esas fuerzas, que es usted el único autorizado para celebrar tratados con el enemigo, y, en consecuencia, puede y debe declarar nulo el armisticio firmado por el coronel Alvarado, mandando reanudar ataque sobre posiciones del enemigo si estimalo conveniente. Usted, señor coronel, es el inmediato responsable de las consecuencias consiguientes. Espero sus noticias. El Gobernador Interino, *Ignacio L. Pesqueira*". Al enterarme de este mensaje, quise reanudar el combate, pero las familias que habían

permanecido entre los cerros sufriendo el frío y el hambre, al tener conocimiento del armisticio, se volvieron inmediatamente a sus casas para aprovecharlo, haciendo algo para comer, y como casi en su totalidad las casas son de madera, habríamos causado estragos entre los no combatientes. Los federales, desde luego, se ocuparon en levantar sus heridos, recoger sus muertos, relevar la gente del fortín, que ya no pensaba resistir, aprovisionarse de agua y hacer loberas frente a Luz Cananea; este trabajo lo suspendieron porque le telefoneé al coronel Moreno quien me dijo que no lo había ordenado él. Al siguiente día recibí un telefonema de Alvarado, comunicándome que el coronel Moreno deseaba una conferencia con nosotros; accedí a ella y se verificó en el mineral La Democracia, entre 11 y 12 m., sin ningún resultado, pues Moreno se negaba a rendirse y yo no exigía otra cosa. A esa conferencia asistí con los coroneles Cabral, Diéguez y Alvarado. Por haber llegado a la hora fijada para abrir el fuego y estar aún en la conferencia, acordé con Moreno que se abriría a las dos de la tarde, tiempo apenas necesario para llegar cada quien a su campamento; a esa hora el fuego se abrió de nuevo y ordené que se preparara el asalto al fortín para esa noche, trasladándome a la estación del ferrocarril, para informarme de los movimientos de Ojeda, habiendo sabido allí que dicho general había salido ya de Naco. Di las órdenes necesarias para que al oscurecer se movilizaran las tropas que operaban por Luz Cananea y las del coronel Alvarado a la estación del ferrocarril y que se alistaran los trenes necesarios para salir a encontrar a Ojeda, y que Diéguez quedara hostilizando al coronel Moreno para evitar que éste se saliera. Al llegar a la Prefectura, como a las 6 p. m., me habló por teléfono el coronel Moreno, diciéndome que deseaba parlamento, que mandara suspender el fuego, a lo que contesté que tenía todo listo para dar el asalto definitivo al oscurecer y no tenía ningún objeto perder tiempo en parlamentar, y que lo suspendería solamente si él se rendía; quiso poner algunas condiciones para rendirse y sólo le ofrecí que serían tratados como prisioneros de guerra, contestando él que estaba rendido. Le dije entonces ordenara suspender el fuego inmediatamente, que mandara reunir sus oficiales y tropa, que ya salía yo para su cuartel; el fuego se suspendió, y en compañía del pagador Enrique Breceda, marché al cuartel federal. A nuestra llegada el centinela tendió su rifle en el suelo y permaneció de pie; entramos al cuartel y al presentarse el coronel Moreno, le dije: "Es usted mi prisionero"; contestó: "Sí, señor", entregándome su arma, que no acepté; le ordené que presentara oficiales y tropa, y lo hizo en seguida, sien-

do éstos 2 jefes, 8 oficiales y 300 de tropa, que aún permanecían armados; les mandé que depositaran sus armas y lo hicieron en seguida; comisioné a un oficial para que recogiera el armamento, ordenándole luego al coronel Alvarado que marchara con su cuerpo a tomar posesión del cuartel y recibiese los prisioneros, lo que hizo una hora después. Las bajas del enemigo fueron: 3 oficiales y 45 de tropa muertos; 4 oficiales y 40 de tropa heridos; prisioneros: 2 jefes, 8 oficiales y 300 de tropa, habiéndose podido escapar tres oficiales y algunos soldados que huyeron rumbo a Naco. Se recogieron al enemigo 3 ametralladoras, 500 máusers, 30 000 cartuchos, caballos, acémilas y algunos otros pertrechos de guerra. Las bajas, por nuestra parte, fueron: 6 de tropa muertos, y heridos: 2 oficiales y 15 de tropa; hubo también algunos muertos de los no combatientes, habiendo muerto el doctor Filiberto V. Barroso y un francés, quienes hacían fuego a nuestros soldados. Todas las tropas, sin excepción, se portaron valientes, pudiéndose hacer mención del coronel Diéguez, mayor Bule, capitán Kloss y teniente Malbow.

Felicito a usted, señor Gobernador y, por su digno conducto, al pueblo de Sonora por esta brillante victoria alcanzada por nuestros heroicos soldados y ya preparo todas nuestras tropas para salir a encontrar al general Ojeda, que salió de Naco con este rumbo.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Cananea, abril 26 de 1913.

El coronel en jefe. *Alvaro Obregón.*

Al C. Gobernador Interino del Estado. Hermosillo, Son.

## OPERACIONES DEL CORONEL HILL

Mientras la columna de mi mando efectuaba las operaciones a que se ha hecho referencia, el coronel Hill, que había salido de Hermosillo el día 10 de marzo, con instrucciones de operar por el sur del Estado, siguiendo la ruta de la Colorada, San José de Pimas, La Cuesta, Tecoripa y San Javier, había llegado el día 18 a La Concentración, y sostenido allí un combate con fuerzas federales, combate que se prolongó hasta el día 19, logrando el referido coronel Hill rechazar al enemigo con rumbo a Cumuripa con bajas que ascendieron aproximadamente a 50, entre muertos, heridos y dispersos; teniendo, por nuestra parte, solamente 7 bajas, que fueron, 3 muertos y 4 heridos.

El contingente con que el coronel Hill emprendió su marcha de Hermosillo fue el siguiente: teniente coronel José Díaz López; capitanes primeros Nepomuceno Fierros, Lucas Girón y Juan Gaxiola; tenientes Alfredo Márquez, Antonio Duarte, Ramón de la Vega y F. C. Macías; subteniente Claudio Fox, hijo, Ramón Reyes R. y 91 individuos de tropa del 5o. Batallón Irregular de Sonora; pero durante su marcha había convoy, pues juzgué peligroso continuar la marcha de noche, ignorando, como ignorábamos, el punto preciso en que se encontraba el enemigo. Cuando amaneció, llegaron dos norteamericanos procedentes de ésta, quienes me informaron haber dejado al general Ojeda saliendo de Villa Verde para Estación Meza. Desde luego destacué una exploración de un piquete de 25 dragones y ordené que la tropa procediera a desayunarse para que estuviera lista, pues los datos de los norteamericanos me hacían ver que el combate se libraría entre Estación Meza y Villa Verde. Antes, había librado órdenes a los tenientes coroneles Calles y Bracamontes para que tomaran la retaguardia de Ojeda, conservando siempre una distancia conveniente, sin atacarlo, hasta que nosotros empezásemos el combate.

Como a las nueve y en atención a que la exploración de caballería no regresaba, destacué al mayor Bule con una fracción de su gente, en una máquina, para que hiciera un reconocimiento, del cual no regresó hasta las 12 m., informándome que Ojeda huía rumbo a este lu-



gar, quemando los puentes de la vía del ferrocarril. Inmediatamente procedí a embarcar la tropa, y cuando se hubo concluido el embarco, se emprendió la marcha, habiendo llegado a Villa Verde a las cinco de la tarde, donde fue preciso hacer alto, por haber encontrado el primer puente quemado; y viendo que era imposible dar alcance a los federales antes de que penetraran a Naco, ordené la contramarcha a Cananea, para dar descanso y provisiones a la tropa, que empezaba a sentirse extenuada, pues desde que se emprendió la marcha de Nogales no había descansado un solo día. Esa noche llegamos a Del Río, pasando a Cananea al día siguiente, donde permanecemos hasta el 31 en la tarde, hora en que se emprendió de nuevo la marcha rumbo a esta plaza. Esa misma noche llegamos al puente quemado, a 20 kilómetros de ésta, continuando de allí, al siguiente día, hasta el Papalote, donde se tomó descanso y donde encontré al teniente coronel Calles, habiendo acordado con él y con el coronel Alvarado un plan para ver si lográbamos hacer salir a Ojeda de esta plaza, consistiendo en lo siguiente: quedaría el coronel Alvarado con el mando accidental de toda la fuerza y marcharía con ella hasta ocultarla en La Noria, lugar en que sabía Ojeda se encontraban únicamente las fuerzas de Calles y Bracamontes, y yo, con los trenes, marcharía rápidamente a Hermosillo esparciendo la noticia, a mi paso por Nogales, de que llevaba todas mis tropas para esa capital, llamado violentamente por usted. Así se hizo y cuando Alvarado emprendió la marcha, en la noche, para la Morita, yo salía con todos los trenes para esa capital, dejando el convoy en Estación Lomas y llegando a Nogales únicamente yo. Ese mismo día en la tarde, toda la prensa de la frontera anunciaba que había yo pasado con mi columna, llamado violentamente por usted, con motivo de que el general Gil avanzaba por el sur sobre Hermosillo.

Como trascurrieron tres días sin que Ojeda hiciera ningún movimiento, determiné volverme para estudiar la manera de atacar esta plaza, llegando al kilómetro 12 el día 5. Encontré al coronel Alvarado acampado al pie de la sierra de San Juan, al poniente de ésta, y a los tenientes coroneles Calles y Bracamontes acampados al oriente, a 4 kilómetros.

Esta plaza estaba defendida por 500 hombres, más o menos, con 2 morteros de 80 mm. y 4 ametralladoras, presentando su ataque serías dificultades para nosotros como son: la línea internacional, que limita al pueblo por el norte, impedía el ataque por aquel rumbo; atacados por el sur, nuestros proyectiles tendrían que pasar al lado norteamericano. Debía atacarse, pues, solamente por los flancos, y siendo el terreno perfectamente plano y desprovisto de vegetación, el ataque

se hacía muy peligroso. El general Ojeda, durante los meses que estuvo preparando la defensa, había hecho construir loberas alrededor de la población, aspillerando todas las casas y formando trincheras en las azoteas. Había también construido trincheras en las calles, de tal manera que podía caminarsé de un cuartel a otro sin descubrirse al enemigo. La artillería la tenía emplazada por los flancos, únicos puntos por donde podía ser atacado.

En vista de las condiciones en que se encontraba la plaza y tratando de evitar en lo posible el número de bajas que podría costarnos el ataque, quise hacer uso de la dinamita, construyendo una máquina que, enganchada a un carro del ferrocarril y aprovechando la inclinación de la vía, fuera a explotar precisamente frente al cuartel la dinamita necesaria para destruirlo y sembrar el pánico entre los federales, momentos que deberían ser aprovechados para el asalto. Así lo comuniqué al coronel Alvarado, ordenándole que con sus fuerzas hostilizara a Ojeda, mientras que yo me trasladaba a Cananea a construir la máquina referida. Salí ese mismo día para aquel mineral, donde permanecí hasta el día 7, en que la máquina quedó concluída. Volví a incorporarme al kilómetro 12 y, citando allí a todos los jefes para tratar el asunto, quedó acordado en la forma siguiente: el coronel Alvarado, que tenía la dinamita, la mandaría con el teniente coronel Bracamontes y éste debería esperarme en el lugar en que estaba el carro que íbamos a lanzar sobre la plaza y al cual habíamos puesto por nombre "Emisario de Paz", marchando él (Alvarado) con sus tropas a colocarse a 800 metros de esta plaza para emprender el asalto cuando el "Emisario de Paz" hubiera explotado, quedando por ese flanco, como reserva, el coronel Diéguez, con sus tropas. Los tenientes coroneles Calles y Bracamontes tomarían posiciones por el oriente y emprenderían el asalto, lo mismo que Alvarado. Como el teniente coronel Bracamontes había quedado comisionado para arreglar la dinamita en el carro, sus tropas entrarían al ataque bajo las órdenes del teniente coronel Calles.

Cuando hube dejado todo dispuesto, tomé un automóvil y acompañado del señor Santiago Smithers marché a Agua Prieta a poner en conocimiento del coronel norteamericano que el asalto se daría esa misma noche, pues él me había suplicado que se le diera aviso para poner a salvo a las familias de Naco, Arizona. Llegué a Agua Prieta a las siete de la noche y tuve allí conocimiento de que el coronel se había venido a Naco, Arizona, y emprendí desde luego el regreso, llegando al campamento del teniente coronel Calles a las diez de la noche. De allí mandé un recado al mencionado jefe norteamericano, quien a las 11:30 llegó al lugar en que yo me encontraba. Tuve con

él una conferencia, que duró media hora, y a las doce salí para el kilómetro 9, donde se encontraba el "Emisario de Paz", habiendo tenido que dar un rodeo por la Morita y Papalote, por lo que no fue posible llegar sino hasta las 2 a.m. No encontré allí a Bracamontes y, al preguntar por él, el jefe de la escolta me informó que caminaba por la vía llevando en una carrucha la dinamita, algunos cables, alambres y otros útiles, informándome también que Alvarado y Bracamontes habían acordado modificar el plan de ataque y que a eso obedecía el proceder de Bracamontes. Inmediatamente dirigí a este jefe una nota previniéndole que lo haría responsable de las consecuencias, si hacía explotar la dinamita contraviniendo mis órdenes, y otra nota dirigí al coronel Alvarado comunicándole lo que decía a Bracamontes.

Como todos los jefes tenían órdenes de retirarse si la explosión no se efectuaba antes de iniciarse el día, creí que así sucedería al suspender la acción de Bracamontes; pero cuando amaneció empecé a escuchar un fuego nutridísimo, sin poder darme cuenta de lo que pasaba. Este fuego se prolongó dos horas, precisamente en dirección al flanco que ocupaba Alvarado, a quien puse una nota en seguida pidiéndole que me diera parte de lo que ocurría, y marché para el campamento de dicho coronel, donde se me enteró que Alvarado no se retiró al amanecer, esperando la contraseña de Bracamontes, y que habiendo sido descubierto por los federales, le abrieron fuego, rechazándolo y haciéndole 17 bajas, entre ellos dos oficiales. Las demás fuerzas se retiraron oportunamente, sin tener pérdidas que lamentar.

Todo este día y el 9 se invirtieron en alistar la tropa para dar el asalto en la noche, acordándolo en la misma forma que el 7. A las tres de la mañana fue lanzado el "Emisario de Paz", impulsándolo la máquina hasta el kilómetro 7, y como no se oyera explosión alguna, las tropas se retiraron antes de amanecer. Ya de día, pude observar que el carro se había detenido entre el kilómetro 5 y 6. El "Emisario" fue recogido y se dieron las mismas órdenes para esa noche, solamente que esta vez se emprendería el asalto a las cuatro de la mañana, aunque la dinamita no explotara. A las 3:30 a.m. personalmente lancé el "Emisario de Paz" impulsándolo con la locomotora hasta el kilómetro 4, y pasó el tiempo necesario para que hubiera hecho el recorrido, sin que se escuchara la explosión. Llegó la hora fijada para el asalto, y nuestras tropas no lo emprendieron, escuchándose sólo el fuego de la artillería y fusilería del enemigo. Marché, acompañado de mi Estado Mayor, al lugar donde creí que estarían nuestras fuerzas, y no habiendo encontrado a nadie, continué la marcha hasta el campamento del teniente coronel Calles. De allí cité a todos los jefes

para las doce del día en el cuartel general, para donde me regresé en seguida y donde recibí el siguiente parte:

Campamento, 12 de abril de 1913. Señor coronel Alvaro Obregón. Su campamento. Estimado compañero: Tengo la pena de comunicar a usted los sucesos acaecidos durante la mañana de hoy: llegué al lugar designado, a las tres menos 15, y una vez dada la señal convenida, salió el mayor Félix con su fuerza y el mayor Bule con la suya a emprender el asalto. Yo marchaba a la retaguardia de ellos con los Voluntarios de Magdalena, y habrían trascurrido diez minutos desde que se emprendió la marcha, cuando se presentó el mayor Félix manifestándome que el carro no había llegado hasta Naco, que iba muy despacio y se había parado. Regresóse a continuar el avance con su gente, cosa que no pudo hacer, según me manifestó después, por haberse desmoralizado completamente su fuerza, diseminándose a favor de la sombra entre el chaparral al empezar a explotar entre ellos las granadas de cañón que arrojaba el enemigo. En esos mismos momentos se me presentó el mayor Bule, manifestándome que la fuerza de su mando se negaba a dar el asalto, empezando a diseminarse en pequeños grupos, y ante la imposibilidad de llevar a efecto el ataque, resolvimos de común acuerdo, el mayor Bule y yo, empezar a recoger la fuerza para evitar que la ametrallaran en el llano al aclarar, cosa que pudimos hacer con una parte de la fuerza pues la demás ya venía en camino. Asimismo, noté que las fuerzas de Bracamontes, Elías, Acosta y Gómez estaban a nuestra derecha y sólo hacían algunos disparos, retirándose tan pronto como empezó el fuego de cañón. La fuerza del 5o. Batallón Irregular no fue posible que se me incorporara, porque el capitán López de Mendoza, que debió de haberlo traído, no pudo encontrarla, debido a que en la oscuridad de la noche se perdió entre barrancos. Atentamente. El coronel *S. Alvarado*.

Después de enterarme de este parte esperé la cita que para las 12 del día había dado a los coroneles Diéguez y Alvarado, tenientes coroneles Calles y Bracamontes, mayores Félix, Acosta, Urbalejo y Bule. A la hora citada y antes de que se incorporaran los demás jefes, se presentó el teniente coronel Bracamontes, seguido de algunos hombres armados, pretendiendo asesinarme, exponiendo como pretexto que yo estaba traicionando y que necesitaba quitarme de enmedio. Logré imponérmele sin necesidad de hacer uso de la fuerza armada, que, aunque allí no la tenía, podía haberla pedido a los campamentos inmediatos. Poco después se reunieron los demás jefes, encontrándose

también en la junta el señor Santiago Smithers, que había venido prestando muy importantes servicios. Una vez reunidos, les hablé de todas las dificultades con que se había venido tropezando, de la desmoralización que empezaba a cundir entre algunos jefes, oficiales y tropa, de la necesidad que teníamos de tomar esta plaza a cualquier costo, mostrando la significación que este hecho tendría para nuestra causa. El coronel Alvarado tomó la palabra y dijo: que él juzgaba muy difícil el ataque, que las trincheras que había construido Ojeda eran magníficas, y que su tropa no estaba acostumbrada a pelear contra fortificaciones, como lo había probado la noche anterior. Habló el teniente coronel Bracamontes, diciendo que la gente a sus órdenes no tenía confianza, que siempre había servido de carne de cañón. El mayor Bule habló diciéndome que la gente de él se negaba a entrar al asalto. Me dirigí entonces a los mayores Urbalejo, Félix y Acosta y capitán Arnulfo R. Gómez, quienes me contestaron que estaban dispuestos a obedecer mis órdenes en cumplimiento de su deber y que creían que en la forma en que yo indicaba el asalto, el éxito sería nuestro, suplicándome solamente que se cambiara la hora para emprenderlo, a las tres de la mañana. Accedí a esta modificación, por juzgarla juiciosa y felicité a aquellos jefes, que no medían el peligro ante el cumplimiento del deber. Los demás jefes hablaron entonces, diciéndome que ellos estaban también dispuestos a cumplir con las órdenes que se les dieran, y el coronel Diéguez me dijo: "le suplico, mi coronel, que si llega a fracasar el asalto, me permita repetirlo mañana con la gente que es a mi mando", y le contesté que accedería a su petición.

Ordené entonces se formaran dos columnas, una al mando del mayor Carlos Félix, compuesta de 200 hombres de los cuerpos 47o. Rural, 5o. Batallón y Voluntarios de Horcasitas, con los oficiales capitán primero Ignacio C. Enríquez, capitán primero Miguel Ramírez, teniente Eutimio Márquez, teniente Francisco C. Castro y subteniente Víctor Bascasegua, y la otra columna al mando del mayor Acosta, compuesta del 48o. Cuerpo Rural y una fracción del 3o. que comandaba el capitán Arnulfo R. Gómez, la que iría al mando directo del mayor Urbalejo. Con estas fuerzas iban los siguientes oficiales: capitán primero Arnulfo R. Gómez, tenientes Florencio Fimbres, Julio Montiel y Juan B. Humar, con un total de 150 hombres de tropa.

A las cinco de la tarde mandé formar la fuerza que iba a tomar parte en el asalto, y dirigiéndole la palabra la excité en nombre de la justicia de nuestra causa, al estricto cumplimiento de sus deberes; y cuando terminé de hablar, en todos los semblantes se retrataba el entusiasmo, cundiendo hasta el grado de que el capitán segundo Tiburcio Morales y 4 soldados, que se encontraban enfermos, abando-

naron sus camas y salieron del carro que les servía de hospital, pidiendo que les permitieran tomar parte en el asalto. Yo accedí con gusto y satisfecho de la actitud de aquellos valientes.

Luego emprendimos la marcha hasta llegar a un zanjón, que dista de Naco 800 metros, sitio que había estado ocupando el coronel Alvarado y desde donde estuvo hostilizando a los federales. Ya en aquel lugar, se colocó a la tropa en forma conveniente para que durmiera hasta la hora fijada para el asalto. A las doce de la noche se le habló al mayor Félix, y desde luego procedió a alistar su tropa, emprendiendo con ella la marcha, en que le servía de guía el capitán Enriquez. A esa misma hora, hacían sus movimientos de avance por el oriente los mayores Urbalejo y Acosta, habiendo quedado el Cuerpo Auxiliar Federal en sus posiciones; y el coronel Diéguez como reserva al poniente. Al oriente y también como reserva, quedaron las fuerzas de los tenientes coroneles Calles y Bracamontes.

Una hora había transcurrido, cuando de improviso se dejó oír una descarga simultánea, seguida de otras muchas, y en unos cuantos minutos más el asalto estaba generalizado por todas las fuerzas que se había ordenado tomaran parte en él. Ojeda, que había mandado formar un enorme montón de tablas y durmientes para prenderles fuego y descubrirnos si era atacado de noche, lo hizo arder en el momento del asalto y en un corto tiempo se levantó una inmensa llamarada que iluminaba perfectamente bien la llanura y a la luz de ella se veían con claridad los combatientes, que comenzaban ya a batirse cuerpo a cuerpo. La negra columna de humo producida por el fuego poco a poco empezó a ennegrecer el espacio, y media hora después era un cuadro indescriptible. Los combatientes parecían no darse cuenta del peligro: los cañones y ametralladoras del enemigo batían la llanura; pero inútilmente, pues ya nuestros soldados estaban mezclados con los federales en las primeras trincheras. Quise reforzar a los asaltantes con 200 hombres del coronel Alvarado, pero éstos dijeron que no entrarían hasta el amanecer. Entretanto, la lucha continuaba con el mismo encarnizamiento, y, al amanecer entraron los 200 de Alvarado, al mando del mayor Bule, al mismo tiempo que por el oriente entraban a reforzar a los asaltantes los capitanes Antúnez y Escajeda, y poco después empezaron a tomar parte las fuerzas de los tenientes coroneles Calles y Bracamontes y todas las demás fuerzas. Siguió el combate hasta las diez, hora en que el general Ojeda comenzó a preparar su huida, incendiando una casa en que tenía armamento y 60 000 cartuchos. Momentos después, Ojeda atravesaba la línea internacional y rendía sus armas al ejército norteamericano, habiendo dejado abandonados a su propia suerte a un capitán y dos tenientes, que ni siquiera

ra sabían dónde se encontraba su jefe. Estos oficiales se batieron todavía una hora más, con un valor digno de otra causa. Como a las once, y cuando llegaba yo a la calle Central, salieron del cuartel algunos federales, que huían en precipitada fuga para ganar la línea, y viendo yo que tenían que pasar forzosamente por el sitio en que me encontraba, tomé el rifle de uno de los muertos que estaba cerca y empecé a hacerles fuego y marcarles el alto, y el mayor Acosta, que se dio cuenta de esto, avanzó inmediatamente con algunos de sus soldados a protegerme, logrando así detener y desarmar a 2 oficiales y 40 soldados que corrían.

Durante quince minutos más siguieron escuchándose algunos disparos aislados de los federales que habían quedado cortados, y a las 12 del día todo había terminado, habiendo dado nuestras tropas la nota más brillante que pudiera dar un ejército, y el general Ojeda, la segunda prueba de que los jefes federales están perfectamente desprovistos de honor militar y patriotismo, pues, sin ruborizarse siquiera, tanto los defensores de Nogales como él, habían atravesado la línea internacional y rendido sus armas a un ejército extranjero, antes que derramar una gota de sangre en nuestra patria, que en mala hora hiciera confianza en ello.

Desde luego se procedió a levantar el campo y preparar los funerales, con los honores debidos, de los valientes tenientes Márquez y Villegas, que habían muerto con el heroísmo de los patriotas.

El enemigo dejó en el campo 79 muertos, 23 heridos, y 2 oficiales y 80 de tropa prisioneros; 2 cañones de 80 mm., 140 máusers con 30 000 cartuchos, caballos, mulas y otros pertrechos.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar la muerte de los tenientes Eutimio Márquez y Eduardo Villegas y 15 individuos de tropa, y heridos los capitanes primeros Ignacio Enríquez y Miguel Ramírez, teniente Francisco G. Castro y subteniente Víctor Bascasegua y 36 de tropa.

No hago especial mención de ninguno de los jefes y oficiales que tomaron parte en el asalto, porque todos, sin excepción, estuvieron heroicos.

Felicito a usted, muy entusiastamente, señor Gobernador, por este nuevo triunfo, y hago a usted presentes las seguridades de mi atenta subordinación y respeto.

*Sufragio efectivo. No reelección*

Naco, Son., abril 15 de 1913.

El coronel en jefe. *Alvaro Obregón.*

Al C. Gobernador Interino, Ignacio L. Pesqueira. Hermosillo, Son.

Los comisionados por el Estado de Sonora para hacer presente la adhesión del Ejecutivo y del ejército de Sonora al Plan de Guadalupe llegaron a Monclova, Coahuila, y en aquella ciudad se celebró una Convención entre ellos y los jefes del movimiento en Coahuila, el 18 de abril, quedando desde aquella fecha reconocido por las autoridades y el ejército de Sonora, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el señor don Venustiano Carranza, reconocimiento que más tarde ratificó y promulgó por Bando el Congreso de Sonora.

Después de derrotar a todas las fuerzas federales que ocupaban la frontera, dejando controlada así toda aquella zona por la Revolución, regresé a Hermosillo con la mayor parte de mis fuerzas, quedando Alvarado y Calles encargados de vigilar la frontera.

De Hermosillo continué a Estación Batamotal, a 12 kilómetros de Guaymas, donde tenía su campamento el coronel Ramón Sosa, que era jefe de las fuerzas que teníamos avanzadas en aquella estación para vigilar los movimientos de los federales, y cuyo efectivo era, aproximadamente, de 800 hombres.

No pudo desde luego emprenderse un ataque sobre Guaymas, porque estábamos sumamente escasos de parque, siendo la dotación media de 40 cartuchos por plaza; y, con este motivo, determiné esperar pertrechos, mandando, entretanto, una columna ligera de 300 hombres de caballería, a las órdenes del teniente coronel Rodríguez para que operara en la región del Yaqui, procurando tomar contacto con el contingente que de Álamos mandaría el coronel Hill, para atacar la plaza de Torin, lugar este último que tenía una guarnición de 600 hombres, incluyendo los reaccionarios encabezados por José Tiburcio Otero, que ya se habían incorporado.

Justo es consignar que, para esa fecha, el coronel Hill había tomado posesión de la plaza de Álamos, como resultado de las activas operaciones que desarrolló después de la batalla librada en la Concentración; operaciones que el mismo jefe relata en la siguiente forma:

El día 5 de abril emprendí mi marcha a Minas Nuevas con el grueso de mi columna, donde establecí mi Cuartel General, amagando la ciudad de Álamos. En la tarde del mismo día, las avanzadas me rindieron parte de que sabían que el enemigo en número de 70 hombres habían salido de Álamos a atacar a nuestros puestos avanzados y ordené, desde luego, que salieran fuerzas competentes a batirlo, entablándose un nutrido tiroteo que duró media hora, obligando a los federales a dar media vuelta en el más completo desorden, y dejando en el campo 4 muertos, entre ellos Alfredo Santini. Los espías que llegaron el día 6, procedentes de Álamos, me informaron



que la plaza estaba bien defendida por una agrupación de más de 500 hombres, con parque en abundancia; que habían establecido muy buenas fortificaciones alrededor de la ciudad, así como que también habían sembrado de minas los lugares por donde nosotros teníamos necesidad de pasar para hostilizar a los defensores de la plaza. Estos informes me hicieron comprender que con los elementos que yo tenía me sería imposible emprender un asalto general sobre la plaza con probabilidades de éxito inmediato, y con este motivo comuniqué órdenes a todos los puestos avanzados para que, cuando cerrara la noche, se aproximaran haciendo demostraciones hostiles sobre la plaza, con objeto de que el enemigo agotara sus municiones. Esta táctica me dio los resultados que yo esperaba, puesto que el enemigo hacía nutridísimo tiroteo cada vez que mis fuerzas se aproximaban a la ciudad, agotando con ello sus reservas de parque, y cuando después de once fingidos asaltos, estuve perfectamente convencido de que no resistirían el ataque general sobre la plaza, lo inicié el día 16 de abril en la siguiente forma: El teniente coronel José Díaz López, con su gente, tomó posesión de las lomas de Agua Escondida, y yo, personalmente avancé por el barrio de La Capilla con la gente de los capitanes Guillermo Chávez y Ramón Gómez y de los tenientes Antonio Duarte y Alfredo L. Márquez, consiguiendo llegar hasta La Esmeralda, donde establecí mi cuartel general y ordené el ataque sobre un fortín federal que se encontraba como a 400 metros de donde nosotros nos habíamos establecido. Toda la noche del 16 estuvimos tiroteándonos con el enemigo. El día 17 se me presentó el C. coronel Alejandro Gandarilla con 300 hombres, quien forzando sus marchas pudo llegar en momentos muy oportunos a cooperar de una manera efectiva en el ataque de la plaza. A la una de la tarde del día 17, el enemigo izó bandera blanca en sus fortines, mandando como emisarios de paz a los señores Alfonso Goyecolea y José María Sifuentes, reos políticos que los federales tenían prisioneros y que prestaron muy útiles servicios como parlamentarios. Después de oír a los emisarios de paz del enemigo, en virtud de no convenirme las proposiciones que hacían, reanudé el ataque sobre la plaza, cayendo esta en nuestro poder el mismo día, a las tres de la tarde, procediendo luego a desarmar a los federales y vecinos que la defendían, quienes entregaron todos los pertrechos que tenían en su poder. Allí hicimos prisioneros a los señores Pánfilo Santini, que era el jefe de las armas; a su hermano, Francisco J. Santini, enemigo acérrimo de nuestra causa; a Adrián Marcor, exprefecto político del distrito, que defecionó cobardemente con elementos del Estado; a Flavio S. Palomares,

ingeniero militar de la plaza, y a dos señores extranjeros, cuyos nombres no recuerdo, quienes se habían encargado de colocar minas para hacerlas explotar entre nuestros soldados; a Ignacio Mendivil y su hijo Aureliano y como a cuarenta individuos más, todos enemigos acérrimos de la Revolución. En esta acción de armas tomaron importante participación también el coronel Juan Antonio García, el mayor Juan Cruz y el teniente Fausto Topete, quienes desalojaron al enemigo que estaba posesionado del cerro de la Campana, frente a la estación del ferrocarril, que nos hostilizaba mucho. Como mis tropas carecían hasta de lo más indispensable y no tenía ningunos recursos para abastecerlas de provisiones y equipo que con más urgencia estábamos necesitando, procedí a imponer algunas multas a los prisioneros que habían caído en nuestro poder, en virtud de que todos ellos eran hombres adinerados y habían ayudado pecuniariamente al Gobierno de Huerta. Con el producto de dichas multas quedó completamente equipada mi columna, proporcionando fondos a las tropas expedicionarias de Sinaloa, así como también a las guerrillas que comandaba el coronel Díaz, de Chinipas, y con el resto de la cantidad que quedó en mi poder ordené se procediera a la reparación de la vía del ferrocarril hasta Cruz de Piedra, Sonora.

El día 10. de mayo, estando en Estación Empalme, se avistó en alta mar una flotilla compuesta de 5 barcos y, antes de dos horas, pudieron ser reconocidos los cañoneros "Guerrero", "Morelos" y "Tampico" y dos barcos mercantes, uno de los cuales era el "Pesqueira".

Por la tarde del mismo día, aquellos barcos fondeaban en la bahía de Guaymas.

Al día siguiente pudimos saber que la guarnición federal del puerto, comandada por el general Miguel Gil, había sido reforzada con 3 000 hombres llegados con los generales Luis Medina Barrón y Francisco A. Salido, con bastante artillería de grueso calibre; sabiendo, también, que los federales en Guaymas hacían toda clase de preparativos para emprender su avance sobre Hermosillo

Dos días emplearon los federales en hacer sus preparativos y al tercero emprendieron su avance, ocupando Empalme y el rancho de San José de Guaymas.

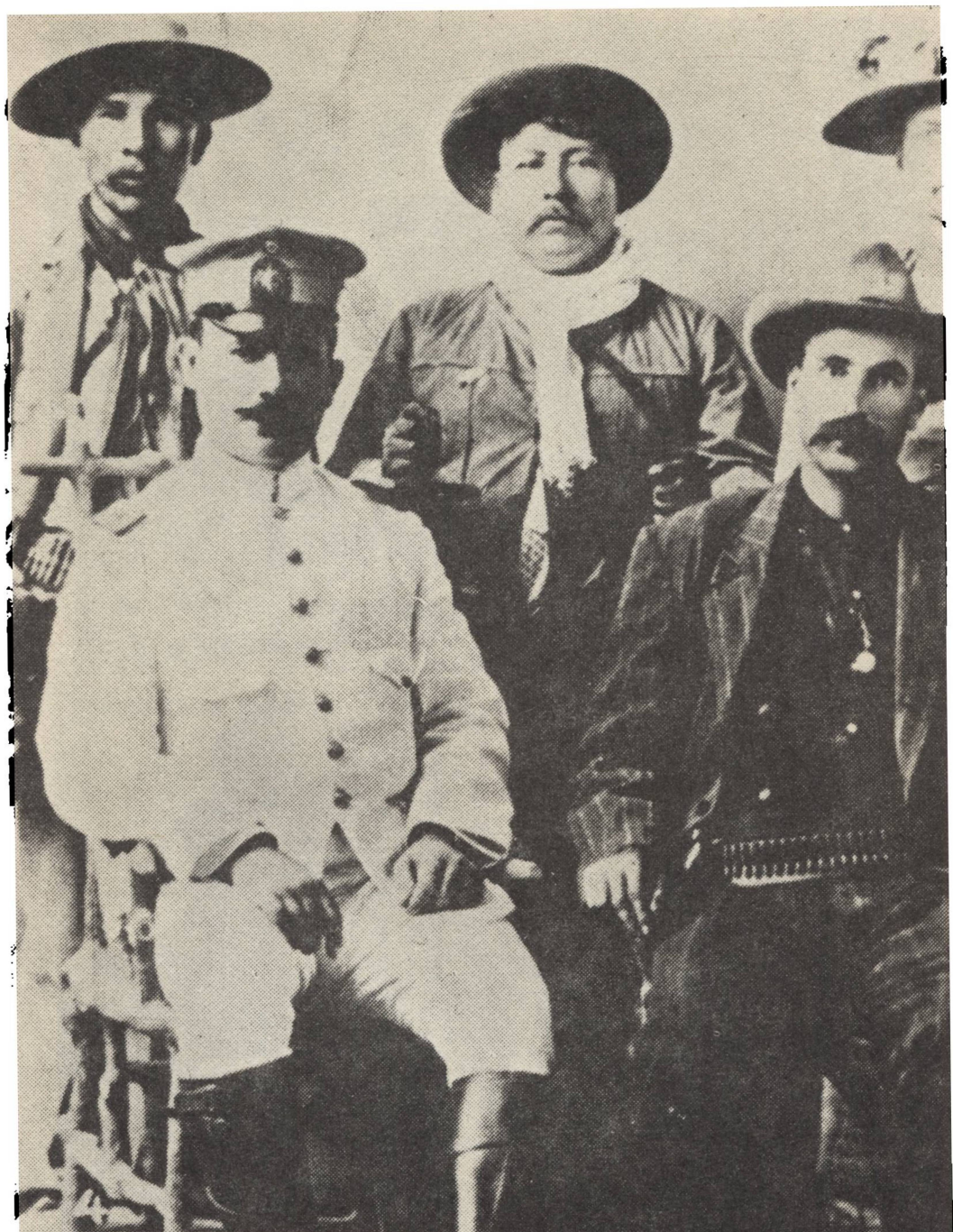
La situación era entonces comprometida, considerando la superioridad del enemigo, en número y elementos de guerra, así como que el combate que teníamos que librar sería completamente decisivo. Era, pues, necesario poner de nuestra parte todo lo que estuviera dentro de los límites de lo posible para asegurar un golpe.

Yo consideré, desde luego, que la columna federal iría debilitándose a medida que avanzara al norte, puesto que tendría la necesidad de cuidar su retaguardia con una serie de guarniciones que restarían considerablemente su efectivo en la batalla, dándonos con esto probabilidades de éxito al librarla.

Era, pues, conveniente, replegarnos al norte sin perder el contacto con el enemigo hasta alejarlo de su base, todo lo necesario para poder infligirle una derrota completa y hacer después una persecución tenaz y prolongada sobre los restos de su columna, destrozándolos más, mientras mayor fuera la distancia en que se hiciera la persecución.

Por esas consideraciones, seguía yo replegándome al norte para librar la batalla lo más retirado de Guaymas que fuera posible; cuando, en Estación Ortiz, recibí orden del gobernador Pesqueira de no retroceder más, porque en Hermosillo había inusitada alarma, e indicándome que, en caso de una derrota para nosotros a inmediaciones de Hermosillo, tendrían ellos que hacer su huida al norte con mucha precipitación.

Esa orden me hizo contramarchar al encuentro del enemigo y librar la batalla en Santa Rosa, con el resultado que se verá en el parte oficial que se inserta a continuación.



No. 1 - General Alvaro Obregón.  
No. 2 - General Yaqui Luís Espinoza  
No. 3 - General Yaqui Ignacio Mori  
No. 4 - Comandante J. Ochoa  
No. 5 - Teniente Coronel Fructuoso Méndez.

1903





**Mayor Jesús Trujillo, general Manuel M. Diéguez, general Juan G. Cabral y general Juan Dozal**



**Gral. Felipe Angeles**



**Gral. Pedro Ojeda**





El general Salvador Alvarado y el general Hay, en la Batalla de Santa Rosa, Sonora, 1913



Fracción de la Primera Brigada de Infantería mandada por el Gral. Eugenio Martínez  
(montado, con uniforme blanco)





Los generales Hill, Diéguez y Obregón

## BATALLA DE SANTA ROSA

Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted, que el primero del presente se encontraba la columna de mi mando en la Estación Batamotal, llegando las avanzadas a Empalme, cuando me dieron parte de que tres buques se aproximaban a la bahía de Guaymas. Inmediatamente mandé al capitán Álvarez Gayou para que efectuara un reconocimiento, quien me informó que habían anclado en la bahía los cañoneros "Morelos" y "Guerrero" y el buque "General Pesqueira", perteneciente a la compañía naviera. Mandé exploradores para que me informaran el número aproximado de tropas que éstos traían; y por los datos que tuve, los buques desembarcaron alrededor de 1 500 hombres, siendo 300 de caballería y con dotación completa de artillería. Como los cañoneros podían muy bien bombardear Empalme, inmediatamente mandé que se retirara la avanzada que allí tenía, mandando sacar antes todas las locomotoras, para entorpecer los movimientos del enemigo; esto se hizo en la madrugada del día 2, ya cuando el "Guerrero" estaba fondeando frente a Empalme, con actitud amenazante. A las seis de la mañana empezó el bombardeo sobre la población, donde sólo había mujeres y niños, que, creyendo que nada tendrían que temer, se habían quedado, pues todos los hombres, con excepción de los extranjeros, huyeron ante la presencia de los federales. Poseídas del pánico más espantoso, las familias huían en todas direcciones, teniendo yo que destacar algunas de mis fuerzas para recogerlas y traerlas al campamento, cosa que se hizo en todo el día, y en trenes especiales fueron remitidas a esa capital.

Nuestra columna quedó acampada en Batamotal, pero como la columna enemiga se movilizó a Empalme, ordené la retirada inmediata a Estación Maytoarena; al notar esto el enemigo, avanzó a Batamotal y nuestra columna retrocedió a Ortiz; estos movimientos, que sólo tenían por objeto retirar a los federales de Guaymas, hicieron creer a los generales Gil y Medina Barrón que no nos atrevíamos a presentar combate y que continuarían su marcha sin



que nadie se atreviera a entorpecerla. El día 4 la columna enemiga avanzó hasta Maytorena, llegando sus avanzadas hasta Santa Rosa; como estos movimientos indicaban que continuarían su marcha el día 5, reuní a todos los jefes para acordar lo conveniente; todos estuvieron de acuerdo en que se le preparara una emboscada al enemigo en la hacienda de San Alejandro, donde de antemano había hecho un reconocimiento detenido del terreno acompañado del coronel Cabral. Usted estuvo en la junta y aprobó todos nuestros planes; esa misma noche se movilizó toda la columna, y antes del amanecer quedó tendida en dos alas paralelas, cubriendo el frente, de manera que el enemigo no pudiera escapar. Amaneció el día 5 y el enemigo no avanzó; el 6 y el 7 tampoco lo hizo, haciéndolo el 8, que destacó una columna como de 500 hombres, la que tomó posesión de Santa Rosa, después de tirotear al mayor Trujillo, que hacía servicio de exploración. Como habían transcurrido tres días, ya no era fácil que la columna enemiga cayera en la emboscada, pues en un periodo tan largo hubo que relevar varias veces la gente y estos movimientos podían habernos denunciado. Esto me hizo cambiar de plan: inmediatamente salí, acompañado del coronel Cabral, del jefe de mi Estado Mayor, Nicolás Díaz de León, del mayor Félix y del capitán Chaparro, haciendo un reconocimiento detenido hasta llegar a menos de un kilómetro de donde estaba el enemigo; tomamos una altura y desde allí pudimos darnos cuenta exacta de las posiciones que ocupaban; volvimos al campamento, donde mandé reunir a todos los jefes para acordar con ellos el ataque sobre Santa Rosa; en todo estuvieron de acuerdo, y el asalto quedó resuelto en la forma siguiente: por el frente, coronel Juan G. Cabral con las siguientes tropas: 4o. Batallón Irregular de Sonora, comandado por el mayor Francisco R. Manzo, con 21 oficiales y 200 de tropa: ex-Insurgentes y Guardias Nacionales del Estado, comandados por el mayor Francisco G. Manríquez, con 5 oficiales y 60 de tropa; fracción del 3er. Batallón de Sonora, comandado por el capitán primero Arnulfo R. Gómez con 4 oficiales y 100 de tropa.

Ayudante, capitán primero Luis Álvarez Gayou.

Teniente Francisco Arvizu.

Total: 3 jefes, 30 oficiales y 365 de tropa.

Por el flanco derecho: coronel M. M. Diéguez; ayudante, teniente Alejandro Quiroga, con los siguientes cuerpos: Voluntarios de Cananea: comandante, capitán primero Pablo Quiroga, con 14 oficia-

les y 150 de tropa; Voluntarios de Arizpe: comandante, mayor Francisco Contreras, con 14 oficiales y 200 de tropa; fracción del Cuerpo Auxiliar Federal: comandante, mayor Luis Bule, con el mayor Urbalejo, con 11 oficiales y 209 de tropa.

Total: 4 jefes, 41 oficiales y 559 de tropa.

Por el flanco izquierdo: coronel Ramón V. Sosa con sus ayudantes, capitanes primeros Miguel Piña, hijo, y Felipe Plank, con los siguientes cuerpos: fracciones del 48o. Cuerpo Rural y de Guardias Nacionales del Estado, comandadas por los mayores José M. Acosta y Jesús Gutiérrez, con 19 oficiales y 200 de tropa; fracciones del 47o. Cuerpo Rural y 5o. Batallón Irregular de Sonora, al mando del mayor Carlos Félix y capitán primero J. Gonzalo Escobar, con 8 oficiales y 235 individuos de tropa: fracciones de Voluntarios del Río de Sonora, de Guaymas y de Hermosillo, comandadas por el mayor Aurelio Amavisca, con 26 oficiales y 215 de tropa; Cuerpo de ex-Insurgentes, comandados por el mayor Jesús Trujillo, con 5 oficiales y 100 individuos de tropa, Batallón Fieles de Huirivis, al mando del capitán primero Lino Morales, con 22 oficiales y 300 individuos de tropa; Voluntarios de Mátape, al mando del capitán segundo Jesús Pesqueira, con 5 oficiales y 40 individuos de tropa.

Total: 6 jefes, 90 oficiales y 1 090 individuos de tropa.

La sección de artillería, compuesta de su comandante el capitán primero Maximiliano Kloss, con 5 oficiales y 40 artilleros, quedó dividida así: 2 ametralladoras Colt de 7 mm con el capitán primero Lino Morales; 2 con el capitán primero J. Gonzalo Escobar; 2 con el coronel Diéguez y el mayor Félix; 1 con el mayor Bule y 2 con el mayor Manzo; quedando en reserva 5 piezas iguales.

El asalto empezó a las 5 a.m. del día 9, iniciándolo las fuerzas del flanco derecho y las del frente y formalizándose momentos después hasta tomar el carácter más sangriento: los combatientes se mezclaban y combatían cuerpo a cuerpo; se hacían prisioneros, que eran atados de los brazos por no haber tiempo para más. El mayor Manzo se batía con arrojo; los mayores Bule y Urbalejo redujeron el círculo al enemigo, y al frente de sus fuerzas se batían como leones, a cuerpo descubierto. El mayor Contreras cubría la retaguardia de ellos y se mostraba impaciente por entrar en acción; el coronel Diéguez, con la serenidad que le caracteriza, hacía sus movimientos siempre oportunos y atrevidos. Las fuerzas del frente



ocasionaban al enemigo grandes pérdidas, logrando en el primer encuentro matarle un jefe, 5 oficiales y más de 50 de tropa y cogerle 40 prisioneros, que fueron hechos por las tropas del mayor Manzo. En los momentos en que el combate era más reñido, mandé al capitán Chaparro, de mi Estado Mayor, a transmitir una orden al mayor Manzo, cumpliendo con admirable valor su cometido, habiendo tenido que atravesar por entre los fuegos de los combatientes, y como se diera cuenta de que el enemigo acababa de hacer 2 prisioneros nuestros, avanzó con arrojo hasta quitarlos. Uno de ellos era el teniente Manuel Mendoza.

Por el flanco izquierdo se registraban también iguales actos de heroísmo; en los primeros momentos de combate fue muerto el mayor Gutiérrez y herido el capitán Escobar; estos acontecimientos, y muy especialmente la muerte del mayor Gutiérrez, jefe que siempre se distinguió por su valor y que era muy querido por todos, enardecieron más los ánimos de los mayores Acosta, Trujillo y Félix, quienes redoblaron sus esfuerzos hasta arrancar a los federales de las posiciones que ocupaban y reducirlos a las casas de Santa Rosa. La misma cosa pasaba en el flanco derecho, donde el mayor Bule, uno de los jefes más prestigiados de las fuerzas yaquis, acababa de caer muerto de un balazo en la cabeza.

El grueso de la columna enemiga estaba en Maytorena, y cuando recibió aviso de que había sido atacada la columna de la vanguardia, forzó la marcha y antes de las 8 a.m. ya se descubría una densa nube de polvo que denunciaba su avance. Poco a poco fue aproximándose, y cuando se hubo acercado lo bastante, pude ver que de la extrema vanguardia a la retaguardia, cubría una extensión de 78 postes de teléfono, dato que desde luego me reveló su magnitud. Se componía, según los datos recogidos de los prisioneros, de 1 500 hombres, entre artillería e infantes y 300 dragones, con 12 ametralladoras y 8 cañones de grueso calibre. Medina Barrón cometió la gran torpeza de hacer avanzar la caballería adelante, la que se componía de 300 dragones, que en el término de una hora habían quedado reducidos a 60 o 70 y que en la más completa dispersión salieron huyendo por distintos rumbos; algunos de ellos no se detuvieron hasta llegar a Guaymas. En seguida entró la infantería, y la artillería de grueso calibre abrió sus fuegos, secundándola las ametralladoras y fusilería. El combate se generalizó, pero nada hacía retroceder a nuestros soldados un solo paso, al contrario, avanzaban continuamente; al enemigo le fue imposible seguir avanzando y quedó formando un ángulo recto, desde las casas de Santa Rosa a la vía del ferrocarril y sobre ésta, en una extensión como de 1 kilómetro.

A las 11 a.m. llegó el coronel Alvarado con las siguientes fuerzas: Cuerpo Auxiliar Federal, 2a. Compañía Voluntarios Benito Juárez, Zaragoza de Bacerac, de Magdalena y de Pilaes de Nacozari, con 24 oficiales y 434 individuos de tropa, entrando desde luego en acción por el flanco derecho, que era el que más reñidamente disputaba el enemigo, donde fue siempre rechazado. El coronel Alvarado se batió con valor y acierto.

El coronel Sosa, que fue el primer jefe en Batamotal y que conservó siempre el contacto con el enemigo, desplegó gran actividad durante todos los días que duró el combate, no obstante estar muy delicado de salud. Desde que recibí el mando de la columna le manifesté mi deseo que fuera a Hermosillo a atender a su salud; pero él se negaba y me decía: "No me moveré de aquí antes de que se libre la batalla."

Desde el primer día se destacó la fuerza que mandaba el mayor Urbalejo a cubrir uno de los puntos más importantes, llamado Agua-jito, y los federales hicieron siempre verdaderos esfuerzos para apoderarse de dicho punto, siendo siempre rechazados por las fuerzas de Urbalejo. Las tropas se relevaban cuando se podía, y las que no recibían relevo permanecían en sus puestos sin decir una palabra. Así pasó todo el primer día y la noche: los federales haciendo esfuerzos por hacernos retroceder y los nuestros avanzando de una manera lenta, pero segura. En la mañana del día siguiente, los federales lograron tomar uno de los cerritos de la derecha y emplazaron en él una ametralladora, protegida por una batería de artillería de grueso calibre, emplazada como a 350 metros; el teniente Urias, del 4o. Batallón Irregular de Sonora, con 20 hombres de su cuerpo y 15 del coronel Diéguez se lanzó sobre aquella posición, que era una verdadera fortaleza; media hora después pudimos ver cómo se disputaban el cerro: nuestros soldados tenían la mitad y los federales la otra, registrándose verdaderos actos de temeridad, hasta lograr Urias desalojarlos por completo, haciéndoles algunos prisioneros y quedando en poder de él la importante posición; desde ese momento, la artillería de grueso calibre abrió sus fuegos sobre la citada loma, descargando como 70 granadas que, al explotar sobre ella, la cubrían de humo; los federales, que con este fuego creían haber acabado con los nuestros, lo suspendieron, y cuando se hubo disipado el polvo, con verdadera sorpresa pude ver que ninguno de nuestros soldados había abandonado su puesto y que continuaban haciendo un fuego terrible. Siguieron nuestras fuerzas ese día avanzando y mejorando sus posiciones, despreciando el fuego de artillería enemiga, que cada vez se hacía más nutrido. Esa noche



hicieron los federales tres asaltos simultáneos y los tres fueron rechazados, y cuando amaneció, ya estaban los federales reducidísimos; la artillería de grueso calibre casi había cesado de hacer fuego.

A las ocho de la mañana del día 11 se incorporó a este campamento el coronel Jesús Chávez Camacho, quien fue comisionado desde luego para municionar y organizar las fuerzas que del combate venían a tomar descanso y alimento, nombrando para que le ayudaran en el desempeño de esta comisión al capitán primero F.S. Betancourt, capitán primero Gerardo Ortiz, capitán segundo Rafael Durazo, subteniente Crisóforo García y Domingo Gutiérrez. El coronel Camacho cumplió con verdadero celo, pues su actividad estaba a la altura de las circunstancias.

En la tarde del mismo día 11 el parque empezó a escasear, y lo pedí a usted urgentemente. A las 4 p.m. acompañado de mi Estado Mayor hice un detenido reconocimiento de las posiciones que ocupaba el enemigo, de las ventajas que las nuestras ofrecían y pude ver cómo los federales ya no podían moverse; a esa misma hora el coronel Diéguez hizo un movimiento atrevidísimo, logrando llegar, al frente de una fracción de su cuerpo, a una distancia de 100 metros de la batería enemiga y, forzando el ataque enérgicamente, logró poner a los federales en condiciones mucho más difíciles. Quise destacar gente para que les cortara la retirada, pues era seguro que esa noche la intentarían, pero al hablar con el coronel Sosa me manifestó que tenía 600 hombres sin cartuchos, pues los 575 000 que me remitió usted en tren especial llegaron al amanecer, y a esto se debe que la columna Gil-Barrón no se hubiera acabado por completo.

La mañana del día 12 destacué al mayor Trujillo, con 150 caballos, sobre la columna enemiga, quien la siguió hasta Maytorena.

Desde luego se procedió a levantar el campo, habiéndose recogido 6 ametralladoras, 7 cofres con 2 500 cartuchos para las mismas, 91 cargadores, una caja de herramientas, 26 granadas de cañón, un armón, 7 cofres para granadas, 200 máusers, 30 000 cartuchos de 7 mm, 230 monturas, 40 caballos, 25 acémilas, 3 furgones con provisiones de boca, 3 carros de transporte, 2 teléfonos de campaña, un telémetro y multitud de objetos de uso personal de los jefes y oficiales federales, que abandonaron en su fuga.

Hemos incinerado hasta hoy 380 cadáveres y sepultado 84; total de muertos, 464, de los cuales corresponden a nuestras fuerzas 42, según pormenor adjunto, y quedando, en consecuencia como correspondientes al enemigo 422 muertos. El enemigo perdió también 180

individuos, que cayeron prisioneros en nuestras filas durante los tres días de combate. El número de dispersos no lo puedo precisar; pero debe de ser muy crecido, pues tengo conocimiento de que hasta en la sierra del Bacatete han recogido algunos los yaquis.

En resumen, el total de bajas por nuestra parte, fue de: 2 jefes, 7 oficiales y 33 de tropa muertos, y 10 oficiales y 79 de tropa heridos.

De los 422 muertos del enemigo, no fue posible hacer la identificación de los jefes y oficiales; pero por las insignias que portaban se reconocieron 5 jefes y más de 30 oficiales. Tengo datos precisos de que el general Medina Barrón salió gravemente herido, así como dos mayores médicos y algunos otros jefes y oficiales.

El mayor Urbalejo, que sucedió en el mando al mayor Bule, no regresó a este campamento hasta que la batalla se terminó; no habiéndose podido relevar en las posiciones que ocupaba, permaneció en ellas los tres días del combate, durante los cuales los federales estuvieron disputándoselas constantemente.

El capitán Arias fue destacado con 40 hombres de avanzada rumbo a La Pasión, y cuando se le ordenó incorporarse no fue encontrado por los que llevaron la orden; fue repetida, y tampoco fue encontrado esta segunda vez; se había creído que había abandonado su puesto; pero no fue así, pues había permanecido cuatro días sin comer, al cabo de los cuales se incorporó, dejando varios de sus soldados, que ya no pudieron dar paso de hambre, quienes en seguida fueron traídos y atendidos por el personal de las cruces Blanca y Roja. Estuvieron a punto de perecer todos, pero cumplían con su deber. Menciono estos dos hechos para que se forme una idea del comportamiento de nuestras tropas, que una vez más han demostrado su abnegación y patriotismo, sin que pueda hacerse mención de ninguno de los cuerpos o fracciones, pues todas, sin excepción, pudieron ponerse a la altura de la comisión que se les confiaba. Me siento orgulloso de comandar una columna como ésta. A los coroneles Cabral, Alvarado y Diéguez, Sosa y Camacho nada hubo que ordenarles; obraron con verdadera iniciativa y oportunidad. Los mayores Gutiérrez, Manzo, Acosta, Trujillo, Bule, Félix, Manríquez, Urbalejo, Contreras y Amavisca, estuvieron heroicos. La oficialidad toda estuvo con grandes bríos y entusiasmo, pudiéndose aún hacer mención de los siguientes: capitán primero de artillería Maximiliano Kloss; capitanes primeros Lucas Oros y Guadalupe Ramírez, de las fuerzas al mando del mayor Acosta; capitanes segundos, de las mismas fuerzas, Julio Montiel, Guillermo MacGregor y Feliciano Acosta; capitán primero Miguel Valenzuela y capitán segundo Agus-

tín Chávez, de las fuerzas del coronel Alvarado; capitán primero Pablo Quiroga, de los Voluntarios de Cananea, al mando del coronel Diéguez; teniente Enrique Urías, capitanes segundos Tiburcio Morales y Guillermo Palma, del 4o. Batallón Irregular de Sonora, al mando del mayor Manzo, y todos los oficiales del Batallón Fieles de Huírivis, que comanda el capitán primero Lino Morales.

Por separado tengo el honor de remitir a usted un cuadro en que figuran todas las unidades de esta columna que tomaron parte en el combate. En éste no figuran las columnas que se destacaron al Yaqui, y que actualmente se encuentran sitiando a Torin, por no haber creído necesaria su colaboración en la batalla.

En el cuadro a que hago referencia, figuran, marcados con una M., los que murieron en la batalla, y con una H., los que fueron heridos.

El personal de las cruces Blanca y Roja prestó muy importantes servicios, no obstante que los federales hacían fuego sobre dichas corporaciones siempre que se aproximaban a levantar heridos. El mayor médico Pedro Escobar prestó también importantes servicios, tanto en la atención de heridos como en el levantamiento del campo.

Me permito hacer a usted mención del mayor Nicolás Díaz de León, del capitán Benjamín Chaparro, del capitán segundo J. J. Méndez y del teniente Luis M. Anchondo, que pertenecen a mi Estado Mayor.

Al renovar a usted mis felicitaciones por este nuevo triunfo, hago a usted presente mi subordinación y atenta y distinguida consideración.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Campamento de San Alejandro, mayo 15 de 1913.

El coronel en jefe *Alvaro Obregón*.

Al C. Gobernador Interino, Ignacio L. Pesqueira. Hermosillo, Son.

Después de esta victoria, fui ascendido a general brigadier, por acuerdo del C. Primer Jefe del Ejército Constitucional, y, unos días más tarde, le fue conferido igual grado al coronel Salvador Alvarado, por el mismo Primer Jefe.

Más tarde me comunicó el gobernador del Estado, señor Ignacio L. Pesqueira, que el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, le había extendido despacho de general de brigada, con fecha 17 de mayo.



El gobernador Pesqueira hacía una activa labor para adquirir pertrechos y provisiones con que abastecer a nuestras tropas, aparte de la labor que desarrollaba como gobernador del Estado, y de la cual no hago mención alguna, por ser esta obra de carácter puramente militar.

Cuando logramos municionar a nuestras fuerzas y darles el necesario descanso, llegaron nuevos refuerzos de Guaymas, incorporándose con ellos el general de división Pedro Ojeda, quien, desde luego, asumió el mando de la división federal, reconcentrando las tropas que estaban en la región del Yaqui.

De esta manera, el efectivo del enemigo reconcentrado en Guaymas se elevaba ahora a 6 000 hombres, teniendo 16 cañones de grueso calibre y 20 ametralladoras.

Ojeda, desde que se incorporó y se enteró del desastre que en Santa Rosa había sufrido la columna al mando del general Gil, sumó la experiencia que le daba este fracaso con la que personalmente adquiriera en sus desastres en la frontera, y desde luego se dedicó a tomar toda clase de precauciones para preparar un avance seguro, aunque lento: mandó arreglar góndolas blindadas en los talleres de Empalme; hizo emplazar en plataformas, también blindadas, 2 cañones de 80 mm, y después de proveerse de todo lo que juzgó necesario para su éxito, emprendió el avance el día 29 del mismo mes, acampando en Batamotal, donde tomaron contacto nuestras vanguardias, ese mismo día.

El coronel Benjamín G. Hill había llegado, para entonces, a Estación Cruz de Piedra con su columna, reparando la vía hasta aquella estación, y se le comunicaron órdenes para que marchara a incorporarse a nuestro campamento en Estación Moreno a fin de que cooperara en las operaciones que tendrían que llevarse a cabo contra la columna de Ojeda.

El avance de Ojeda se continuó hasta Estación Ortiz, lugar donde se libró la batalla, consumándose en Santa María.

A continuación se inserta el parte oficial relativo a estas acciones, que tuvieron por resultado el más completo triunfo de nuestras armas; figuran también una fotografías de los pertrechos recogidos a Ojeda.

## SITIO DE ORTIZ Y BATALLA DE SANTA MARÍA

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que después de haber tomado el contacto con la columna del general Ojeda, el día 29 de mayo próximo pasado, en Batamotal, emprendí con la brigada de mi mando la contramarcha hacia el norte, dejando para que conservara el contacto con el enemigo, al coronel M. M. Diéguez, con instrucciones de hacer visibles sólo 300 hombres y de ir retirándose paulatinamente para atacar a las fuerzas de Ojeda. Con el grueso de la brigada continuaba yo retrocediendo, a una distancia cuando menos de 20 kilómetros del enemigo, con objeto de que nuestro efectivo y nuestro movimiento no fueran conocidos. Así continuamos replegándonos hasta Estación Ortiz, donde fue también reconcentrada la columna Diéguez; y al general Alvarado se le ordenó que tomara el contacto con el enemigo, retirando la columna Diéguez a Estación Tapia, y el resto de la brigada a Estación Moreno, adonde se ordenó la incorporación de la columna Hill, que se hallaba acampada en Cruz de Piedra.

Durante todo este tiempo, acompañado de mi Estado Mayor y del jefe que tenía tomado el contacto con las fuerzas enemigas, diariamente hacía yo reconocimientos de todos los movimientos de Ojeda, logrando, de esta manera, que no hiciera uno solo que no fuera conocido por mí. La columna enemiga se componía de 4 000 hombres, 10 cañones y 12 ametralladoras, y traía la formación siguiente: la extrema vanguardia, compuesta de 200 dragones, marchaba a un kilómetro de la vanguardia, que la formaba el llamado cuerpo Serranos de Juárez, en número aproximado de 600 hombres; los flanqueadores, marchando paralelos a la vía del ferrocarril, y a una distancia de 2 kilómetros de éste, se componían como de 200 dragones a cada lado; la vanguardia traía, durante el día, un tren blindado con una batería de 2 cañones de grueso calibre, 2 ametralladoras y un sostén de 200 infantes, apoyando sus flancos con dos pequeños grupos de caballería; a 4 kilómetros atrás estaba

el grueso de la columna, y a un kilómetro de ésta, la retaguardia. Su marcha la hacían como sigue: a las seis de la mañana avanzaba el mencionado tren blindado hasta la vanguardia, abriendo sus fuegos los cañones de grueso calibre sobre todos los lugares que creían ocupados por tropas nuestras. Después de un fuego de dos horas, hacían avanzar su caballería, y ésta efectuaba una minuciosa exploración, y un cuerpo de zapadores emprendía un detenido reconocimiento sobre la vía, avanzando entonces la vanguardia y los flanqueadores; después de ocupar las principales posiciones hasta el sitio explorado por la caballería y de construir "loberas" en las partes donde no se contaba con una fortificación natural, el grueso de la columna seguía este movimiento. A las seis de la tarde el tren blindado y la mayor parte de la caballería volvía al campamento, quedando únicamente un reducido número de caballería como extrema avanzada, y cubriendo la vanguardia la infantería, que durante el día se había ocupado en tomar posiciones. Por la noche, en todos los cerros que ocupaban encendían grandes fogatas.

Así marcharon hasta Estación Ortiz, variando su avance diario según las facilidades que les ofrecía el terreno. En Ortiz suspendieron su marcha, y viendo que no podíamos alejarnos más de su centro de operaciones (Guaymas), y estudiado que hube el plan que podía ponernos en condiciones de destruirlos, sin que pudieran ellos causarnos daños, reuní a todos los jefes de la brigada y, de todos, mereció la aprobación, habiendo procedido desde luego a dar las siguientes órdenes para llevarlo a cabo:

El coronel Chávez Camacho marcharía a Cruz de Piedra a hacerse cargo de aquella guarnición y proporcionarse los elementos para aprovisionar las fuerzas que deberían sostener el sitio por la retaguardia; el general Alvarado, con su columna, marcharía el día 16, siguiendo como ruta El Represo, El Saucito, La Puente, debiendo tomar posesión de El Aguajito al amanecer del 19; el coronel Ochoa, con la columna de su mando, seguiría la misma ruta que el general Alvarado, hasta La Puente, de donde la dejaría, para tomar posesión del Chinal al amanecer del mismo día 19; el mayor Méndez marcharía con sus tropas a cortar las comunicaciones entre Tres Gitos y Batamotal, de manera que amanecieran destruidas el 19, con orden de incorporarse en seguida a Santa María; el coronel Diéguez con su columna que quedaría en Estación Tapia, de donde avanzaría la tarde del 18, y en combinación con las fuerzas del coronel Hill, simularía un ataque por el flanco, al enemigo; el coronel Hill, después de simulado el referido ataque, contramarcharía a Tapia, y ya entrada la noche, emprendería la marcha, formando un

semicírculo, hasta llegar al *switch* Anita, desde donde, al amanecer, empezaría a destruir las vías del ferrocarril y telégrafo hacia el sur y se acamparía con su columna en Santa María; la artillería, al mando de su comandante Kloss, quedaría así: 4 ametralladoras con la columna Ochoa, 3 con la columna Alvarado, 2 con la columna Diéguez y 5 en reserva, en Estación Moreno. Yo, acompañado del coronel Hill, mi Estado Mayor y la escolta al mando del capitán Juan Cruz, establecería, el mismo día 10, el Cuartel General en Chinal. Todas las marchas deberían hacerse siempre de noche, ocultándose las columnas durante el día, para que no fueran conocidos nuestros movimientos por el enemigo.

A las 4 a.m. del día 19, y cuando con la vanguardia de la columna Ochoa llegaba yo a la ciudad, se oían las explosiones de la dinamita conque el coronel Hill destruía la vía; a esa misma hora, el general Alvarado tomaba posesión de El Aguajito, y el intrépido mayor Méndez, acompañado del jefe yaqui Mori, después de interrumpir las comunicaciones entre Batamotal y Tres Gitos, como lo había ordenado, y obrando a su propia iniciativa, atacaba y destruía la guarnición federal de Maytorena, tomando posesión de esta estación e incorporándose a la columna del coronel Hill en Santa María. Así quedó establecido el sitio de Ortiz, sin que el general Ojeda pudiera siquiera darse cuenta de las posiciones que ocupábamos, y en dónde se encontraban nuestras columnas.

El mismo día 19, a las 10 a.m., Ojeda intentó reparar la vía, haciendo avanzar un tren de reparaciones, protegido por un tren blindado que llevaba 2 cañones y 200 soldados, apoyando sus flancos por dos columnas de dragones en número aproximado de 300. Este convoy volvió el día 20 a continuar la reparación y fue rechazado por las fuerzas del general Alvarado, que ya habían tomado posiciones frente a Santa Rosa. Devuelto el tren hasta frente a San Alejandro, intentaron los federales apoderarse de El Chinal, haciendo venir de Ortiz otro tren con número de fuerzas aproximadamente de 600 hombres, resultando todos sus esfuerzos inútiles, por haber sido vigorosamente rechazados por las fuerzas del coronel Ochoa, que habían tomado las posiciones del frente, compuestas del 4o. Batallón, Cuerpo de Voluntarios de Altar, 31o. Cuerpo Rural, fuerzas del capitán Beltrán, 47o. Cuerpo Rural y una sección de ametralladoras mandada por el mayor Kloss.

En los mismos momentos, parte de las fuerzas del mayor Méndez, al mando del capitán primero Eleazar Amavisca, que había quedado de destacamento en Maytorena, sorprendió a una fuerza federal que venía del lado de Empalme, derrotándola completa-

mente y haciéndole 2 muertos y 17 prisioneros con armas y municiones, sin que los nuestros sufrieran ninguna baja.

En la noche del mismo día 20, cuando se relevaban las tropas que cubrían las alturas, fueron designados para cubrir el cerro del Chinal, al pie del cual estaba acampada la columna Ochoa, dos oficiales del Cuerpo de Voluntarios del distrito de Arizpe, con 100 hombres del mismo cuerpo, los que faltaron a las órdenes recibidas: no lo cubrieron, y al ser notado esto por los federales, destacaron una fracción que se apoderó de él, a las 9:30 p.m., abriendo sus fuegos sobre el campamento de Ochoa. Inmediatamente ordené a dicho coronel se retirara con su columna al Aguajito, sin contestar el fuego a los federales, para evitar que se fuera a empeñar un combate que nos apartara del plan general que se había adoptado, orden que fue cumplida esa misma noche.

El día 21 quedó establecido el cuartel general en El Aguajito, y se daba descanso a la columna Ochoa, para relevar con ella a las fuerzas del general Alvarado, que habían estado rechazando constantemente a los federales, que intentaban apoderarse de las lomas de San Alejandro.

Durante el día 22, el enemigo siguió siendo rechazado, y por la tarde emprendió un ataque sobre las posiciones que tenía tomadas el coronel Diéguez, con su columna, entre Tapia y Ortiz, y fue duramente repelido, obligándolo a replegarse nuevamente a esta última estación.

El día 24 continuaron los federales en sus esfuerzos por romper el sitio, intentando, por la noche, apoderarse del cerro que está al poniente de la loma de San Alejandro, posición ocupada por las fuerzas del mayor Amavisca, habiendo sido rechazados los federales con algunas pérdidas, entre ellas el capitán que los comandaba, que quedó muerto frente a dicha posición. Este último día se acordó dejar en descanso una parte de la columna del general Alvarado, para que estuviera lista y pudiera reforzar, sin pérdida de tiempo, el lugar por donde los federales intentarían romper el sitio, siendo designados para el caso, el Cuerpo Auxiliar Federal, que comandaba el teniente coronel Urbalejo; Voluntarios del Río de Sonora, comandados por el mayor Aurelio Amavisca; Voluntarios de Guaymas, Voluntarios de Zaragoza, 40 hombres de la Compañía Benito Juárez y 40 hombres de la Guardia Especial.

El teniente coronel Urbalejo y el mayor Lino Morales, distinguiéndose siempre en los ataques que los federales emprendían contra sus posiciones, no sólo los rechazaban, sino que los hostili-

zaban hasta arrancarlos algunas veces de las ocupadas por ellos, haciéndolos retroceder hasta la casa de San Alejandro.

El 24, el enemigo se retiró de frente a nuestras posiciones, empezando a reconcentrarse en Ortiz, sin que la noche de ese día ocurriera nada notable, salvo la destrucción que hicieron los federales de dos grandes puentes entre dicha estación y Tapia.

El 25, como a las siete de la mañana, el capitán Beltrán, que ocupaba los cerros más elevados, frente a San Alejandro, rindió parte de que el enemigo emprendía su marcha por el valle, al oriente de la vía del ferrocarril. Inmediatamente salí a hacer un reconocimiento, acompañado del general Alvarado y algunos oficiales de Estado Mayor, habiendo ascendido al cerro frente al Aguajito, estando en observación hasta que nos cercioramos plenamente de que era el total de las fuerzas de Ojeda, que marchaban con rumbo a Santa María, seguramente intentando apoderarse de esta hacienda. Desde luego lo comuniqué, con extraordinario, al coronel Hill, ordenándole que alistara todos sus elementos; al coronel Diéguez comuniqué instrucciones de que avanzara con su gente a ocupar la Estación Ortiz, lo que ya este jefe había procedido a hacer, desde el momento que notó el movimiento de la retirada de los federales, procediendo también, con la hábil y activa gestión del mayor J. L. Gutiérrez, jefe de trenes, a reparar la vía del ferrocarril. Ordené también al general Alvarado marchara violentamente a reforzar a Hill con las fuerzas que estaban en descanso, y que ascendían a 650 hombres, para que resistieran al enemigo, mientras se reconcentraba el resto de la columna Alvarado y las fuerzas del coronel Ochoa, que estaban en servicio, para atacar con ellas a la columna federal por la retaguardia.

A las 12:30 p.m., y cuando las fuerzas del general Alvarado llegaban a Santa María, ya las tropas del coronel Hill se batían con el enemigo, que hacía esfuerzos inauditos por apoderarse del agua de que se abastece esa hacienda. El general Alvarado empezó a dictar órdenes, distribuyendo las fuerzas en la forma siguiente: por el centro, 1a. y 3a. compañías del Cuerpo Auxiliar Federal y 40 hombres de los Voluntarios Benito Juárez; a la derecha, fuerzas del teniente coronel Trujillo, del mayor Rivera Domínguez y la 4a. compañía del Cuerpo Auxiliar Federal; a la izquierda, 2a. compañía del Cuerpo Auxiliar Federal, cuerpos de Voluntarios del Río de Sonora, de Guaymas y de Zaragoza, y fuerzas del mayor Méndez, y sostén y reserva, fuerzas del mayor Belisario García y del capitán Francisco D. Quiroz. A las 2:30 el combate se había generalizado ya. Los fuegos de la artillería y fusilería del enemigo eran nutridísi-

mos, pues cada vez procuraban dar mayor vigor a sus ataques, con la esperanza de desalojar a los nuestros y apoderarse del agua, elemento del que carecían. El primer ataque lo dieron sobre nuestras posiciones del centro, siendo rechazados; cargaron entonces sobre nuestra ala derecha, intentando abrirse paso por allí; pero el teniente coronel Trujillo, después de algunos esfuerzos, logró rechazarlos también. En el curso de la tarde continuaron haciendo intentos de apoderarse de algunas de nuestras posiciones, siempre con el mismo resultado de verse obligados a replegarse.

A las 4 p.m., había logrado ya reunir en El Aguajito las fuerzas del coronel Ochoa, y ordené a este jefe emprendiera la marcha hacia la vía del ferrocarril, para atacar al enemigo por su flanco derecho, pues el ataque por la retaguardia era peligroso, por la formación que llevaba la columna federal, cuya retaguardia se extendía más arriba de Santa Rosa, y abandonando nuestras tropas su ala derecha, los ponía en condiciones de apoderarse de las aguas de El Aguajito y entrar por el cañón de Santa Úrsula.

Llegaban ya las fuerzas del coronel Ochoa a la vía del ferrocarril, y como los ataques de los ferrocarriles continuaban por el frente, ordené a este jefe marchara con 400 hombres y 4 ametralladoras a reforzar al general Alvarado, con objeto de que éste pudiera disponer de los elementos suficientes para cubrir mejor nuestra ala derecha, al oriente de Santa María, por donde pudieran tener éxito los intentos del enemigo por escaparse. El coronel Ochoa emprendió la marcha a las 5:30 p.m.

A las seis de la tarde, y cuando había ordenado ya el ataque sobre el flanco derecho del enemigo, éste comenzó a movilizar parte de su columna hacia Santa Rosa y a bombardear los cerros del Aguajito y los que quedan a la entrada del cañón de Santa Úrsula, movimiento que me confirmaba en la idea de que trataban de apoderarse de dichas aguas.

Con extraordinario, ordené al coronel Diéguez, que se encontraba ya ocupando la Estación Ortiz, hiciera avanzar una fracción de su columna a cubrir las aguas de San Alejandro. Al teniente coronel Félix ordené que con el resto de la columna de Ochoa cubriera la cordillera desde el cerro de Maytorena hasta la entrada del cañón de Santa Úrsula, regresándome al Aguajito, donde reuní las fuerzas que allí habían quedado, y con ellas cubrí los cerros que dan entrada a dicho aguaje, habiendo tenido que cubrir personalmente una de las posiciones con mi Estado Mayor y escolta del Cuartel General; ordenándole al capitán Malo que emplazara sus ametralladoras frente a la casa de Santa Rosa, adonde habían empezado a llegar los

federales, como a las 8 p.m. Una hora después, recibí un recado del general Alvarado, diciéndome que creía conveniente el ataque por la retaguardia, y contesté explicándole los motivos que había observado y los que había yo ordenado.

Entretanto, los federales habían seguido haciendo esfuerzos por apoderarse de Santa María, habiendo dado un rudo ataque sobre nuestro centro y ala izquierda, siendo vigorosamente rechazados con algunas pérdidas, hasta verse obligados a replegarse, perseguidos por la 2a. compañía del Cuerpo Auxiliar Federal y los cuerpos de Voluntarios del Río de Sonora, de Guaymas y Zaragoza, que después de precipitarse sobre el frente del flanco derecho del enemigo, lograron desalojarlo de sus posiciones, que ocuparon inmediatamente los nuestros.

Los asaltos de los federales sobre nuestras posiciones de Santa María continuaron hasta la 1 a.m. del 26, escuchándose ya sólo disparos aislados.

A esa misma hora recibí un nuevo recado del general Alvarado, en que suplicaba se le enviaran fuerzas a reforzarlo, y le contesté que desde las 5:30 había salido el coronel Ochoa con ametralladoras y 400 hombres y que de las demás tropas no podía disponerse, porque ocupaban puntos muy importantes.

A las 3 a.m. ordené que todas las fuerzas que cubrían las posiciones del Aguajito hasta Maytorena, avanzaran simultáneamente hacia la vía, movimiento que tardó en llevarse a cabo dos horas y media. Al efectuarlo, las fuerzas del teniente coronel Félix hicieron 13 prisioneros y éstos declararon que la mayor parte de los federales habían escapado durante la madrugada, por el oriente de Santa María. Momentos después, recibí parte del general Alvarado, que confirmaba esta noticia, y comunicándome también que el coronel Ochoa no había cumplido con mi orden de incorporarsele, ni con las repetidas que le había dado él, resultando, como consecuencia, que se escapara una gran parte de la columna federal. Inmediatamente emprendí la marcha rumbo a Batamotal, con todas las tropas que estaban sobre la vía del ferrocarril, para ver si era posible cortar la retirada a las fracciones federales que huían rumbo a Guaymas, llegando hasta Tres Gitos a las diez de la mañana, donde tuve conocimiento de que el general Alvarado, obrando con toda actividad, había reunido las fuerzas de caballería del teniente coronel Trujillo y del mayor Antúnez y emprendido una batida con rumbo a Cruz de Piedra. En El Aguila ordenó que las fuerzas que llevaba se dividieran en pequeñas fracciones para que recorrieran el valle. A esa hora se hallaba ya en El Aguila el capitán



primero Antonio A. Galaz, que había estado en Cruz de Piedra y que tenía recogidos ya algunos prisioneros.

De Tres Gitos me regresé a Santa María, con mi Estado Mayor, ordenando a las fuerzas que había llevado continuaran su marcha hasta acamparse en La Calera, con el fin de ir aproximando nuestra tropas a Guaymas.

Llegado que hube a Santa María, tuve conocimiento de que el teniente Jesús Ochoa, a quien desde el amanecer del día 26 había destacado el coronel Ochoa con 20 hombres rumbo al oriente, había aprehendido al coronel federal Francisco Criapa, en San Antonio de Arriba; jefe que fue conducido por el coronel Hay a Santa María y ejecutado a las 5 p.m. del mismo día.

A las 7 p. m. se incorporó al campamento de Santa María el general Alvarado, dando parte de que en la persecución que emprendió sobre el enemigo, había logrado hacerle 270 prisioneros, aparte de 125 que había hecho el coronel Jesús Chávez Camacho en Cruz de Piedra, y de multitud de mujeres y niños que también fueron recogidos por nuestras tropas. Entre los prisioneros hechos por el general Alvarado, y los del coronel Chávez Camacho, figuran 12 oficiales que fueron pasados por las armas inmediatamente después de ser aprehendidos.

El jefe yaqui Sibalaume, con sus fuerzas, se encargaba de aprehender a los federales que huían rumbo a la sierra, habiendo hecho alrededor de 80 prisioneros.

Entretanto, las fuerzas que habían quedado en Santa María habían recogido 243 prisioneros, entre los cuales se hallaba un mayor herido, que poco después falleció en nuestro hospital.

En la tarde del mismo día 26, hice un reconocimiento del campo abandonado por los federales, encontrando gran número de muertos, entre los que estaban los cadáveres de dos coroneles, uno de los cuales era López; cañones, ametralladoras, carros cargados con parque e impedimenta; un automóvil y multitud de objetos abandonados por el enemigo en su huida. Ordené desde luego al coronel Hill nombrara al mayor Rivera Domínguez para que cuidara del campo y al teniente coronel médico P. D. Escobar, en combinación con Rivera Domínguez, que procediera desde luego a levantarlo, incinerando los cadáveres y trasladando el botín de guerra a Estación Maytorena, para ser embarcados por ferrocarril a Hermosillo.

El coronel Diéguez, en San Alejandro, había hecho algunos prisioneros, entre ellos un pagador, que entregó la suma de ocho mil pesos, y un oficial, que fue ejecutado desde luego.

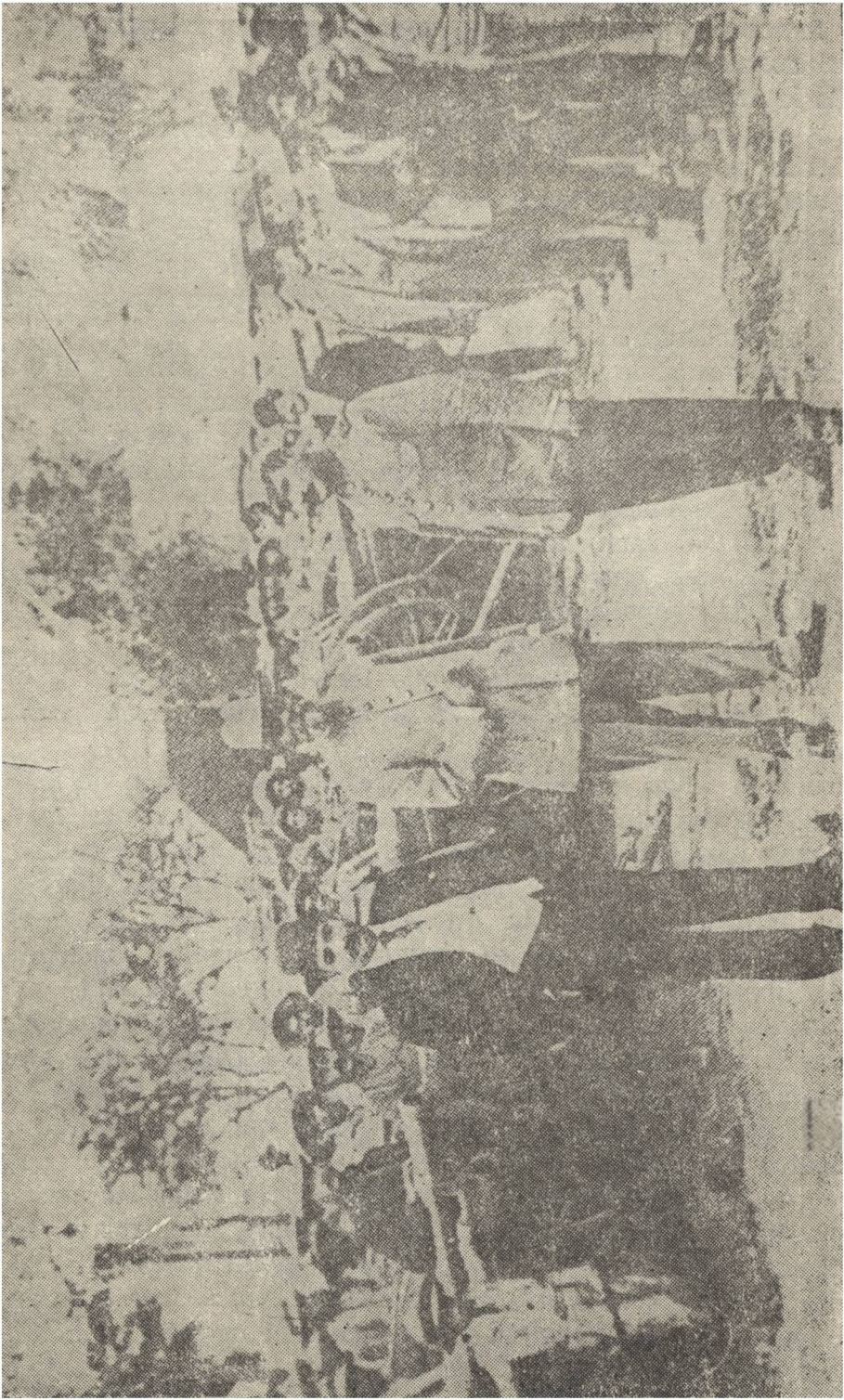
Al mismo jefe Diéguez libré orden para que avanzara por la vía del ferrocarril rumbo al sur, dejando algunas fuerzas para que continuaran la reparación de la vía.

En la mañana del 27, el Cuerpo de Voluntarios de Cananea y las 3a. y 4a. compañías de los Voluntarios de Cananea, eficazmente dirigidos por el jefe de trenes, mayor Gutiérrez, terminaban la reparación del ferrocarril hasta Estación Maytoarena, donde se acampó la columna del coronel Diéguez, hasta las 8 a.m., en que llegué a dicha estación y ordené al citado jefe que comenzara a movilizar sus tropas rumbo al sur, y se acampara con su columna en la hacienda de El Pardo.

Esa misma tarde, el teniente coronel médico Escobar y el mayor Rivera Domínguez terminaban de levantar el campo, dando cuenta, el primero, de que habían sido incinerados 300 muertos, incluyendo algunos jefes y oficiales; y el segundo, de que se habían recogido del enemigo: 9 cañones, con 2 000 proyectiles; 530 rifles; 5 ametralladoras; 190 000 cartuchos; 25 carros de transporte, cargados con objetos diversos, entre ellos 4 cajas de fierro, máquinas de escribir, teléfonos de campaña, anteojos, equipajes de jefes y oficiales y gran número de artículos de menor significación.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar 2 oficiales y 25 de tropa muertos, y 2 oficiales y 28 de tropa heridos, según pormenor adjunto.

También tengo el honor de acompañar una relación de los jefes y oficiales que tomaron parte en estos hechos de armas, que una vez más han cubierto de gloria al Ejército Constitucionalista, y con orgullo hago constar que, a excepción de los que dieron una nota discordante, como ha quedado relatado, todas las unidades que componen la brigada se portaron heroicamente, haciendo especial mención del general Alvarado y el coronel Hill, quienes fueron los que rechazaron al enemigo, obligándolo a abandonar su artillería y demás impedimenta; el coronel Diéguez que mostró, como siempre, durante todos los días del sitio, gran acierto en sus disposiciones; el teniente coronel Trujillo, que supo batirse como valiente; el teniente coronel Acosta, que desafiando el nutrido fuego de los federales en El Chinal, ocurrió a todas las posiciones ocupadas por nuestras tropas hacia el oriente, mientras el coronel Ochoa, con igual arrojo, concentraba la gente que cubría las del norte, para emprender con ella la marcha que se había ordenado; el teniente coronel Urbalejo que como sabe hacerlo, se batió con todo valor en las posiciones frente a San Alejandro y los diversos ataques que dieron los federales a Santa María; el mayor Manzo



que con la bravura que acostumbra, rechazó a los federales cuando intentaron apoderarse de las posiciones que ocupaba enfrente de San Alejandro el 4o. Batallón de su mando; el mayor Rivera Domínguez que se batió bizarramente; el mayor Fructuoso Méndez que, como ha quedado dicho, supo obrar siempre con toda intrepidez; los mayores Lino Morales, Antúnez y García; el capitán Félix F. Romero y el subteniente Andasola, de la columna Alvarado; los ayudantes de este general, capitanes Enríquez, Moreno y Gaitán; los capitanes Bustillos, Quiroz, Buelna y García, de la columna Hill; el teniente Quiroga, ayudante del coronel Diéguez.

El telegrafista del campamento, señor Angel M. Pérez, prestó muy importantes servicios, al igual que el mayor Gutiérrez, jefe de trenes, cuya actividad es bien conocida.

También me permito hacer especial mención de los servicios prestados por el coronel Hay que, con toda eficacia, colaboró en los movimientos que se llevaron a cabo, así como del mayor médico Carlos Hidalgo y Terán, quien empeñosamente impartió valiosas atenciones a los heridos; y del teniente coronel Nicolás Díaz de León, jefe de mi Estado Mayor, y del cuerpo de oficiales del mismo, compuesto por los capitanes Francisco R. Serrano, Benjamín M. Chaparro, capitán segundo José Méndez, y tenientes Bernardo Félix, Aarón Sáenz y Lorenzo Muñoz, que estuvieron incansables en el cumplimiento de su deber.

Al enviar a usted mi calurosa felicitación por esta nueva victoria obtenida, reitero a usted las seguridades de mi subordinación y respeto.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Campamento Maytoarena, a 13 de junio de 1913.

El general en jefe *Alvaro Obregón*.

Al C. general don Ignacio Pesqueira, Gobernador Interino del Estado. Hermosillo.

El desastre causado a Ojeda fue tan completo, que desde luego consideré que la toma de Guaymas sería sumamente fácil si podíamos iniciar el ataque sobre aquella plaza esa misma noche; y a este fin, llamé a los principales jefes para preguntarles el estado en que se encontraban sus fuerzas, y si podríamos continuar el avance para emprender el ataque sobre Guaymas; pero los jefes me manifestaron que las tropas estaban muy agotadas por las continuas fatigas que tuvieron que sufrir durante el sitio y última batalla de Santa María; por lo que entonces encontré preferible tomar algunas precauciones



y acabar de levantar el campo para, después, hacer un avance menos precipitado y atacar aquel puerto; ordenando que suspendiera su avance la columna del coronel Ochoa, que ya lo había iniciado sobre Guaymas, sin orden de mi cuartel general; pues el coronel Ochoa, faltando a las disposiciones que se le habían comunicado, no tomó parte en la batalla de Santa María y, cuando en la mañana se enteró del desastre de la columna Ojeda, emprendió el avance con dirección a Guaymas, con su sola brigada, sin esperar órdenes de mi cuartel general, y sin que yo supiera qué intención animaba aquel movimiento.

Creo que hubo un error de parte mía con no haber hecho avanzar cualquier número de fuerzas sobre Guaymas, aprovechando el pánico que se había apoderado de la guarnición al conocer el desastre de Ojeda, que les iba siendo confirmado con colores más o menos vivos por cada grupo de dispersos que, muriendo de hambre, de sed y de fatiga, llegaban a la plaza.

El día 27 de junio se inició la movilización de tropas sobre Guaymas, y el 28 empezamos a establecer el sitio de aquel puerto.

Nos encontrábamos en estas operaciones cuando recibí, en Estación Moreno, una carta firmada por el teniente coronel Eleazar C. Muñoz, jefe del 10o., y perteneciente al ejército federal, con quien había cultivado yo muy buenas relaciones durante el tiempo que milité incorporado a la columna que comandaba el general Sanginés primero, y el general Miguel Gil después. En esa carta me decía estar autorizado por el general en jefe, Pedro Ojeda, para entrar en proposiciones conmigo y ofrecerme el reconocimiento de mi grado y algunas otras concesiones, si yo estaba dispuesto a dejar la revolución para incorporarme al ejército federal.

Mi contestación al teniente coronel Muñoz fue la siguiente:

Campamento Constitucionalista en Estación Maytorena. Julio 10 de 1913. Señor teniente coronel Eleazar C. Muñoz. Campamento Federal. Muy señor mio: He quedado impuesto de su nota que dice: "Autorizado por el señor general en jefe hago esta proposición: Véngase usted con su gente a nuestro lado y le será reconocido su grado de general, teniendo a su mando la gente que a su grado corresponde, en la inteligencia que, para mayor seguridad, puede conferenciar con el mencionado general en jefe a la hora que usted lo indique." No será quien milite en defensa de un Gobierno criminal quien ha estado dispuesto a sacrificar su vida defendiendo la dignidad nacional; pero si por una monstruosidad me arrastrara a tal degradación, no me pondría bajo las órdenes de

un hombre que, sin ningunos conocimientos militares, ha llevado siempre a sus tropas al desastre y a la vergüenza, para dejarlas luego abandonadas a la hora del peligro y a quien sólo conozco por la espalda, pues dondequiera lo he vencido, y tengo la seguridad de vencerlo. Réstame sólo significarle mi pena porque usted, a quien aprecio, milite en un ejército que, por pundonor nacional, no debía existir ya. Lo saludo atentamente. General *Alvaro Obregón*.

El sitio al puerto de Guaymas quedó establecido y fue haciéndose más efectivo día a día, como se verá por el siguiente parte oficial que se inserta, relativo a las primeras fases de ese sitio.



## SOBRE EL SITIO DE GUAYMAS

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que el día 27 de junio, después de librar las órdenes correspondientes para que se terminara de levantar el campo en Santa María, y con el objeto de ir acercando nuestros elementos a Guaymas, salí con mi Estado Mayor, la escolta del Cuartel General y una fracción de caballería de la columna Hill, de Santa María para Tres Gitos, pasándome a Batamotal, de donde destaqué la citada fracción a Empalme, que acababa de ser evacuada por el enemigo, y con mi Estado Mayor y la escolta, salí a las 3:30 p.m. para San José de Guaymas, llegando a este pueblo a las cinco de ese día.

La fracción de caballería, destacada a Empalme, recogió 18 soldados federales que habían quedado dispersos, haciéndolos prisioneros, y algunos objetos abandonados por el enemigo en su reconcentración a Guaymas.

En San José de Guaymas hallé una avanzada de las fuerzas del teniente coronel Trujillo, al mando del capitán primero Antonio Loustaunau, a quien ordené procediera desde luego a ocupar con 25 hombres el cerro que queda frente a San José y que se conoce por el antiguo Vigía. La ocupación se llevó a cabo a las 2 a.m. del 28, haciéndosele al enemigo 4 muertos y 12 prisioneros con armas y municiones, sin lamentar por nuestra parte ninguna baja.

Entretanto, hice avanzar nuestras fuerzas, que habían quedado extendidas desde Maytorena a Batamotal y La Calera, y a las doce de la noche se incorporaban a la hacienda de El Pardo la columna Ochoa y parte de la del coronel Diéguez, llegando poco después a San José de Guaymas el general Alvarado con parte de sus fuerzas.

Al amanecer del 28, ordené que marcharan dos compañías del 4o. Batallón a cubrir el cerro, que por la noche había ocupado el capitán Loustaunau, al mismo tiempo que pasé con mi Estado Mayor a la cumbre de dicho cerro para observar desde allí las posiciones del enemigo. Pareciéndome de importancia la ocupación de otro cerro (el de las Batuecas), que queda a la izquierda del



primero, destacué al mayor Fructuoso Méndez con 150 hombres de su fuerza a ocuparlo, y tomó posesión de él a las 7 p.m., hora en que el enemigo destacaba algunas fuerzas para cubrirlo y las cuales fueron obligadas a replegarse.

El día 29 marché con algunos miembros de mi Estado Mayor al cerro ocupado por Méndez, con objeto de hacer un detenido reconocimiento de las posiciones del enemigo. A mi llegada a las posiciones de Méndez se entabló un reñido tiroteo; y aunque los federales abrieron y sostuvieron por algún tiempo nutrido fuego de fusilería, ametralladoras y artillería de grueso calibre de mar y tierra, pude apreciar como a las 12 a.m. que los nuestros, con facilidad, hacían replegarse a los contrarios. No obstante, ordené al mayor Méndez suspendiera su avance por ese lado y se mantuviera conservando sus posiciones con el menor gasto posible de parque; pues deseaba antes reconocer minuciosamente las posiciones del flanco izquierdo del enemigo, para combinar el avance simultáneo, reconocimiento que me proponía efectuar al día siguiente; pero a las 6 p.m., que regresé al campamento de San José de Guaymas, caí en cama víctima de insolación y me fue imposible ya salir al campo de operaciones por algunos días.

Al dejar la cama tuve el honor de rendir a usted, el informe siguiente:

“Ciudadano Gobernador Interino del Estado, general don Ignacio L. Pesqueira. Hónrome en dar a usted el siguiente informe respecto del puerto de Guaymas: El día 27 de junio a las 5 p.m., acompañado de mi Estado Mayor y escolta del Cuartel General, llegué a este pueblo, donde encontré una avanzada de 50 dragones de nuestras fuerzas al mando del capitán Antonio Loustaunau, ordenando que inmediatamente dicho capitán ocupara el cerro más grande que queda frente a este mismo pueblo, importante posición que nos pondría en condiciones de hacer reconocimientos de las posiciones enemigas. El cerro fue tomado a las 2 a.m., del 28, haciendo al enemigo algunas bajas y prisioneros. El mismo día 28, seguido de mi Estado Mayor subí al cerro citado y pude ver la necesidad de ocupar otro que está al sureste de éste, frente a las Batuecas, y destacué al mayor Fructuoso Méndez, que lo ocupó a las 7 p.m. Al día siguiente me trasladé acompañado de mi Estado Mayor a dicho cerro, desde donde pude hacer minuciosos reconocimientos de todas las fortificaciones de los federales, habiéndonos batido con su artillería, sin causarnos daños, el vapor “Tampico”. Ese día, al regresar al campamento, caí en cama víctima de una insola-

ción que me tuvo postrado cinco días, durante los cuales, por el Oeste operaban, en combinación, los coroneles Diéguez y Ochoa, a quienes al caer en cama, di órdenes de operar por aquel lado, a su propia iniciativa, para reducir al enemigo, estrechando el sitio que nos proponíamos cerrar; cosa que se hizo sin tener que llevar a cabo ningún combate formal, pues sólo se registraron ligeros tiroteos; y el sitio quedó establecido desde el día 3 del actual, habiendo quitado al enemigo las aguas de donde se abastece la población: la de San Germán, la de las Batuecas y la de Bacochibampo que aunque no está en nuestro poder, nuestros fuegos impiden que se surtan de allí los federales.

Desde entonces, he dado orden de que se conserven nuestras posiciones sin intentar ningún avance, hasta tener estudiado debidamente el ataque general que, con los últimos reconocimientos que he hecho y con los datos tomados del general Alvarado, quien con su Estado Mayor ha hecho también detenidos reconocimientos sobre las posiciones enemigas, creo tener bases para estudiarlo y fundar mi opinión, que es la siguiente: El combate duraría cinco días con un gasto probable de 1 000 000 de cartuchos y bajas en nuestras filas no menor de 200 hombres, sin que pudiéramos rendir ni hacer prisionera la guarnición de Guaymas, porque tiene todo lo necesario para embarcarse en caso dado; tampoco podríamos recoger municiones al enemigo, por el mismo motivo. Como el efectivo del enemigo se compone de 2 000 hombres bien atrincherados, y 3 buques de guerra, con un total de 30 cañones y cerca de 3 000 unidades de combate, el éxito no es completamente seguro, aunque, dado el ánimo de nuestra tropa, podríamos contar con un noventa por ciento de probabilidades de que la plaza cayera en nuestro poder. Ahora bien, si se intenta tomar la plaza por asalto, las proporciones varían mucho, y en este caso, mi cálculo es el siguiente: el asalto duraría 20 horas, el consumo de cartuchos sería de 400 000 y bajas probables en números de 400, pudiendo hacer al enemigo gran cantidad de prisioneros y capturar algún armamento y municiones; pero las probabilidades de éxito serían solamente un cincuenta por ciento, y en caso de un revés, nuestras bajas no bajarían de 1 000, y el enemigo, con cualquier refuerzo que recibiera, podría emprender su avance y estaríamos en condiciones poco favorables para destrozarlo; mientras que en la actualidad, con la mitad de la brigada, es suficiente para tener la guarnición federal de Guaymas embotellada. Espero pues, en vista del informe que antecede, se servirá librar sus respetables órdenes, y mientras tanto,

continúan nuestras fuerzas en sus posiciones. Reitero a usted mi atenta subordinación.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Campamento en San José de Guaymas, julio 7 de 1913.

El general en jefe. *Alvaro Obregón.*

Entretanto, el coronel Ochoa había logrado apoderarse del cerro de Bacochibampo; el coronel Diéguez ocupaba los cerros del túnel, donde está el depósito de agua que abastece Guaymas, y que queda frente por frente del cerro de la Tortuga que ocupaban los federales, y 200 hombres del general Alvarado y el mayor Méndez con sus fuerzas continuaban conservando toda la cordillera que da frente a San José de Guaymas.

La artillería federal seguía funcionando diariamente, con ligeras intermitencias, sobre las posiciones ocupadas por los nuestros y sobre los campamentos, pero sin causarnos daños. Las tropas federales, que ocupaban posiciones frente a las nuestras, abrían también frecuentemente fuego de fusilería y ametralladoras, sin resultado.

El día 6, por la tarde, se intentó por los nuestros desalojar a los federales que ocupaban el fortín principal de su flanco izquierdo, costándonos la muerte de un teniente del 5o. Batallón y la herida del capitán Mariñelarena que mandaba en el asalto una sección de dinamiteros. También murieron en ese intento un sargento, un cabo y un soldado de los nuestros, sin que se hubiera logrado el propósito de desalojar de allí al enemigo. Para evitar estos sacrificios innecesarios, fue preciso reiterar con energía la orden de que nuestros soldados se concretaran a mantener las posiciones interse adoptaba el plan de ataque general.

La conservación de nuestras posiciones nos costaba alrededor de 15 000 cartuchos diariamente, pues el enemigo no cesaba en sus fuegos y era preciso hostilizarlo, sin emprender por eso un ataque decisivo, porque, como queda dicho, no contábamos con los elementos suficientes para darlo. Con ese gasto de parque, y careciendo, como carecíamos, de reservas, la disminución de municiones era muy sensible, y si la situación se prolongaba, como de hecho tenía que suceder, llegaríamos al agotamiento.

Durante los días de mi enfermedad, comisioné al general Alvarado para que hiciera frecuentes reconocimientos del enemigo, y

en cada uno de sus partes mostraba siempre lo difícil que le parecía, dadas nuestras condiciones de pertrechos, el ataque con éxito a las posiciones federales.

Aliviado un tanto de mis males, volví a hacer reconocimientos desde los puestos avanzados, y mis nuevas observaciones me confirmaban en la idea que ya había expresado, respecto a las condiciones para emprender el ataque definitivo, en el informe rendido a usted con fecha 7.

Fue entonces cuando me permití telegrafiar a usted, haciéndole ver la necesidad de su presencia en el campamento, y de acuerdo con mi indicación, llegó a San José de Guaymas el 8 de julio por la tarde. Tratamos el asunto verbalmente y, como final, me manifestó usted que muy en breve llegaría un furgón de parque y, con esto, podríamos asegurar el asalto sobre el puerto. Regresó usted al día siguiente, y por dificultades imprevistas en la introducción de municiones por la frontera, el parque anunciado no llegaba aún el día 12.

La situación, sin ser tirante, no presentaba ventaja alguna para nosotros, pues he repetido que nos concretábamos a mantener nuestras posiciones; porque todo intento de avance hubiera sido infructuoso, en tanto que los federales, teniendo expeditas las comunicaciones por mar, se allegaban elementos de vida de la Baja California y otros puntos, resultando que sólo el pueblo de Guaymas sufría las consecuencias del sitio, aminorándosele la ración de agua y careciendo de provisiones de boca. Y mientras nosotros esperábamos ansiosamente el parque, el enemigo recibió un poderoso refuerzo de pertrechos y poco más o menos 600 hombres en los vapores "Morelos" y "Pesqueira", según ha podido comprobarse con personas salidas posteriormente de Guaymas.

Reuní entonces a los jefes de las diferentes columnas que integran la brigada y les expuse la situación, el número de cartuchos con que contábamos, el informe que había rendido a usted y mi plan de que, para suspender nuestro gasto de municiones, era conveniente ampliar el semicírculo establecido alrededor de Guaymas, retirando algunos kilómetros nuestras fuerzas, adonde se contara con mejores elementos, sin abandonar por eso la incomunicación por tierra que se ha tenido establecida a Guaymas, plan que con aprobación aceptaron todos y se decidió ponerlo en práctica la noche del día 12 de julio, como se hizo.

Durante los quince días que duró el asedio a Guaymas, nuestras bajas sumaban, en junto, 9 muertos y 31 heridos, todos de la clase de tropa, a excepción de los oficiales de que se ha hecho mención.

La columna del coronel Hill, dejando una fracción formada por las fuerzas del teniente coronel Trujillo que recorriera el valle desde Batamotal hasta frente a San José de Guaymas, marchó a Cruz de Piedra y quedó acampada allí la misma noche del 12, con avanzadas hasta la Bomba de Empalme; la columna Alvarado y la de Diéguez se acamparon en Maytorena, estableciendo destacamentos y servicios de exploración en Tres Gitos, Batamotal y Empalme, y la columna Ochoa acampó en Santa María.

Al mediodía del 13 me trasladé a Batamotal, y pude cerciorarme de que las órdenes dictadas, como consecuencia de la conformidad de todos los jefes, habían sido cumplidas fielmente, sin dar a conocer al enemigo ni indicios de las nuevas posiciones que ocupábamos, pues todavía en la tarde de ese día y aún al siguiente, los federales continuaban sus fuegos de artillería sobre las posiciones y campamentos abandonados por los nuestros.

Me es honroso reiterar a usted mi atenta subordinación y mis respetos.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Campamento en Maytorena, a 15 de junio de 1913.

El general en jefe. *Alvaro Obregón.*

Con los movimientos que se refieren en el final del parte transcrito, el sitio de Guaymas no se levantó, y solamente se amplió el radio de nuestras líneas para tomar posiciones más convenientes y evitar un inútil consumo de cartuchos, que no podríamos reponer, debido al embargo que las autoridades norteamericanas tenían establecido a lo largo de la frontera, para toda clase de pertrechos.

Con los refuerzos que Ojeda recibía, intentó algunos asaltos, sin que lograra desalojarnos de las posiciones que habíamos tomado; y con este motivo, se registraban diariamente combates de mayor a menor importancia.

## INDICE

ÁLVARO OBREGÓN, ESTADISTA, Manuel González Ramírez	9
Proemio.	47
Cómo fui simpatizador del	49
La revolución en Sonora	51
Cómo formé parte del gobierno del señor	53
Primeras agitaciones de la reacción	55
Cómo fui soldado	57
Preparativos de campaña.	61
En campaña	65
Batalla de Ojitos	69
Batalla de San Joaquín	79
Cuartelazo de la Ciudadela	85
En Hermosillo ante el gobernador	89
Creciente indignación en Sonora. Maytorena sigue vacilante	91
Renuncia y huida de Maytorena	95
Estalla la revolución	97
Preparativos para la lucha armada	99
Toma de la villa de Nogales	105
Toma de la ciudad de Cananea	111

<b>Operaciones del coronel Hill</b>	<b>117</b>
<b>Batalla de Santa Rosa</b>	<b>129</b>
<b>Sitio de Ortiz y batalla de Santa María</b>	<b>139</b>
<b>Sobre el sitio de Guaymas</b>	<b>153</b>

*Ocho mil kilómetros en campaña*  
(*Fragmentos*) se terminó de imprimir el 13 de marzo de 1984, en los Talleres de Gráficos ErS, calle Trabajadoras Sociales 299, México 8, D. F. Se imprimieron 3 000 ejemplares y la edición estuvo al cuidado de  
Servando Morales.





PUBLICACIONES DEL GOBIERNO  
DEL ESTADO DE SONORA  
1979-1985

1. *Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora*, Horacio Sobarzo.
2. *General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida*, José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo.
3. *Ocho mil kilómetros en campaña* (fragmentos), Alvaro Obregón, 2ª edición corregida.
4. *Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional*, Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios.
5. *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota*, Juan Antonio Ruibal Corella
6. *Crónica del Constituyente*, Juan de Dios Bojórquez.
7. *Sonora, génesis de su soberanía*, Annando Quijada Hernández.
8. *Memorias de don Adolfo de la Huerta*, transcripción y comentarios del Lic. Humberto Guzmán Esparza.
9. *Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta*, Charles W. Polzer, s.j.
10. *Obras históricas*, Ramón Corral.
11. *Jesús García, héroe de Nacozari*, Cuauhtémoc L. Terán.
12. *La Revolución en Sonora*, Antonio G. Rivera.
13. *El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta*, Carlos Moncada.
14. *Crónicas biográficas*, Horacio Sobarzo.

15. *El viejo Guaymas*, Alfonso Iberri.
16. *La cohetera, mi barrio*, Agustín A. Zamora.
17. *La sierra y el viento*, Gerardo Cornejo.
18. *Los tiempos de Salvador Alvarado*, Juan Antonio Ruibal Corella.
19. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo I, Francisco P. Troncoso.
20. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo II, Francisco P. Troncoso.
21. *Misiones del Norte de Sonora*, Arthur Woodward.
22. *Sonora y sus casas de moneda. Alamos y Hermosillo*, Alberto Francisco Pradeau.
23. *Sonora*, Jorge Russek.
24. *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*, Francisco R. Almada.
25. *Descripción de la Provincia de Sonora*, Ignacio Pfefferkorn; (traducción de Armando Hopkins Durazo).
26. *El solar de los silencios*, Gerardo Cornejo.
27. *Apuntes históricos sonorenses*, Roberto Acosta.
28. *30 años en esto*, Carlos Mónica.

**Publicaciones del  
Gobierno del Estado  
de Sonora 1979-1985**